Lola López Mondéjar
Qué mundo tan maravilloso
PÁGINAS DE ESPUMA

QUÉ MUNDO TAN MARAVILLOSO

LOLA LÓPEZ MONDÉJAR

Lola López Mondéjar, *Qué mundo tan maravilloso*
Primera edición digital: septiembre de 2018

ISBN epub: 978-84-8393-632-0
IBIC: FYB

© Lola López Mondéjar, 2018
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2018

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.Editorial Páginas de Espuma.

Colección Voces / Literatura 262

Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Cualquiera que sea el mensaje transmitido
por el discurso, el hablar es contacto.

Emmanuel Lévinas

And I think to myself what a wonderful world
Yes I think to myself what a wonderful world.

Louis Armstrong, *What a Wonderful World*, 1967

A Mariluz Ibáñez Indurria

ESTOS MUNDOS

SI EMPEZÁSEMOS A PENSAR CON EL CORAZÓN

… siento en mí y alrededor de mí una equivalencia maravillosa, absolutamente infinita, y entre las materias que juegan contraponiéndose no hay ninguna en la que yo no pudiese transfundirme. Entonces es como si mi cuerpo estuviese compuesto de claves que me lo revelasen todo. O como si pudiésemos establecer una nueva y premonitoria relación con toda la existencia, si empezásemos a pensar con el corazón.

Hugo von Hofmannsthal, *Carta de Lord Chandos*

Marta rodeó el monumento por el sendero de tierra abierto entre la hierba. En la ladera sur del dolmen decenas de personas de distintas generaciones plantaban árboles.

—Forma parte de un programa de repoblación de la Junta y del Ayuntamiento —le informó una mujer.

En el Centro de interpretación acababa de ver una película donde se recreaba la vida de los pobladores neolíticos de la región y se explicaba el origen de Menga. El edificio funerario se había convertido ahora en el principal atractivo turístico del amplio valle de Antequera, presidido por el perfil antropomorfo de la Peña de los enamorados.

El día anterior, cuando se acercaban a la ciudad, su amiga Cristina le había advertido a su marido:

—No le digas nada, deja que la descubra ella sola.

De modo que, cuando al completar un giro de la autovía apareció la montaña, Marta sintió un impacto que la sacó de su ensimismamiento. Se giró en su asiento y continuó mirándola hasta que la perdió de vista.

Aquella tarde presentó su obra ante un público compuesto por una mayoría de mujeres; lo hizo sin entusiasmo, pues no había nada en ella que en esos momentos le resultara interesante destacar. Hacía meses que sufría una especie de peligroso desapego que empobrecía a sus propios ojos todo lo que tocaba o pensaba. Hacía meses que era incapaz de crear nada.

En mitad de esa devastación, la impresión de la peña permanecía aún intacta horas después, por lo que se propuso regresar a la mañana siguiente para visitar ella sola el dolmen de Menga, situado a la entrada de la ciudad, y explorar así la impresión que la montaña le había causado. Su inesperada y telúrica atracción.

El día amaneció soleado y fresco. El dolmen se sitúa en un promontorio poco elevado que se alza frente a la peña, que queda enmarcada por su puerta de piedra como si se tratase de un cuadro; uno de esos cuadros que Marta no podía, no sabía o no quería ya pintar.

En la base de su inspiración, así lo afirmaban repetidas veces los críticos que habían comentado su obra, se encontraban las pinturas rupestres; los trazos estilizados que componían sus cuadros no podían dejar de recordar los que decoran las cuevas prehistóricas del levante español. Marta también lo creyó siempre así. ¿Para qué pintaba, pues? Quizás había llegado el momento de dejar de hacerlo, quizás, como tantos otros artistas, estaba a punto de convertirse en un nuevo Bartelby que prefiere no copiar, no repetir, y abandonarse a una torpe pasividad improductiva. Recrearse en esa idea la aligeraba como si se desprendiese de un lastre, de una inconcreta condena; sin embargo, a poco que imaginase a qué dedicaría entonces su tiempo tenía que reconocer, no sin pesar, su incapacidad para hacer algo distinto con su vida. La pintura formaba parte de su identidad y sospechaba que, de abandonarla, sufriría de algún modo una mutilación que se le antojaba intolerable.

Un niño que corría ladera arriba se cruzó en su camino, sus ojos inocentes la miraron con una extraña desconfianza. Marta le sonrió. Encima del túmulo bajo el que se situaba el dolmen, los visitantes se fotografiaban unos a otros con sus móviles. Ella había apagado el suyo. Ese día no tenía ningún compromiso profesional, sería una jornada de asueto como la que empleaban aquellas personas en repoblar la ladera. Hacía décadas que no se dedicaba a ninguna tarea colectiva. Hacía décadas que el arte, su arte, una copia por completo prescindible del arte levantino —insistió, destructiva—, la absorbía en un quehacer

solitario y narcisista de exploración interior en busca de la forma. Una búsqueda que la separaba de los otros. De todos los otros.

En el interior del dolmen la luz era tenue y las voces se amplificaban como en un anfiteatro. Una mujer de mediana edad le decía a otra que parecía ser su hermana:

—Concha, la mujer de Pepe, dice que no se come ningún huevo si no conoce antes a la gallina.

La interlocutora se encogió de hombros.

—Dice que le da asco pensar que el huevo se haya formado en el interior de una desconocida —continuó impasible la primera.

—Pues a mí eso me da igual —añadió la otra, parecía deseosa de insistir en su indiferencia.

—Toma, y a mí.

Marta sonrió; permaneció dentro unos minutos más, escuchando a ratos la explicación del guía a un grupo de andaluces locuaces que no cesaban de interrumpirle, absorta otros en sus propios pensamientos. Luego se dirigió hacia la entrada y se detuvo de espaldas a la puerta. Frente a ella, reina absoluta del valle, imán de todas las miradas, se alzaba la Peña de los enamorados. Un extraño rostro humano yacente sobre la fértil vega del río Guadalhorce. Contemplándola supo que su fascinación tenía que ser la misma que experimentaron los antepasados que, durante miles de años, deambularon por la zona.

* * *

Menga, la leprosa, salió de la cueva y contempló la roca. El sol le hacía daño en los ojos y se los cubrió con una mano en la que faltaban las falanges de los dedos anular y corazón. Mirarlos le produjo un profundo dolor que su cuerpo no pudo sentir. La leprosa se escondía de un mundo agitado que celebraba el descubrimiento de un nuevo continente. Desde que enviudó de un hombre que nunca la quiso, su vida había sido un deambular constante hasta llegar allí. Ahora el interior de la cueva era su casa, y la caridad de las gentes de la comarca su única posibilidad de supervivencia.

Ayer, el joven pastor le dejó en la puerta un cuenco con leche de cabra que algún animal salvaje volcó durante la noche, privándola de su desayuno. Quería morir, aunque este pensamiento impío la mortificaba. Miró hacia la roca y rezó. ¿Cuánto más duraría su tormento?

La cueva era cálida en invierno y, en verano, fresca y reconfortante.

Las superficies romas de los pocos objetos que poseía evitaban que se dañase involuntariamente. Hacía semanas que no hablaba con nadie. A veces, Menga sacaba su lengua, la tocaba con lo que quedaba de sus manos y la volvía a guardar entre sus labios tumefactos. Temía haberla perdido.

* * *

El dolor la hizo rezagarse. Delante de ella, Mum, el padre de sus dos hijos, caminaba con lentitud por la pradera encharcada. La hierba acariciaba las rodillas de los gemelos, que corrían alegres persiguiendo una pequeña mariposa negra. La mujer permaneció en cuclillas mientras el dolor le recorría el vientre. Sabía lo que era parir. El latigazo que tensó su abdomen pasó de largo; se incorporó. Recogió el bulto de cuero que había depositado en el suelo y miró hacia delante. Los niños corrían en zigzag detrás de su padre. El grupo había decidido continuar hacia el norte, pero ahora tendría que decirle a Mum que debían esperar.

El hombre se detuvo buscándola con los ojos. En el horizonte, el sol se ponía alargando sus sombras negras, y la silueta de la mujer, difuminada por la luz del crepúsculo, se le antojó una aparición. Cuando llegó hasta él, le habló. Era preciso descansar. Arriba, señaló, en lo alto de un promontorio de un verde luminoso había visto al pasar el orificio oscuro de una cueva construida por los hombres. Caminaron hasta allí. El perro se le aproximó mirándola con ojos húmedos, en los que se reflejaba la luz blanca de la diosa. Él también parecía cansado. Llevaban todo el invierno caminando y ya iba siendo hora de detenerse. La llegada del niño era la señal que buscaban. Aquel y no otro habría de ser su nuevo hogar.

Dos grandes piedras rectangulares daban acceso a un corredor largo y limpio. Al fondo, en el suelo de un óvalo espacioso, un pozo de boca ancha, como un anillo, les obligó a advertir a los niños que tuviesen cuidado. Mum dejó su carga en el suelo de tierra. El perro le lamió la mano y se tumbó a su lado, mientras los gemelos escudriñaban curiosos entre las rocas. Al pozo que no se acercaran, les advirtieron.

La noche se introdujo en la cueva hasta que apenas se adivinaban unos a otros. Solo el frágil reflejo de la luna llena hería la oscuridad. La respiración de los niños se hizo acompasada y profunda; Mum también se quedó dormido. No había amanecido cuando la mujer experimentó los dolores más fuertes y se aproximó a la entrada en busca de aire.

Cada nueva contracción curvaba su cuerpo. Se puso en cuclillas, abierta para facilitar la llegada del niño. El sudor le recorría el rostro y las axilas, y caía a lo largo de su columna vertebral hasta su coxis, produciéndole un agradable cosquilleo. Abrió los ojos y, desnuda, se encomendó a la luna. La diosa de la peña, impasible, velaría por ella. Respiró.

La noche transcurría cálida y dulce como la brisa que subía desde el río. La mujer apretó los dientes para no gritar y, arrodillada, cogió de entre sus piernas la cabeza del pequeño cuerpo que se desplazaba aún por sus entrañas. Una vez estuvo fuera lo abrazó. Era una niña. Miró a la diosa de la peña. Había deseado una niña desde mucho tiempo atrás, y ahora se le concedía. La niña y la madre lloraron.

Por la mañana, cuando la mujer se despertó, su hija succionaba con avidez su seno. La leche fluía generosa y se desbordaba por entre los labios brillantes de la niña. Mum besó a ambas en la frente mientras sus hijos, que habían aprendido el ritual, recogieron ramas, mezclaron la arcilla con grasa y pigmentos, y ofrecieron a su padre una masa uniforme de un rojo profundo.

Al fondo de la cueva, en la superficie porosa de una piedra, Mum trazó una líneas simples de homenaje a la vida. Dibujó las piernas de su mujer abiertas y flexionadas, ofreciéndole a su hija la senda por donde salir al mundo.

* * *

—El pozo es un pasadizo —decía una mujer con un claro acento sevillano—, seguro que comunica este dolmen con el de más abajo.

La mujer completaba con su imaginación lo que los arqueólogos no lograban comprender. El pozo, decían los expertos, era un misterio, pues ni siquiera se conocía con exactitud la fecha de su construcción. A Marta le gustaban los pozos, su olor a humedad, el eco misterioso de sus entrañas; en el fondo de este el agua brillaba, sucia, a través de una cubierta de algas marrones.

—… En el solsticio de verano —informaba el guía— los rayos del sol llegan hasta la cámara donde nos encontramos.

Parejas jóvenes entraban y salían del dolmen empujando los cochecitos de sus bebés. Noviembre ya no era un mes frío.

—El paisaje del valle está ahora alterado por las construcciones humanas y no se parece al que debieron contemplar los constructores de

este edificio funerario —continuó explicando el guía.

Marta pensó en la muerte, ¿cuántos muertos había cobijado aquella hermosa oquedad? Sus huesos debían de estar enterrados en algún lugar bajo sus pies. Unos niños la empujaron sin querer y se volvieron hacia ella con ojos suplicantes, como si hubiesen cometido un grave delito.

—No pasa nada —les tranquilizó, y siguieron contentos hacia la salida. La luz crecía en el interior de Menga.

—¿Los hombres prehistóricos eran como los monos? —preguntaba a su padre un niño moreno, cuyo pelo ensortijado, pensó Marta, podría haberlo hecho pasar en el renacimiento por un futuro genio.

—No, eran como nosotros, ¿no los has visto en la película?

El niño asintió, decepcionado. Parecía preferir los hombres-mono a aquellas torpes figuras animadas tan semejantes a sus propios padres, que caminaban sin prisa en la pantalla del vídeo del Centro de información.

Miró a esos padres jóvenes y recordó sus propios esfuerzos didácticos. Hacía tiempo que sus hijos no vivían con ella. Sus hijos. Su juventud, la crianza, el esfuerzo. El esfuerzo de los hombres. El excedente. Aquellos antepasados habían construido con su trabajo colectivo un monumento fúnebre milenario confiando en la inmortalidad de sus almas. ¿Y ella?, ¿trascendería? Marta no creía en el más allá.

* * *

Menga, la leprosa, cubría su rostro deformado y su cabeza con un manto negro de viuda blanqueado por el polvo, el sol y el uso, rígido por la sal de su sudor. Al amanecer bajó hasta el río y recogió en un cuenco el agua que consumiría durante el día. La soledad le pesaba y la debilidad muscular convertía cualquier movimiento en un tormento. Moriría de hambre y de sed cuando ya no pudiera bajar del promontorio para recoger agua, y cuando los vecinos piadosos del pueblo se olvidasen por completo de ella. No quería morir así. Hacía tiempo que atribuía su enfermedad a los viajes de su marido al nuevo continente. Intuía que si él no estuviese ya muerto sufriría como ella esta desaparición lenta, esta carne inmunda, esta mutilación progresiva e indolora. Ayer se quemó con las brasas y ni siquiera sintió dolor. Introdujo aposta su mano en el rojo incandescente, llevada por la rabia y la impotencia. Menga había sido joven y hermosa, y su educación fue

sofisticada. Dios no debía ser bueno cuando la condenaba a morir así. Se acordó de Job, de su paciencia resignada, de la aceptación ejemplar de sus penalidades. Los amigos de Job, leyó un día en la Biblia, acudieron a verle cuando conocieron su desgracia y se sentaron en silencio junto a él durante siete días enteros, sin emitir una sola palabra. Menga no tenía amigos que quisieran compartir su infortunio. ¿Se atrevería a rebelarse contra Dios?, ¿le ayudaría a conseguir su propósito esa silueta gris, ese perfil gigantesco desde el que se arrojaron al vacío los jóvenes amantes de la leyenda?

Tello, el prisionero cristiano, y Tazana, la hermosa princesa árabe, huyeron juntos para compartir su amor, pero el rey envió tras ellos a sus soldados, dispuesto a romper por la fuerza una unión que transgredía las dos religiones. Los amantes se refugiaron en lo alto de la peña y, cuando la tropa los acorraló, se arrojaron al valle, donde encontraron sus cuerpos rotos. ¿Tendría Menga el mismo coraje que ellos? Dios nunca le otorgó consuelo, y ya no confiaba en él. Su marido la había humillado, primero con amoríos adúlteros, con esta enfermedad maldita después. Por eso, porque dependía solo de sí misma, necesitaba conservar todas sus fuerzas o moriría de hambre y sed en el interior de su cueva, frente a la mirada indiferente de ese mudo perfil humano.

* * *

En el valle había agua de sobra para cultivar la tierra y, al final del verano, mientras los gemelos crecían alborotadores y la recién llegada hacía lo propio alimentándose de la leche de su madre, Mum y su mujer acogieron a otra familia. Los recién llegados eran seis, dos ancianos y dos jóvenes con sus hijos, un niño y una niña. Los acomodaron en la mitad de la estancia más grande, al otro lado del pozo, y cultivaron juntos los campos. Traían también una cabra con las ubres llenas de leche y un perro.

La convivencia era pacífica, pues todos sabían —como si fuesen una única persona, una unidad indiferenciada, un solo ser—, lo que debía hacerse en cada momento del día, en cada estación del año. Sabían que se necesitaban.

A las siete de la tarde del solsticio de verano el sol entró hasta el fondo de la cámara donde las mujeres preparaban el fuego y dormitaban al fresco los perros. Se levantaron, sorprendidas por esa

inesperada luz vespertina, áurea y potente, como si el sol hubiese decidido introducirse en su hogar para anunciarles alguna grata noticia, y caminaron hacia la puerta de la cueva para ofrecerle a la diosa de la peña un tazón de leche que, apenas volvieron, sudorosas al interior, vaciaron los perros.

* * *

Los ciudadanos de Antequera se divertían cubriendo de tierra los plantones que, un día no demasiado lejano, darán sombra a la ladera. A pesar de su esfuerzo la sequía convertirá el valle en desierto, pero hoy, las parejas de treintañeros explican a sus hijos los secretos de la repoblación como si aún tuviesen por delante un futuro. Frente a ellos, Marta se siente vieja. Hace tiempo que cree comprender las edades de la vida. La infancia con su vulnerabilidad oculta, la turbulenta adolescencia, la primera juventud, ardiente y confusa, el deber de los jóvenes adultos de encontrar un sitio en el mundo; la búsqueda de pareja, los hijos, la madurez apacible y fría, la vejez y la muerte. Recuerda su propia juventud, su fuerza, la alegría que experimentaba entonces y el vacío que su ausencia ha dejado en el centro de su cuerpo hueco. Recuerda su ilusión al enseñarle a sus hijos a comprender el mundo; el generoso magisterio de la maternidad.

En una ocasión, durante uno de sus frecuentes viajes a Madrid, la nieve impidió que siguiera su camino y regresó a su casa con el propósito de mostrarles ese fenómeno meteorológico tan raro en el sur. La llanura se extendía blanca e impoluta a ambos lados de la carretera, en la que el sol proyectaba la sombra móvil de su coche; ella corría veloz, temerosa de que ese mismo sol derritiese el milagro.

Cuando entró en su casa todos dormían aún. Marta los despertó, preparó deprisa los desayunos, vistió a su hija, apresuró a su hijo, convenció al padre de los niños de la bondad de la aventura y condujo de nuevo los mismos cien kilómetros hasta llegar a la nieve, que seguía brillando impoluta. El trayecto, cuatro veces repetido en unas horas, se llenó de juegos y de risas. Hacerse mayor, pensó observando la alegría de aquellos padres jóvenes, consistía en perder ese entusiasmo. Como si la vida se encargase ella sola de restar, gramo a gramo, la ilusión acumulada durante la infancia.

Su ilusión había desaparecido hasta de la pintura, que ya no le era necesaria. Pintar se le antojaba ahora un mero propósito racional,

destinado a aminorar la angustia que dejar de hacerlo le produciría. La pintura era ella misma. ¿Qué haría con su tiempo, con su vida, si la abandonase? Sentía la impostura, el oficio y, en un arranque de extrema honestidad, pensó que, a esas alturas, lo creativo sería dejar de pintar.

Cogió un grumo de tierra húmeda y lo deshizo entre sus manos. Volver a la materia, al suelo, descender desde el faro de su cabeza hasta sus humildes pies. Doblar sus rodillas, escarbar en el suelo, recoger cuidadosamente las lombrices brillantes, preciosas, y plantar una humilde semilla que crecería, que la alimentaría sin necesidad de pensamiento ni de reflexión. Sin la imperiosa necesidad de expresarse que había motivado cada una de sus obras. Si continuaba solo sería una copista más, alguien que pervierte su arte, que lo rebaja por innecesario. Miró hacia la peña, tan seca como ella lo estaba, y se juró que nunca lo haría.

* * *

Menga había ganado la batalla. En su interior, el desprecio por sí misma crecía, oponiéndose a cualquier atisbo de bondad y de amor por la vida que pudiera quedarle. Ni el sol, que dañaba sus ojos sin pestañas, ni la lluvia que mojaba sus ropas ajadas podían proporcionarle ya ningún placer. El invierno se aproximaba y los vecinos del pueblo se olvidarían de ella. Sabía que si se demoraba su muerte sería lenta, y su desesperación inhumana. Tenía que decidirse ya. Sus piernas eran cada día más débiles; no había tiempo que perder.

Abandonó la cueva y bajó la suave pendiente de la colina para atravesar el río por la zona menos profunda, aquella en la que una corriente fría, que no percibía, mojaba sus vestidos hasta la mitad de sus muslos. En la otra orilla descansó. Bebió agua y se dejó caer sobre la hierba. Definitivamente, le había dado la espalda a Dios, conversa al culto de la diosa de la peña. Levantó hacia ella los ojos para reunir fuerzas, se incorporó y se puso de nuevo en camino. De poderlo sentir hubiese advertido el picor de la oruga en su piel, el roce de las ortigas en sus tobillos, las heridas que los guijarros puntiagudos infligían en la planta de sus pies desnudos y llagados. Pero no lo sentía. Caminó directa hacia la roca. El infierno, pensó Menga la leprosa, no podía ser peor que la vida que llevaba. ¿Acaso tenía derecho Dios a condenar a las llamas a quienes ya no creían en él?, ¿qué magno poder se otorgaba a sí mismo el Todopoderoso sobre quienes no le amaban y abandonaban

el triste reino de sus enseñanzas? La rabia le proporcionaba la fuerza para ascender.

Tello y Tazana, recordó, cristiano y mora. Los dos abandonaron a sus dioses como ella hacía ahora, los dos encontraron la muerte empujados por su amor a la vida. También como ella. Vivir era justo lo que iba a hacer: recuperar por unos breves instantes el poder que aún le quedaba.

Menga se detuvo de nuevo a los pies de la roca. De cerca, la montaña aparecía rodeada de peñascos alargados y enhiestos; lo que en la distancia le pareció una mole homogénea se descubría como un laberinto de piedras por donde era difícil escalar. La ascensión se le antojó imposible, dadas sus escasas fuerzas. El sol se ocultó unos instantes, y el viento de otoño sacudió las copas de los árboles. Los chopos lloraban hojas.

Se tumbó y cerró los ojos. Estaba dispuesta a reptar hacia la cumbre si fuera preciso, a dejarse lo que quedaba de sus piernas y de sus brazos en el ascenso para oponerse a la pasividad a la que el destino la había condenado.

El ladrido de los perros la despertó y, al incorporarse, las bestias la rodeaban. Eran siete, una partida de perros de caza con las fauces abiertas y los ojos encendidos. Menga miró sus pies ensangrentados, sus manos mutiladas, su piel abierta. Sí, aquello era sin duda un regalo de la diosa. Los perros se aproximaron, husmeándola. Menga extendió sus brazos hacia los animales, que mordieron los tres dedos de sus manos sin causarle ningún dolor.

—¡Vamos, vamos, no temáis! —les animó.

La sangre los excitaba. Un can más grande que el resto se acercó a la mujer, sus colmillos prometían un tormento rápido.

—¡Ah!, ¡vas a ser tú! —murmuró Menga, mientras descubría para el animal su frágil cuello.

* * *

Las mujeres hablaban poco, pero intercambiaban habilidades aprendidas en sus diferentes lugares de origen. La recién llegada sabía distinguir las setas y, ese otoño, su recolección ocupaba buena parte de la jornada. Ante la duda, la mujer ofrecía el ejemplar a su perro y esperaba. Si el animal no daba muestras de malestar, sonreía y

continuaba buscando. Las mujeres se divertían. No escaseaban los frutos silvestres, lo primero que los niños aprendieron a distinguir. Los hombres se alejaban durante una o dos jornadas para cazar un ciervo o un jabalí, cuya carne troceaban y comían durante semanas. El frío de la sierra ayudaba a la conservación de las presas, y la diosa de piedra, representante de la luna, a quien adoraban ofreciéndole los intestinos del animal, les protegía. Solo Mum, a la luz de la hoguera, bajo la mirada atenta del grupo, dibujaba en la roca. Líneas rojas y negras cuya correspondencia con la realidad adivinaban los niños con evidente placer. El tiempo era solo el presente y las estaciones marcaban el ritmo de la vida.

* * *

Marta abandonó el dolmen y se dirigió hacia donde había aparcado su coche. Todavía recordaba su conferencia del día anterior. Las diapositivas con las que había presentado su obra, su reconocida elocuencia. Vanidad. Solo la movía la vanidad y su insaciable necesidad de reconocimiento. Su vieja, archiconocida y siempre abierta herida de niña abandonada. Pero ya no lo necesitaba más. Ya no. No necesitaba su página web, su repertorio de conferencias sobre arte, sus instalaciones bien documentadas, reunidas y ordenadas convenientemente, visionadas una y otra vez para solazarse con el recuento de sus producciones, de lo que llamaba, con pomposidad, su obra. Ya no lo necesitaba.

En el maletero había dejado el ordenador que ahora sostenía entre sus manos. Lo sacó de la funda que lo protegía y caminó hacia la pared que separaba el *parking* del camino que conducía al dolmen. Miró a la diosa de piedra, cuyo rostro andrógino quiso pensar que le sonría, y golpeó con fuerza el portátil contra el borde áspero del muro.

LA SIBILA DE CUMAS

El flanco enorme del peñón eubeo
se abre en un antro inmenso al que dan paso
cien largas galerías con cien puertas.
A través de ellas sale, en son de oráculo
la voz de la Sibila hecha cien voces.

Virgilio, *La Eneida, libro vi*

El perro vino hacia ella meneando la cola y Mara no tuvo miedo. No le gustaban los perros, pero el animal la husmeó y se alejó después en dirección a Carlos. Ella siguió caminando; a ambos lados del sendero el musgo cubría los márgenes que circundaban el campo arqueológico. El verde vegetal era casi fluorescente. Carlos hacía fotos detrás de ella, el perro se marchó.

Mara llegó hasta una bóveda de roca alta y oscura, la entrada a la gruta de la Sibila. Una frase de Virgilio anunciaba que aquel había sido un lugar de peregrinaje y de culto. Durante siglos los fieles realizaron largos e incómodos viajes para preguntarle a la Sibila sobre su futuro. Mara sonrió para sí, le costaba entender todo lo relacionado con los cultos y las supersticiones, soy profundamente cartesiana, se reprochó.

Otro perro salió de una caseta de madera que había en un recodo y corrió hacia ella. Era de color canela y tenía el pelo sucio, parecía enfermo de sarna. Una mujer morena, con el rostro envejecido por el sol, lo llamó desde la puerta.

—*Vieni, dai!*!

La guardesa sonrió a Mara y acarició la cabeza del animal, que había regresado, dócil, para lamerle las manos. El cielo era un torbellino de

nubes blancas y grises. La noche anterior, como solía, el personal del hotel había dejado sobre la mesilla una tarjeta con la predicción meteorológica. A Mara le gustaba observar los cuatro dibujos que pronosticaban el estado del tiempo en intervalos de seis horas. El de la noche anterior mostraba cuatro soles amarillos e infantiles con sus respectivos sombreros de nubes grises. No se equivocó. Hacía frío en Cumas.

Carlos no llegaba, y Mara se introdujo sola en la gruta de la Sibila.

En la antigüedad, los fieles caminaban en silencio los ciento treinta metros excavados en la roca hasta llegar al final de la galería, mientras la Sibila se aproximaba a ellos desde la oscuridad. La particular arquitectura trapezoidal del pasaje, con tragaluces regulares por los que entraba el sol intercalados con zonas oscuras, daba al creyente la impresión de que la adivina aparecía y desaparecía mágicamente a su antojo, e incrementaba la fe en sus oráculos. Mara leyó la historia en un *dossier* que Carlos había preparado con esmero antes del viaje.

La gruta era húmeda como todo el entorno y olía a setas y a tierra. Avanzó, morosa, hasta el fondo, intentando sentir las emociones que los griegos del siglo siete antes de Cristo debieron experimentar entonces. ¿Qué me gustaría saber de mi futuro? No lo sabía. O sí, quizás, quizás si fuese una griega, animada por el pensamiento mágico, le gustaría saber qué iba a ser de su vida con Carlos.

No le amaba, aunque en realidad no sabía si esto era o no cierto. A veces le amaba cuando estaba lejos, pero luego, la realidad de su presencia contundente lo hacía refractario a su amor, y este se retiraba, se escondía, tímido, en el interior de ella misma, hasta que, de nuevo, volvía a ver a Carlos como a un extraño. Las fases se intercalaban sin solución de continuidad, como la oscuridad y la luz en la galería de la Sibila. El amor, o su deseo de amar, renacía en cada separación para estrellarse de nuevo contra la realidad en el encuentro siguiente. Carlos no le gustaba, no sabía bien por qué ni cuándo empezó a pensar así, pero estaba tan aburrida de esa alternancia regular y archiconocida que había dejado de interesarse por ella.

Al fondo, el pasillo se abría en un circular espacio más amplio, coronado por tres cúpulas de tierra roja. En la gruta se respiraba un aire sagrado, perceptible incluso para ella.

Se detuvo en el centro de la estancia y pensó en la adivina. Apolo le ofreció a la joven profeta de Eritrea que formulase un deseo, y ella cogió un puñado de arena y pidió vivir tantos años como granos

contenía su mano. Pero olvidó pedir también la eterna juventud, y envejeció y se consumió hasta que tuvieron que encerrarla en una vasija de barro que colgaron en el templo de Apolo. La paradoja de los deseos, tan cara a los mitos. Cuenta este que unos niños le preguntaron un día a la Sibila qué era lo que más deseaba en la vida, y que ella, oculta en su vasija, les respondió: «Morir!», con la misma determinación con la que cientos de años atrás había deseado la inmortalidad. Mara pensó en esa mujer como en una semejante, en la maldición de una vida eterna, y en el alivio que constituiría para el inmortal la sola idea de la muerte.

Quería que el espíritu de la Sibila le ayudase a decidir si amaba o no a Carlos. Eso es lo que quería, decidió. No le preguntó si debía separarse o continuar viviendo con él, no era esa la pregunta, eso no tenía importancia alguna para ella, sino cuál de los sentimientos que albergaba su alma contradictoria debía atender y cuál no. Porque se sentía incapaz ella sola de averiguarlo.

Salió de la gruta despacio y continuó hacia el templo de Apolo. El camino ascendía hasta la cima de una colina verde y frondosa desde la que se divisaba el mar. Acodada en la barandilla del mirador se encontraba una pareja de turistas. No veía a Carlos por ninguna parte. Mara estaba acostumbrada a sus desapariciones repentinas tanto como a sus súbitas apariciones; todo en ellos era discontinuo, pensó, sonriéndole a la ocurrencia. La pareja de turistas señalaba hacia algún lugar de la playa, allá abajo, a lo lejos. Mara siguió la dirección de su mirada y distinguió un carro de caballos, y luego otro. Y otro. Hasta tres carros recorrían la playa plateada; por lo demás, desierta. Carros romanos, como los de de Ben-Hur, entablaban una carrera amistosa de ida y vuelta. Los caballos, los carros y sus jinetes eran pequeños como hormigas. El mar y el cielo cambiaban al unísono de color. La pareja de turistas tendría unos cincuenta y pocos años bien llevados. Miraban hacia la playa comentando entre ellos algo que el viento le impedía oír.

Mara pensó que ella no tenía demasiadas cosas que contarle a Carlos. Prefería, como ahora, separarse de él, deambular sola por los lugares desconocidos, aislarse en el interior de sí misma. Sabía, o sospechaba que sabía, todo lo que Carlos podría contarle, y no sentía interés en escucharlo.

Sin embargo, Carlos no era aburrido sino un gran conversador. El único problema radicaba en que ella conocía de antemano todas sus historias. Aquella pareja, por el contrario, parecía conservar íntegro el interés del uno por el otro. No sabía por qué tenía la certeza de que

llevaban juntos toda la vida. Toda la vida. En ese mismo instante se reían. A saber de qué.

Ascendió detrás de ellos hacia el templo de Apolo, desde el que volvía a divisarse el mar, los campos que circundaban las excavaciones y la acrópolis al otro lado, con sus ruinas dispersas. La pareja se acercó a una columna gruesa, truncada a un metro y medio del suelo, la misma sobre la que Mara había situado antes en su imaginación la vasija de la Sibila, y se detuvo allí. No podía dejar de observarlos aunque, temiendo ser indiscreta, fingía que miraba ora un friso ora una cornisa, o el horizonte espléndido y dinámico. La mujer sacó del bolso dos rosas rojas algo marchitas y las depositó sobre la columna, cruzando entre sí sus tallos largos y verdes; luego se volvió hacia el hombre, que sacó del interior de su chaqueta una hoja de papel y miró a su compañera con cariño. Mara, a su vez, extrajo la guía de su bolso y fingió que leía mientras les observaba, protegida por sus gafas de sol.

El hombre tomó la mano de la mujer y la mantuvo apretada junto a las rosas, luego leyó algo escrito en el papel mientras ella guardaba silencio a su lado. Mara quería saber qué tipo de rito particular era el que realizaban, pero se alejó de allí para no interrumpir ese momento de intimidad, si bien ellos parecían ignorarla.

Definitivamente, Carlos había desaparecido. Estaban citados con el taxista dos horas más tarde y Mara no estaba preocupada, sabía que él terminaría por aparecer un minuto antes de la hora fijada, que le contaría las fotos que había hecho, los pequeños detalles de algún friso que ella era incapaz de apreciar, que le pediría, alegre, un beso, y que seguiría tan ajeno a ella como cuando estaba lejos.

A menudo tenía la impresión de que no la comprendía en absoluto. Pero no sabía si estaba equivocada. Tal vez Carlos sí la comprendiese, tal vez sí adivinase sus sentimientos. Lo que sí sabía Mara era la dificultad que ambos tenían para sentirse cerca. Tan cerca como suponía que estaba esa pareja que ahora dejaba atrás, en mitad del templo de Apolo, pendiente de su rito. Quizás vinieron a Cumas en su viaje de novios y querían conmemorar hoy su amor. Se les veía tan enamorados. ¿Por qué?, ¿qué hace que creamos que dos personas están enamoradas?… Una forma de mirarse a los ojos, de buscarse las manos al caminar una al lado de otra. Ella no tenía casi nunca deseos de coger la mano de Carlos. No era que le desagradase, en absoluto era así, pero no nacía en su interior la necesidad de hacerlo, y eso le parecía impropio del amor. O quizás no, quizás el amor no sobrevivía al tiempo sino raras veces, y lo natural, lo que Carlos aceptaba y ella no, era que

se aplacase, que volviesen a surgir las individualidades de uno y otro, y con ellas la distancia. Quizás. Pero no lo sabía. Era tan insegura en este aspecto. Tenía claro todo lo demás, siempre se asombraba de su seguridad en otros asuntos, pero en lo referente al amor Mara lo ignoraba todo.

Se había sentado en un banco del mirador frente al mar, donde ya no había carros ni caballos, sino el intemporal ir y venir de las olas sobre la arena plateada, cuando la mujer de la pareja que había observado en el templo llegó y se sentó junto a ella.

—Buenos días.

Eran españoles, qué casualidad. Mara le sonrió invitándola a hablar. La mujer, como si hubiese intuido su curiosidad, continuó:

—Hace veinte años que vinimos a Cumas por primera vez, un día como hoy, y prometimos que, si seguíamos juntos, volveríamos veinte años después.

—Han cumplido su promesa.

—Así es. Parece mentira cómo pasa el tiempo. Es una obviedad, pero parece mentira igualmente. Usted es más joven y todavía no tiene por detrás más años de los que le esperan por delante, pero nosotros sí. Mario dice que este será nuestro último viaje a Nápoles. Le gusta mucho hacer esos cálculos, que a mí me entristecen.

Mara miró a la mujer. Al parecer, entre ellos también existían esas diferencias de carácter, pero aquella mujer parecía naturalizarlas y aceptarlas sin que enturbiasen su cariño.

La Sibila todavía no le había desvelado su profecía.

Detrás de ella, por el camino ascendente, Carlos subía a paso rápido con su cámara de fotos al hombro y se acercó a saludarlas.

—He visto una inscripción de Virgilio y un calendario lunar, ¿los has visto tú?

Mara lo miró y lo encontró guapo. Le sucedía a menudo. De repente lo miraba como si fuese un desconocido y juzgaba su aspecto físico con objetividad.

—Claro que sí.

Miró a la mujer.

—Perdone, no me he presentado. Soy Carlos —y le tendió una mano morena.

—Isabel.

—Encantado.

Isabel volvió la cabeza hacia el camino, donde uno de los perros de

la guardesa le ladraba a un hombre que pronto apareció en lo alto y se reunió con ellos.

—Hace un tiempo muy primaveral, ¿no les parece? Me llamo Mario.

Nada más verlo Mara intuyó que era uno de esos hombres confiados y amables que creían en la bondad innata del ser humano. Una de esas personas por las que el sufrimiento pasa de puntillas, sin dejar su marca cruel.

—Voy a seguir hacia delante, todavía no he visto el templo de Júpiter ni el de Apolo —se disculpó Carlos.

—Vaya, vaya, merecen la pena —le contestó Mario, tomando asiento junto a ellas—. ¿Cómo han venido ustedes hasta aquí? —añadió, dirigiéndose a Mara.

—Hemos alquilado un taxi, nos recogerá en una hora.

—¿Van hacia Nápoles?

—Sí.

Se hizo un silencio incómodo. Mara pensó que Mario quería pedirle algo y, como siempre que intuía que el otro la necesitaba, se adelantó.

—¿Quieren volver con nosotros?

Isabel y Mario se miraron un segundo antes de asentir.

—Gracias —respondió la mujer—. Muchas gracias.

—Es un placer —dijo Mara—, solo que tendrán que soportar las demoras de Carlos. Quiere fotografiar el lago Averno, la puerta del infierno, a unos siete kilómetros de aquí.

—¡Qué interesante!, será estupendo acompañarles.

—Dicen que eran las emanaciones de azufre y de otros gases lo que proporcionaba a la Sibila sus visiones alucinadas —continuó Mara para seguir la conversación—. La magia deja paso a la ciencia, ¿verdad?

—Así es y, con sinceridad, no sé qué es lo que prefiero —respondió la mujer, bromeando.

Mara hubiera querido preguntarles: ¿se aman?, ¿es cierto que se aman o es solo un efecto de mi desconocimiento?, un efecto de las apariencias. Pero sabía que ese tipo de preguntas no debían hacerse, y no las hizo.

—¿Llevan mucho tiempo juntos? —Isabel sí preguntó lo que quería saber.

—Siete años.

—Vaya. Cuando nosotros llevábamos siete años juntos tuvimos a nuestro primer hijo. Es pintor.

En la baranda se posó una gaviota enorme, monstruosa, lanzó un graznido y emprendió de nuevo el vuelo. Mara no quería entrar en una conversación común, no quería saber de dónde eran, qué profesiones tenían, cuándo regresarían a su ciudad y cosas semejantes. Mara solo quería saber si se amaban. ¿Se aman?, casi se le escapó en voz alta.

—Estábamos deseosos de tenerlo —continuó la mujer.

—Sí —confirmó Mario. Y se cogieron la mano, soñadores—. ¿Tienen hijos?

—No, todavía no.

—Ahora los jóvenes esperan mucho más tiempo, y llevan razón. Los hijos rompen el equilibrio de la pareja y es difícil restablecerlo.

Un gesto de tristeza ensombreció el rostro armonioso de Isabel. Mario asintió. ¿Qué les había pasado? Detrás de esa generalización, casi banal aunque sonara a confidencia, ¿qué particularidades íntimas se escondían? Estaba claro que ellos habían sufrido ese desequilibrio y que lo habían superado, ¿pero cómo?

—Ahora estamos de nuevo solos y los echamos de menos. Qué curiosa es la vida. Antes soñábamos con estar solos y ahora que se han ido, soñamos con que estén con nosotros. —Mario miró hacia el mar como si hablase consigo mismo.

—La vida va siempre por delante de una, tengo la impresión de que no consigo alcanzarla, de que me exige cosas que no estoy aún preparada para darle. —Isabel había bajado la voz hasta convertirla en un susurro.

Mara pensó que sus intercambios eran raros, que hablaban como si estuvieran solos, como si hubiesen olvidado su presencia. No conocía a nadie que hablase así, como si su comunicación fuese tan intensa que continuaran una conversación ininterrumpida, comenzada hacía mucho tiempo. Entre Carlos y ella las conversaciones eran más difíciles. Cuando intentaba hacerle partícipe de una impresión profunda, él se fijaba en algún aspecto insignificante y circunstancial de alrededor, como si no le prestase atención, y ella se enfadaba.

—¿Has visto dónde he dejado el periódico?, ¿sabes a qué hora regresarás hoy? —la interrumpía.

Cosas minúsculas y cotidianas que la sacaban de su reflexión y la enfurecían, girando entonces la conversación, precisamente, hacia su imposibilidad de dialogar.

—Siempre acabamos igual —se quejaba Carlos—, siempre acabas acusándome de que no sé escucharte.

Y tenía razón. Ambos tenían razón. Carlos no sabía escucharla, por más que lo intentase se distraía, la hería con unas observaciones fugaces que él encontraba siempre justificadas. A veces, Mara había dejado de hablar después de su interrupción y Carlos no le preguntaba qué estaba diciendo antes. Entonces ella entraba en un desasosiego lleno unas veces de tristeza, otras de agresividad. Es un maleducado, un insensible. Era su queja.

Con sus amigas la conversación surgía feliz, fluida y cantarina, enlazando lo banal con lo más íntimo en un único hilo conductor que no se abandonaba nunca. Si dejaba a Carlos le gustaría enamorarse de una mujer. O no, las mujeres no le proporcionarían la diferencia que también le interesaba. Encontraba placer en la conversación con sus amigas, pero ¿irse a la cama con una mujer? Las mujeres eran nuevas versiones de ella misma. ¡Qué contradictoria era! Se levantaron y comenzaron a caminar en dirección a la salida. Mario giraba con insistencia la cabeza hacia el camino.

—No se inquieten por Carlos, vendrá en el último minuto —les tranquilizó Mara.

Las nubes seguían evolucionando, ahora hacia un cielo gris marengo que amenazaba lluvia. No habían caminado ni cien metros cuando las primeras gotas comenzaron a caer, gruesas y frías, formando efímeras coronas en la arena fina. Mara sacó el paraguas que llevaba en el bolso y ofreció cobijo a Isabel.

—Tengo otro, gracias.

Lo abrió y siguió caminando junto a Mario. El paraguas era gris como el cielo, con lunares violeta.

—Nos gustaría dar un vistazo a la acrópolis, ¿le parece bien que nos veamos en la explanada de la entrada?

—Muy bien. Hemos quedado con el taxi justo allí.

La pareja se alejó despacio, resguardándose bajo el paraguas de una lluvia que caía a ráfagas, movida por un viento fuerte y frío. No parecía que fuese primavera. O quizás sí. Donde Mara vivía las primaveras eran más cálidas, pero Nápoles, se lo había mostrado en el mapa Carlos hacía un par de días, a pesar de que lo identifiquemos con el sur —le dijo—, está a la altura del Delta del Ebro. Esa simple información modificó su percepción de la ciudad y le hizo comprender su clima. Carlos era así, inteligente y agudo, lleno de datos singulares que transformaban la realidad que Mara veía. A veces, pensó, los conocimientos de Carlos la abrumaban: se anticipaban a su propia curiosidad y la inhibían. Solía

escucharlo a medias, desbordada por su memoria de Funes y por su saber enciclopédico. Su curiosidad era más especializada que la de él, que se interesaba por todo. Pero los amigos agradecían su elocuencia, y ella, tantas veces, tenía que admitir que lo que Carlos le contaba mejoraba su visión del presente y del pasado. ¿Por qué no podía amarlo entonces de una vez?

La lluvia arreciaba cuando volvió a pasar por la entrada de la gruta de la Sibila, y se acercó para guarecerse. El perro negro que la había olfateado por la mañana caminaba hacia la salida desde el interior de la galería, su figura aparecía y desaparecía según la iluminase la luz que entraba por los tragaluces laterales, proyectando una imagen irreal y mágica, como la que fascinara a los antiguos. Mara decidió volver a entrar. Había estado tan interesada en la pareja de Isabel y Mario que no había pensado en la pregunta que le formuló a la sacerdotisa. ¿Debía decidirse por amar a Carlos o por alejarse de él?, ¿qué parte de esa disyuntiva era la auténtica?

Incrementado por la lluvia, el olor a hongos y a humedad era ahora casi sólido. De las paredes de tierra se desprendía un polvo rojizo que se le pegó en la mano cuando la puso sobre una de ellas. Quería sentir la tierra, confundirse con ella, percibir su inimaginable longevidad geológica.

Se introdujo hasta el final de la gruta, donde la bóveda se abría, y permaneció de pie, esperando una revelación. ¿Amarlo?, ¿alejarse de él?

Inmóvil, buscó en su interior la respuesta. Transcurrieron algunos minutos. Oía la lluvia afuera, y el viento que azotaba las hojas de los pinos de tronco esbelto y copa frondosa y esférica; hasta le pareció escuchar el rítmico sonido de las olas rompiendo con violencia en la orilla, lejos. Pero no oyó la voz de la Sibila. Ni siquiera la suya. No oyó nada. El desconocimiento y la duda permanecieron igual que antes.

Mara se acercó a la pared más alejada de la entrada y aproximó su cuerpo entero al muro frío. Quería oír la voz de la tierra. Adivinar qué tenía que decirle la sabiduría telúrica que desprendía aquel recinto sagrado. Solo escuchó el silencio.

Miró el reloj, faltaban algunos minutos para que el taxi regresara a recogerlos, y salió con calma hacia el cielo abierto.

—*Arrivederci* —la saludó la guardesa al verla marcharse.

—*Arrivederci.*

Los perros descansaban, ociosos, a sus pies. Por un momento, Mara

pensó que aquella mujer era la propia Sibila, la anciana de rostro arrugado que Miguel Ángel pintó en la capilla Sixtina. Le pareció una revelación tan verdadera como sus profecías, volvió la vista hacia ella y la observó. La guardesa llevaba uno de esos chaquetones acolchados que proliferaban por todas partes, como si ese invierno todas las mujeres del mundo hubieran descubierto la calidez envueltas en esas prendas iguales y feas. Nápoles estaba tan lleno de esos chaquetones como su propia ciudad. Se había jurado a sí misma que no compraría ninguno. Parecían, no obstante, tan abrigados. La mujer le sonrió desde su caseta de madera. Mara pensó que estaba sola, que era soltera, que permanecía allí incluso de noche, cuando entraba en la gruta y dialogaba con el espíritu de los reyes etruscos y romanos que habían venido a consultarla. Le devolvió la sonrisa y continuó avanzando hacia la salida.

A la entrada de la excavación arqueológica había un mostrador cubierto de una lona donde un joven moreno vendía *souvenirs*. Parecía un tenderete africano, como tantas otras cosas en Nápoles. Carlos compraba un imán con la imagen de la gruta, mientras Isabel y Mario miraban los objetos expuestos con indiferencia, no parecían dispuestos a llevarse de allí más recuerdo que su ritual.

A unos pocos metros, con las cuatro puertas abiertas, les esperaba el taxi. No había nadie más en los alrededores. Cuando subieron, el taxista les saludó.

—*Tutto bene*?

Asintieron. Carlos le pidió que parase en el mirador del lago Averno antes de regresar a la ciudad. El hombre arrancó el motor.

Mara observó a Carlos y pensó que le exigía demasiado. Él era así, todo acción, todo exterioridad. ¿Qué más podía pedirle?; pero también, ¿qué podía pedirse a sí misma? No lo amaba. Estaba convencida de que su afecto se parecía más al que se profesa a un amigo que al de un amante. Estaba convencida de que esto no iba a cambiar nunca, de que toda su vida sería una mujer insatisfecha, soñando con amores pasados sin que ningún nuevo escalofrío recorriese de pronto su espina dorsal. Carlos la amaba, por eso era más feliz que ella. Mara volvió a mirarlo mientras hablaba animadamente con la otra pareja, sólido y seguro como una roca. Luego regresó a su interior, llena de humores inestables.

Entonces, desde el fondo de sí misma, surgió un sentimiento nítido y definido de cariño hacia él. Lo degustó, golosa; lo paladeó. Sabía que

sería efímero, fruto de su sincera admiración hacia la persona que Carlos era; sabía también que, en el momento en que ambos quedasen a solas el uno frente al otro, ese sentimiento desaparecería y, en su lugar, surgiría una extraña distancia.

—¿Le ha pedido algún deseo a la Sibila, Carlos? —preguntó Isabel.

—Por supuesto que sí, no creo que en esta tradición importe si lo confieso, ¿verdad?

—Creo que no.

—Le he pedido que Mara y yo volvamos dentro de veinte años a este mismo lugar.

—¡No me diga! —Mario no daba crédito—. Se lo hemos dicho antes a Mara, eso fue lo que pedimos nosotros entonces.

—¿De veras?

—Así es. Y hemos cumplido el deseo. Aquí nos tiene.

—¿Y tú, Mara, le has pedido que te descubra el futuro? —preguntó Isabel.

Mara salió de su mutismo.

—Sí, pero creo que la respuesta tendré que encontrarla en nuestro próximo viaje, dentro de veinte años.

Los cuatro rieron, aparentemente felices.

PEDID UN DESEO DE AMOR

No soy un sosias
François Brunelle recorre el mundo encontrando personas muy parecidas entre sí para fotografiarlas juntas: son dobles sin ningún parentesco biológico, cuya semejanza física es fruto de una aleatoria combinación de los genes.

Los humanos compartimos entre un 99,5% y un 100% de todos los genes: solo existen diferencias mínimas en las secuencias. Son estas mínimas diferencias las que hacen única a cada persona.

El equinoccio
cuajará
esas majadas
esos hombres que no se evaporan
de los surcos de la tierra

Viviana Paletta, «Carne de toro»

—*Faites un voeu pour l´amour!*[1]. *Faites un voeu pour l´amour*!

Marie se acerca hasta el hombre que, en el borde de la fuente, en mitad del Cour d´Honneur del Palais Royal, llama a voces la atención de los paseantes. El anciano arroja una y otra vez al agua una cuerda delgada en cuyo extremo reluce un imán; lo arrastra despacio por el fondo y captura las monedas de cobre que los enamorados han lanzado allí esa misma semana, mientras intercambiaban quién sabe qué bellas promesas. Después, ante la sonrisa cómplice de los transeúntes que lo

observan, lo sube con maña hasta la superficie y recoge las monedas que se le han adherido.

Durante la operación invita pícaramente a los nuevos enamorados a que realicen sus deseos de amor arrojando más monedas al agua. Marie también sonríe.

—*Je suis pauvre, madame* —dice, dirigiéndose a ella—. *Pauvre, vous savez… En Espagne, à Ávila, savez-vous?, les pauvres faisaient de la soupe avez des cailloux. Est-ce que vous ne connaissez aucun pauvre, madame?*[2].

Marie no contesta, pero piensa que no, que ella no conoce a ninguno.

Marie cubre su cuerpo esbelto y grácil con un abrigo color camel, igual que su sombrero Fedora. Su bolso es de piel marrón, como lo son sus guantes y sus zapatos. Un pañuelo del mismo color, con estilizados estampados también en camel, rodea su cuello.

Cada vez que sale a la calle, Marie se siente iluminada por un foco que, desde algún lugar del firmamento, la distingue con su luz entre las personas que la rodean. El foco es cosa de Alain, está segura; Alain alumbra todo lo que tiene cerca, se apropia de las cosas y de las personas y las alza hasta la cima de un mundo ideal: Marie es su mujer, luego es perfecta, luego es bella, inteligente, prudente y discreta. Y Marie, a fuerza de sentir la mirada iluminadora de Alain sobre sí misma, ha acabado por sentirse tal y como él la imagina.

Hoy, aunque camina entre la bulliciosa multitud que cruza en mil direcciones los sótanos del Forum Les Halles —cientos de personas de todas las etnias, de todos los colores y credos, de casi todas las lenguas —; y aunque sobre ella se levanta una cúpula inmensa que alberga centros comerciales, cafeterías, cines, estaciones de metro, comercios de toda índole, y hasta una gigantesca piscina llamada Suzanne Berlioux; aunque ni el sol ni la luz podrán jamás alcanzar el centro del universo sumergido de Les Halles, Marie continúa sintiendo sobre ella el foco de Alain, allí, en el nivel menos tres, a decenas de metros bajo tierra.

No hace frío, pero Marie no ha pensado en deshacerse del pañuelo ni de los guantes desde que descendió por las escaleras eléctricas de La Canopée y se internó en el laberinto de Les Halles. Al mirar hacia arriba, mientras esperaba a que el policía echara un rápido vistazo al interior de su bolso abierto, la bóveda de La Canopée le pareció el esqueleto pulido y blanco de una ballena. Ahora, dos horas más tarde, de sus manos penden coloristas bolsas de papel con regalos para Alain, para su asistenta, para sus mejores amigas. Es Navidad.

Alain y Marie no tienen hijos, prefieren viajar por el mundo antes que comprometerse tan drásticamente con una criatura que les exigiría quién sabe qué inaceptables renuncias. Ha decidido entrar en el Forum Les Halles, un lugar que no suele visitar, animada por la esperanza de disfrutar de un estreno: *Le voisin*, en las salas UGC. Un rato en el cine, disfrutando de una película de la que le han hablado muy bien, le ayudará a descansar sus pies fatigados tras la agotadora tarde de compras. Ya tiene la entrada en el bolsillo, por lo que decide sentarse a tomar un té mientras lee el folleto con las críticas de la película.

No advierte la presencia de Malak.

Malak sujeta de la mano a dos criaturas de tres y cinco años. Sobre su espalda arrastra un fardo de ropa envuelto en una sábana rosada y mugrienta. Los niños llevan mochilas; el pato Donald y Micky Mouse decoran una y otra. Hace seis horas que Malak entró en Les Halles y no encuentra el modo de salir. A su alrededor la gente circula con decisión y ella no sabe hacia dónde dirigirse. Seis horas hace que no come y su estómago empieza a rugir. Malak es delgada y está acostumbrada a ayunar, los niños son lo primero. Se llaman Yaiza y Yusuf. Malak tiene que salir de ese subterráneo que la atrapa, pero mira en todas direcciones y no encuentra ninguno de los nombres que Fâdel, su marido, le dictó por teléfono, y que lleva escritos ahora en un trozo de papel que retiene cuidadosamente en su mano: Sortie Rue Montergueil, Jardin Nelson Mandela. Pero allí abajo, en la encrucijada Chatêlet-Les Halles, Malak no distingue ninguno de esos nombres, y Fâdel no puede ayudarla.

Fâdel trabaja catorce horas al día en un restaurante libanés; tampoco puede enviar a por ellos a su amigo Saleh, que repone mercancía a seis euros la hora en un Frank Prix de Belville. Por eso le deletreó por teléfono esos nombres. ¿Se habrá equivocado? Ya no tiene batería el móvil de Malak, y los niños tienen hambre.

Quizás por eso la mujer se detiene frente a un puesto de alimentación: plátanos, naranjas, kiwis, manzanas y mangos frescos y brillantes, expuestos como no los ha visto nunca. Los números, trazados con tiza blanca en las pequeñas pizarras que se alzan sobre las hileras de fruta, parecen indicar su precio. Como le sucedía en Italia, de donde Malak acaba de llegar, los números se le antojan cifras enormes, inalcanzables. Malak busca en su bolso y se da cuenta de que con el dinero que le queda apenas podría comprar un par de plátanos. Guarda el dinero y saca para los niños un pequeño croissant de chocolate casi

deshecho que adquirió en un supermercado de otro país. Es necesario encontrar la salida. La salida. Sin embargo, por encima de ellos, las indicaciones se suceden en una lengua extraña. Malak alza la cabeza intentando leerlas, la baja y se ajusta el pañuelo.

Al lado del puesto de alimentación una mujer toma su té. Es Marie. Malak la mira y se asusta como si hubiese visto a un conocido del que su cuerpo recordase algo que ella ha olvidado, pero que no le sienta bien; un daño pretérito que aún no puede identificar. Retira la mirada al instante, pero la vuelve de nuevo hacia la mujer, más segura ahora. No es nada, no es nada, parece advertirles a los niños, y les indica con los ojos que la miren. Yaiza y Yusuf lo hacen y vuelven el rostro hacia su madre. ¿Qué significa esto? La sorpresa ilumina sus pupilas. Marie y Malak se parecen como dos gotas de agua. No hay nada en su atuendo que las una, pero sus rostros son idénticos. Yusuf se separa de la mano de su madre, se acerca a la mujer y, cuando Marie levanta sus ojos de la taza encuentra los de Yusuf posados sobre ella; se sobresalta. No hace frío, pero el vello invisible de sus antebrazos se ha levantado por efecto de un músculo llamado horripilador. ¿Qué significa esto?, se pregunta ella también. La madre se acerca al pequeño y lo coge de la mano.

Marie mira de arriba abajo a Malak: tiene su misma edad, su misma estatura; su mirada y sus manos de dedos alargados y elegantes son idénticas a las suyas. La piel de Malak es apenas un tono más oscura, pero sus labios son iguales y sus pómulos, marcados y tersos, gemelos. Yaiza ha venido también hasta ella y la observa.

—Ami —susurra.

—¿Qué dice esta niña?

Marie todavía no sabe a quién ha dirigido esa pregunta.

—Ami —repite Yusuf.

Se acerca la empleada argelina testigo de la escena.

—Mamá, dice «mamá» —le aclara en francés.

Marie mira a Malak, y en los labios de las dos mujeres aparece la misma sonrisa.

—Venid —les indica.

Malak y los niños rodean su mesa, retiran con timidez las sillas, todavía indecisos ante la invitación de la desconocida, y se sientan frente a ella.

La merienda es espléndida. Los niños beben leche y comen fruta, dos

éclair au chocolate y un yogurt. Malak está contenta, pero tienen que salir de allí.

En un inglés apocopado, Malak le explica a Marie que es necesario encontrar a Fâdel. Los niños se ríen, sus estómagos están llenos y satisfechos, y con sus dedos sucios y delicados tocan el abrigo de Marie, su pelo limpio, la piel clara de sus manos. Dibujan su nariz, sus pómulos, el lóbulo de sus orejas, mientras repiten la misma palabra.

—Ami —insisten, mirando a su madre.

Malak se ríe, hace días que no lo hace, pero este encuentro le ha devuelto la risa.

—Malak —dice señalándose a sí misma.

—Marie —hace lo propio la otra.

¡Qué coincidencia!, sus nombres también empiezan por eme. Las mujeres vuelven a reír, y la tarde pasa como pasan los miles de afanados paseantes que atraviesan el subterráneo de Les Halles.

Es post apocalíptico, piensa Marie, una vida en los sótanos de París. Quedarse a vivir aquí, se imagina, mirándoles. Avanza la noche. A esas alturas ha olvidado por completo la película. Les voisins, Los vecinos.

Malak y Marie buscan para los niños un lugar donde dormir. Cogidas de la mano, las mujeres encuentran un recodo donde el tránsito disminuye, un rincón sombrío que les ayude a conciliar el sueño. Marie coloca su abrigo camel en el suelo y Malak acuesta encima de él a los niños, que abren sus bocas rosadas en un bostezo. Los cubren con una manta que Malak saca del atillo y se sientan sobre otra a su lado. Apoyadas sus espaldas sobre la misma pared, sus pies alcanzan idéntica longitud sobre el suelo. Observan los finos zapatos de piel que calzan unos, los viejos y deformados del otro par; se sonríen.

El cobijo que han elegido es cálido. Unas rendijas de aluminio situadas encima de ellos expiran un envolvente chorro de aire caliente. Aire caliente que murmura. La noche calma el bullicio diurno, incesante como el de un enjambre, y los guardias de seguridad que pasan y se alejan, que vuelven y se alejan otra vez, hacen como que no las ven.

Todos hacen como que no las ven.

Parecen haber olvidado lo que, a una y a otra, les animaba a salir de allí. En el móvil de Marie hay muchas llamadas perdidas, «Alain (10)», pero ella no lo ha consultado hasta ahora, no hay cobertura, se miente, aunque sabe que es una excusa. No concibe qué podría hacer ahora afuera. Qué podría hacer ahora sola.

El foco de Alain se ha apagado y Marie ya no es alguien singular ni

único, es solo una mujer, una hembra como otra cualquiera, una mujer cuya vida, de repente, no comprende. ¿Quién es Marie?

Malak sí sabe quién es y se lo cuenta en su inglés apocopado.

—I am siriam.

—I know —responde la francesa.

Malak gesticula para explicarle su vida, la corta historia de sus hijos, la marcha de Fâdel, lo que hacían en Damasco. La francesa ha visitado Damasco, una ciudad preciosa. Beautiful. Y Alepo, ha estado también en Alepo. En Alepo, otras mujeres como Malak la protegieron una noche de los hombres que la acosaban por la calle. Mujeres de luto, grandes matronas rodeadas de niños incansables. Madres que le ofrecieron su comida y su té sentadas en el césped de una ciudadela que no sabe si aún existe. Mujeres que señalaban la luna para indicar el paso del tiempo. Una luna, dos lunas, sus maridos volverían tras cuatro lunas. Ahora estaban lejos, Russia; extrayendo petróleo, pe-tró-le-um; durante, una, dos, tres, cuatro lunas. Y la francesa comprendía ese lenguaje universal, un alfabeto de gestos y de sonrisas, de manos y de palabras híbridas, injertos de distintas lenguas, pronunciadas con dificultad y titubeo; un lenguaje original, sostenido por el genuino deseo de hacerse entender.

El centro comercial se vacía sin prisa, la francesa mira a Malak y se reconoce en ella. Malak también se reconoce en Marie. Hembras de la misma especie. Carne joven y tersa sobre unos huesos estilizados, mentes despiertas encerradas en cráneos proporcionados y hermosos. Vidas.

El centro comercial se vacía por completo cuando, hacia la una de la madrugada, el metro deja de funcionar. El vigilante de seguridad se acerca al grupo que dormita y se aleja despacio, inofensivo el uno, inofensivas las otras. París rebosa de familias que duermen en la calle y en el metro, que acampan en las aceras como esas dos hermanas gemelas de ahí. No hay nada de qué asombrarse. París es un campamento nocturno de nómadas anónimos que todos miran pero que nadie quiere ver. Es hora de tomar un café con leche y mantener un rato de charla con el compañero del nivel menos dos.

—J`arrive —le dice a su walkie talkie.

A las cuatro de la madrugada, un grupo de mujeres las despiertan. Arrastran un enorme carro metálico donde se acoplan ordenadamente las escobas, los cubos de basura, los rollos de papel higiénico para reponer, los productos de limpieza. Llevan uniformes azules en los que

puede leerse el nombre de su empresa; parecen propiedad de alguien. No obstante, ríen. Algunas fuman. La francesa las observa y piensa que fuman con ansia, como si se tratase de una transgresión. Fuman donde no se puede fumar. No son propiedad de nadie. Se afirman. Eso parece alegrarles. Esta es su hora y, este, su territorio.

Malak se ha despertado y también las mira. Algunas de las mujeres de la limpieza apagan sus cigarrillos y se marchan hacia la zona central; frente a ellas solo quedan dos, que se detienen para hablarles.

—Tomad —les dice la más alta, y les ofrece una botella de leche, unos bollos para el desayuno.

La francesa les da las gracias. En un compartimento de su carro de metal las mujeres llevan una radio portátil; es pequeña pero potente, y la música que transmite se extiende a través del pasillo donde se encuentran, alcanza la cúpula central de Les Halles y regresa a ellas para meterse en sus cuerpos con una contagiosa energía.

And I think to myself…What a wonderful World.

Marie y Malak reconocen de inmediato la canción, sienten la música como si fuera su propia sangre, su misma sangre poderosa, roja y caliente. Se ponen de pie, se abrazan y bailan. Las mujeres de la limpieza las miran, dejan a un lado su carro y las imitan. Son dos parejas, cuatro hembras humanas. Dos niños que duermen. Las mujeres se separan ejecutando graciosos pasos de baile. Se intercambian reverencias dieciochescas, fintas de seducción. Fuera de la música no hay nada. Dentro está el mundo, un mundo rítmico y fluido, un mundo maravilloso. Las mujeres cambian de pareja y se ríen; se ríen como las niñas que fueron de esa ocurrencia tonta, gratuita y tan necesaria, de ponerse a bailar. Mira que ponernos a bailar ahora, piensan casi al unísono las cuatro. Mira que ponernos de repente a bailar.

The colors of the rainbow
So pretty in the sky…

Termina la canción y de la radio portátil surge una melodía triste que interrumpe la magia. Las parejas se separan y las mujeres de la limpieza retoman su camino.

—À tout à l`heure —les saludan.

—A toutaller —balbucea Malak.

Marie y Malak se tumban al lado de los niños e intentan volver a dormir. Faltan apenas dos horas para que abran la estación de metro. Por algún lugar de la gigantesca bóveda ha entrado una paloma que no sabe cómo salir. Sobre sus cabezas, el aire caliente murmura.

1.
2.

EL ESQUELETO DE LAS BALLENAS

Puede imaginarse que a base de los desnudos esqueletos de las ballenas llevadas a tierra podrían deducirse veraces elementos para la reconstrucción de su verdadera forma, pero esto no es así, en modo alguno. Porque una de las cosas más curiosas acerca de este leviatán es que su esqueleto procura escasas ideas acerca de su forma general.

Herman Melville, *Moby Dick, 1851*

El no haber nacido animal
es una de mis nostalgias más secretas.

Clarice Lispector

Marina se acercó al mostrador y cogió el periódico. *El Universo*, leyó en la cabecera, qué nombre más pomposo. Su hija desayunaba sentada frente a una de las mesas de madera distribuidas por la terraza. El jardín era lo único que las separaba de la playa, que se extendía hasta el pueblo a su izquierda y hasta el infinito a su derecha, turbia en la neblina de las olas. Recorrió los pocos metros que las separaban y se sentó a su lado.

Ana comía, ensimismada, un mango; por sus dedos se deslizaba la pulpa naranja, dulce y madura, que recogía con su lengua con deleite. Sus labios húmedos eran del mismo color que los hibiscus.

—Antes de buscar ballenas quiero fotografiar la llegada de los barcos de pesca, mamá. Es imprescindible que lo haga hoy —exigió con su resolución habitual.

—Entonces tenemos que salir ahora mismo. La agencia nos ha citado a las nueve.

Desde que llegaron a Ecuador se levantaban muy temprano para aprovechar la luz del día; además, la oscuridad se imponía hacia las cinco de la tarde y el *jet lag* les impedía permanecer en la cama por las mañanas.

Madre e hija cogieron sus mochilas, dejaron su llave en recepción y salieron al jardín. Las habitaciones se identificaban con un cartelito de madera hincado en la tierra donde figuraba el dibujo y el nombre de un pez que se repetía, idéntico, en un voluminoso llavero; la suya era la Orca. En el porche se mecían, vacías, dos idénticas hamacas.

—¿Sabes que la distribución del color blanco y negro en la piel de cada ejemplar de orca es única?

—¿En serio?, ¿cómo sabes eso, mamá?

Marina se encogió de hombros.

El hotel donde se alojaban era el mejor de Puerto López. Había sido construido por un antiguo diputado radical italiano que contribuía al desarrollo del pueblo repoblando los bordes del camino con palmeras, o diseñando el laberíntico jardín tropical entre el que se distribuían las cómodas cabañas; luchaba, además, según les había contado la noche anterior, contra la endémica corrupción de la zona. Resultado del empeño del peculiar empresario bohemio era también el gigantesco esqueleto de ballena expuesto en una explanada frente al edificio principal del hotel.

—La ballena varó en esa playa —les explicó con orgullo, señalando el lugar—. Cuando llegó ya estaba agonizando y no pudimos hacer nada para salvarla. La enterramos durante varios años para que la carne se desprendiese por completo de los huesos. Luego la desenterramos, la tratamos y montamos por fin el esqueleto que habéis visto en la puerta.

Marina había contemplado antes otros esqueletos de ballena y no le sorprendió su tamaño. La diferencia entre el interior y el exterior del mamífero era tan rotunda que coincidía plenamente con la observación de Melville de que los huesos del animal no permitían hacerse una idea aproximada de su fisonomía. Por su forma alargada, el esqueleto muy bien podría corresponder al de una gigantesca serpiente marina, o al de una especie de inexistente morena abisal y prehistórica; pero no, sobre los huesos del animal más grande de la tierra se engrosaban los músculos, se acumulaba, aerodinámica, la grasa, y el resultado final era esa mole de decenas de toneladas de peso que ella perseguía.

Las ballenas la entusiasmaban. Aún solía escuchar la música de Paul Winter, que le descubrió por primera vez su canto cuando era tan joven como su hija Ana. Desde entonces había viajado por el mundo buscando al leviatán, pero todos se le antojaron bien distintos al que sirvió de argumento a la novela de Melville que leyó en su juventud. Las ballenas no le daban ningún miedo. Soñaba con bucear junto a ellas, con tocar su lomo áspero adornado por cientos de crustáceos, con escuchar bajo el mar su relajante lamento, pero todavía no se había atrevido a hacerlo. Se consideraba a sí misma una mujer temerosa, aunque quienes la rodeaban solían afirmar lo contrario. El pasado invierno, cuando confesó, tímida, su cobardía a alguien que la conocía desde los veinte años, el amigo le comentó:

—¿Cobarde tú?, ¡pero si eres una de las mujeres más valientes que conozco!

Luego pareció evaluar durante unos segundos la pertinencia de decir o no lo que añadió a continuación.

—Incluso, a veces, he pensado que eras una mujer temeraria.

Marina no supo cómo interpretarlo, pero le respondió con una sonrisa como si hubiese recibido un cumplido; si bien no le creyó. En realidad, el problema consistía en que, donde se reconocía de veras a sí misma, era luchando siempre contra sus miedos.

Ese verano había embarcado en la aventura a su hija, quien, de momento, se mostraba menos entusiasta que ella.

—¡Mira, mamá! —Ana llamó su atención hacia el espectáculo que se ofrecía sobre la arena.

A lo largo de la playa, como cada mañana, decenas de barcas de pesca llegaban a la costa a intervalos regulares. En sus vientres se amontonaban cajas repletas de pescado recién capturado que los pescadores transportaban sobre sus hombros hasta la orilla. Era entonces, durante ese breve trayecto, cuando los cientos de gaviotas y de fragatas que sobrevolaban la playa se lanzaban sobre ellos para capturar, a su vez, su desayuno. El cielo era un intenso revolotear de pájaros enormes, agresivos y hambrientos, que los pescadores ahuyentaban con un palo, mientras sobre sus hombros peligraban las pesadas cajas con el botín en disputa, que sujetaban con la otra. La naturaleza y el hombre mostraban su rostro más salvaje y depredador, quizás, también, el más hermoso.

Ana se distanció de Marina para hacer unas fotos. A su alrededor el movimiento era tan intenso en el aire como en la tierra.

La agencia les había citado junto al puerto para salir en busca de las ballenas jorobadas que cada año llegaban hasta allí a efectuar sus ritos de apareamiento, camino del Pacífico norte. En el mercado de pescado la actividad era vertiginosa. Tiburones, pulpos, calamares, enormes atunes de lomos plateados y brillantes, lenguados chatos, langostas, espectaculares peces espada, pargos rosados, chernas gigantes y un sinfín de especies cuyo nombre Marina ignoraba, se exponían sobre el remolque de las camionetas, sobre toscas mesas de madera o en el mismo suelo, encima de plásticos azules violentamente enrojecidos por la sangre. Las mujeres cortaban con destreza las cabezas, apartaban la morralla y, en un restaurante paupérrimo, construido sobre pilares de madera y cubierto por una techumbre de hojas de palmera y uralita, cocinaban las piezas que los compradores les proporcionaban, en un animado y vociferante pandemonio.

El hedor a pescado era intenso. Ana se tapaba la nariz con un pañuelo, pero Marina abría sus fosas nasales para impregnarse del olor a mar, a vida, que había venido buscando. Eran las nueve menos diez cuando le hizo a su hija un gesto con la mano para que se aproximara hasta ella y caminaran juntas los escasos metros que las separaban del embarcadero. Ana hizo un par de fotos más y vino a su encuentro.

—Es horrible este olor, no sé cómo puedes aguantarlo, mamá.

Marina pensó que las cosas que a Ana le disgustaban, como le disgustaron a ella misma cuando era joven, le parecían ahora agradables o interesantes. Con Ana apreciaba sin cesar estas diferencias que atribuía sin más a la edad. Frente a su hija se sentía más vulnerable y mucho más vieja, lo que, a veces, la incomodaba.

—Vamos, nos esperan.

Reconocieron la lancha para el avistamiento amarrada en el puerto, y a sus guías; era la segunda vez que navegaban con ellos. Los dos hombres las saludaron y les ayudaron a subir a bordo.

Apenas pisaba la cubierta del barco, Marina rejuvenecía; relegaba en su interior a la madre para convertirse en una niña alegre y curiosa. Sus ojos se movían en todas direcciones cuando dejaron atrás el puerto, buscaban un chorro de agua, un lomo negro, un ligero movimiento en el mar que anunciase la presencia de sus queridas jorobadas.

—Durante la temporada de apareamiento a los machos les gusta exhibirse frente a las hembras. Saltan sobre la superficie del mar y giran sobre sí mismos en el aire en una increíble pirueta que constituye todo un

trofeo para el fotógrafo. —Les informaba una voz anónima a través de un altavoz.

Ana anhelaba esa foto.

—¿Las veremos hoy? —preguntó la joven al patrón.

—A ver si tenemos suerte… Ellas están ahí. —Le respondió, rotundo, señalando a lo lejos.

Las dos mujeres sonrieron. A Marina le gustó la seguridad del hombre, ellas están ahí, sumergidas a babor o a estribor, a popa o a proa, en las insondables profundidades del océano oscuro.

Marina se convertía en ballena apenas comenzaba el *tour*. Se mimetizaba con ellas hasta sufrir en sus propios oídos el ruido ensordecedor que, suponía, el motor de las lanchas produciría en sus tímpanos hipersensibles. Aunque lamentaba el intrusismo de los turistas, entre quienes, humilde, se incluía, no podía resistir la atracción de ese magnífico animal.

—Las ballenas no son demasiado longevas. Tienen una vida media de cuarenta años. Cuando los ejemplares se hacen adultos, cada verano sortean infatigables los peligros del océano para procrear y garantizar la supervivencia de sus crías —continuaba informándoles la voz.

Marina era Moby Dick, no Ahab. La venganza nunca le había producido la menor satisfacción. Ana, pensaba, no se parecía en absoluto a ella. Aunque ya lo había sospechado desde que su hija era niña, la confirmación definitiva la descubrió unos días atrás, cuando se empeñó en pasar con Irene una noche en Montañita.

* * *

—Montañita es la Sodoma y Gomorra de Ecuador —les dijo el simpático taxista que, a su llegada, las condujo desde el aeropuerto de Manta a Puerto López.

Marina se rio a carcajadas.

—¿En serio? —preguntó Ana.

—Y tanto —continuó el hombre mientras conducía a cincuenta por hora por una estrecha carretera salpicada de baches. A ambos lados del asfalto, el paisaje desaparecía por completo en la oscuridad—. Está llena de jóvenes como usted, y las noches son antológicas.

—¿Y cómo lo sabe? —volvió a interrogarlo Ana.

A su madre la pregunta le pareció un tanto impertinente, pero el taxista no parecía ofendido; las miró por el espejo retrovisor, como

evaluando la mejor respuesta y, suponiendo quizás que eran madre e hija, se mostró prudente.

—Bueno, llevo y traigo turistas hasta allí desde hace diez años, y tengo oídos…

—Mami, ¡yo quiero ir! —exclamó Ana al instante.

—¡Es valiente la muchacha! —El hombre sonrió de nuevo a través del retrovisor.

—Ya veremos —respondió Marina sin convicción.

—Sodoma y Gomorra, mamá, por dios, ¡es bíblico!

* * *

El primer avistamiento se produjo antes de llegar a la Isla de la Plata, donde estaba previsto que dieran un paseo y tomasen un refrigerio antes de bucear.

Se trataba de una hembra adulta que navegaba plácidamente junto a su cría. Marina pensó que aquellas ballenas viajaban juntas como lo hacían Ana y ella, y se emocionó. Le molestaban esas súbitas emociones a flor de piel que la obligaban a bajar la cabeza, a esconderse tras sus gafas de sol, a dejar de hablar para que la voz, temblorosa, no delatase su inoportuna emoción. Dios mío, qué menopáusica estoy, se consoló.

La ballena y el ballenato se perdieron delante de ellos tras recibir miles de disparos de las cámaras digitales de los turistas, esa nueva forma inofensiva de depredación. La cámara de Ana era analógica, una Minolta SRT 101, y la joven se enorgullecía de la serenidad que ese tipo de fotos exige, de la paciencia requerida hasta revelarlas. Sin embargo, en esta ocasión, temiendo la fugacidad de las apariciones de los animales, también había echado alguna foto con su cámara digital. Ahora borraba las fallidas sentada al lado de su madre.

—Mira esta mamá, es preciosa.

En la imagen, el lomo negro y enorme de la hembra envolvía como un grueso paréntesis el más pequeño de su cría. La popa de la barca, que Ana había incluido en la foto, proporcionaba una idea aproximada de la distancia y del tamaño de los animales.

—Es buena, sí —comentó.

A Marina no le gustaba hacer fotos, la atención técnica que requerían la distraía de la inmediatez del encuentro, y prefería enfrentarse a las ballenas sin intermediarios.

* * *

Sodoma y Gomorra. Marina no dio crédito cuando Ana, al día siguiente de instalarse en el hotel, y acompañada de Irene, una chica argentina que había conocido en un pub la noche anterior, se empeñó en que *necesitaba* ir a Montañita con su nueva amiga.

—Tengo que ir, mamá, ¿no te das cuenta? Es fantástico.

—¿El qué?

—Sodoma y Gomorra, mami, Sodoma y Gomorra. ¡Por dios! Haré unas fotos magníficas de la noche, de la fiesta primero, y de la decrepitud de la resaca después. Ya verás.

Prefirió no preguntar. ¿A qué le remitirían a Ana esos dos nombres? Mientras decidía si le facilitaba el dinero —Ana era mayor de edad y de una determinación a prueba de obstáculos y de objeciones, por lo que Marina había aprendido tiempo atrás que negociar era mejor que oponerse frontalmente a ella—; mientras lo decidía, y para ganar tiempo, invitó a las chicas a comer langosta en un restaurante del puerto. Al menos conocería un poco a Irene, que aparentaba unos veinticuatro años y llevaba tres meses viajando sola por América del Sur.

* * *

El segundo avistamiento, más largo que el anterior, fue de un grupo de cinco hembras con sus crías. Para fotografiarlas, los turistas se desplazaban de estribor a babor, de babor a estribor, ignorando las advertencias del capitán sobre el peligro de que el barco volcase. Marina ya había previsto que sería así: todos, hombres y mujeres maduros, procedentes de las más diversas partes del mundo, se convertían de pronto en niños irresponsables y eufóricos, tan inconscientes del peligro como los niños lo son.

Los lomos de las ballenas resplandecían bajo el cielo nublado de la bahía. El grupo se alejaba del barco, que avanzaba en su misma dirección, hasta emerger de nuevo delante de ellos.

—¿Sabes que las ballenas no tienen visión frontal?

—¿En serio?, ¡cuántas cosas raras sabes!, mami.

—Sus ojos están situados cada uno a un lado de la cabeza, y esta es tan grande que la distancia entre uno y otro les impide ver lo que tienen justo enfrente de ellos.

—¿Entonces podrían chocar con nosotros, no? —Marina advirtió cierto temor en la pregunta.

—No es probable, perciben la distancia y la forma de los objetos emitiendo ondas sonoras que vuelven a ellas al chocar con los obstáculos. Lo mismo que los murciélagos.

—¡Uf, menos mal! ¡El agua tiene que estar muy fría sin el neopreno!

Chispeaba cuando dejaron de avistarlas. Ana había sacado lo que llamó con orgullo «las fotos de mi vida», y quería subirlas de inmediato a Instagram.

—No son peligrosas, ¿verdad, mami?

Le preguntó directamente, como si solo ahora que volvía la calma, que dejaba de lado las cámaras, pensó su madre, se diese cuenta de lo que estaba pasando a su alrededor. A menudo, Ana mostraba una graciosa ingenuidad de niña que contrastaba con su mente en extremo racional, y a Marina le agradaba vislumbrar sus temores infantiles por debajo de esa aparente suficiencia, pues sentía que seguía necesitando de su protección.

—No. Las ballenas son animales pacíficos que nada tienen que ver con Moby Dick.

La tranquilizó.

De niña respondía siempre igual a quienes le preguntaban qué animal le gustaría ser: «quiero ser una ballena», insistía. Luego leyó la famosa novela de Melville y se sorprendió de que el autor le atribuyera al leviatán unos dientes afilados. Pero si solo tienen barbas, pensó, sospechando de la honestidad del escritor. Sin embargo, pronto descubrió que también existían cetáceos dentados, y que Melville tenía razón.

Se acomodó en el duro asiento de la lancha y continuó vigilando la superficie del mar. Seguía exultante, invadida por una paradójica sensación de euforia y de calma, una especie de comunicación nueva con el mundo, el sentimiento de fusión que andaba buscando. Como si el espíritu de la naturaleza igualara a los seres vivos en una cálida corriente fraternal, como aquella fría de Hudson sobre la que navegaban, poderosa y polar, plagada de bancos de kril, el alimento de las ballenas.

* * *

Irene tenía veinticuatro años y acababa de licenciarse en medicina. Se

encontraba a la mitad de su anhelado viaje fin de carrera. Cuando tenía su misma edad Marina conoció a otros argentinos que viajaban por Europa antes de incorporarse al mundo laboral; hasta alojó a algunos en su piso de estudiante. Cuarenta años después las costumbres seguían idénticas.

La langosta era un manjar prohibido para Irene, que disponía de un presupuesto exiguo, se alojaba en los hoteles más baratos, en casetas de autopista o en las casas particulares que le salían al paso, y se desplazaba a menudo en autostop. A Irene no le sobraba el dinero sino el tiempo. En realidad, tenía la vida entera por delante. De ahí que *dar un rodeo por Montañita*, como repetían las dos jóvenes casi al unísono, con una complicidad instantánea que a Marina le sorprendió, no supusiese para ella ningún inconveniente.

Irene se comió la langosta, la guarnición, los patacones de Ana y los de su madre; exhibía sin pudor un hambre canina y una alegría contagiosa que animó la sobremesa. Durante el café, Marina ya había decidido que financiaría la excursión de Ana a Montañita. Esa misma noche les buscó un hotelito por Internet y pagó una habitación para las dos.

—Veinticuatro horas, ¿has oído, Ana?, no quiero excusas, o mando a por ti hasta esa maldita Sodoma y Gomorra al mismísimo ejército ecuatoriano, con todos sus generales.

Las chicas rieron.

—Mi madre es capaz —bromeó Ana besándola, zalamera.

—No pasará nada, confíe en mí —la tranquilizó Irene—. Soy una experta, yo cuidaré de ella.

—Te prometo que estaremos aquí mañana por la tarde, sin falta —siguió Ana.

—Ya sabes que me preocuparé muchísimo si no sé nada de ti.

—Por eso. ¡Prometido!

Y salieron cada una hacia su hotel para preparar el equipaje.

Montañita. Marina estuvo todo el día sin poder pegar ojo. Leyó durante varias horas al amanecer; paseó luego por la playa, donde recogió objetos arrojados por el mar, trozos de madera erosionados por la olas, restos de esqueletos de peces blanqueados por la sal, vidrios pulidos y otros fragmentos inidentificables de una belleza subacuática. Al acercarse la media tarde ya sufría de una impaciencia insoportable que le impelía a consultar el reloj cada quince minutos. Por fin,

veinticinco horas después de marcharse, las vio llegar en un taxi colectivo, sucias y somnolientas pero alegres y, sobre todo, vivitas y coleando.

—¿Qué tal os fue?

—Bueno, no está mal. —Ana no pudo ocultar su decepción.

Las palabras, Marina bien lo sabía, son casi siempre más seductoras que la realidad. Sodoma y Gomorra. ¡Qué bárbaro el taxista!, se dijo a sí misma, tranquilizada.

Al día siguiente por la mañana despidieron a Irene antes de embarcarse para un nuevo avistamiento. La joven quería visitar otras zonas de Ecuador que ellas no conocían.

—¿No te asusta viajar sola? —le preguntó Marina antes de marcharse.

—No. La gente es muy simpática cuando ve que vas sin compañía.

Marina pensó que no soportaría que Ana hiciese un viaje semejante. Pensó también que si se le ocurriera proponérselo alguna vez tendría que empezar a aceptarlo, combatir su aprensión y su miedo y confiar en ella. Eran tan jóvenes.

Las dos chicas se abrazaron, dejaron escapar unas lágrimas de despedida, apoyadas cada una en el hombro de la otra como si fuesen amigas de toda la vida, y se dijeron hasta pronto.

* * *

Volvieron a la Isla de la Plata a bucear. El agua estaba fría y los ligeros trajes de neopreno no las protegían lo suficiente, por lo que la inmersión fue breve. Una pareja de tortugas se acercó tanto hasta ellas que pudieron tocar sus caparazones. Sus ojos acuosos e inocentes le dieron pena.

Pasearon por la isla hasta mediodía y volvieron al hotel hacia el atardecer. A la vuelta, sin proponérselo, avistaron un grupo de ballenas que les obsequió con el increíble salto de un macho joven. Las siguieron durante quince minutos y regresaron a puerto.

El entusiasmo de Marina le impidió descansar antes de la cena. Nunca hasta entonces había experimentado como ese día la intensidad de su deseo. Realmente, pensó por enésima vez, quiero ser una ballena, es un deseo radical. Se dio cuenta de que quizás nadie pudiese comprenderla, de que nadie podría ir más allá de esas pocas palabras para sumergirse en su interior y advertir la profundidad de su anhelo.

Ser una ballena, navegar sin pausa, residir en el inconmensurable silencio del azul, sin conciencia alguna; ser instinto y músculo, acto puro.

Ana tomaba una ducha, mientras ella esperaba su turno tumbada encima de la cama, cuando recordó que todavía llevaba el periódico del día en la mochila. Mario, el dueño del hotel, les había adelantado que en esa edición de *El Universal* publicarían una entrevista donde contaba con detalle su historia. Antes de vivir en Puerto López había residido varios años en las Galápagos, les informó la noche anterior bajo la mirada condescendiente de su compañera, una hermosa mujer suiza que hablaba el español con un sonoro acento francés.

—Eso sí, viví en Isabela cuando todavía nadie visitaba las islas —les advirtió el exdiputado.

Marina reptó por la cama hasta alcanzar la mochila y sacó el periódico. Cuando se disponía a abrirlo Ana salió de la ducha con una toalla alrededor del cuerpo y otra enrollada en la cabeza.

—Ya puedes entrar, mamá.

Dejó el diario abierto sobre la cama y entró en el baño. El agua estaba caliente, y era reconfortante dejarla deslizarse sobre su piel. En esas fechas, en su país los termómetros marcarían los cuarenta grados, pero allí, frente al Pacífico, el invierno austral no permitía que se superasen los veinte. Para salir a cenar tendrían que ponerse una chaqueta ligera o un chal. Resistió el deseo de permanecer más tiempo bajo la ducha, pues en todos los hoteles advertían con insistencia a los clientes sobre la necesidad de reducir el consumo de agua. Esa misma mañana, los guías que les acompañaron durante el paseo por la isla de la Plata les mostraron la única pareja de fragatas que había realizado su puesta en el mes acostumbrado. El resto de las hembras de la especie, desorientadas por el irregular cambio de las temperaturas, no habían anidado todavía.

—De seguir otro año así, la población de fragatas disminuirá hasta la extinción —concluyó el guía con pesar.

Cerró el grifo y se secó con calma.

Cenaron unos deliciosos lenguados con crema de limón como los que habían visto recién capturados en el mercado de pescado días antes. Como estaban demasiado cansadas apenas hablaron. Mario y su mujer no aparecieron esa noche, y Marina se ahorró explicarles que todavía no había podido leer la entrevista, que lo haría después, en cuanto

volviesen a la habitación.

Ya en pijama, Ana encendió el ordenador sobre la cama y se colocó los auriculares mientras Marina cogía por fin el periódico, tumbada sobre la suya.

La entrevista estaba anunciada en portada con una hermosa foto de Mario, y se publicaba en la página seis, dedicada a las noticias locales. Pasó la primera página y la segunda y, en la tercera, una foto en blanco y negro llamó su atención. Se ajustó las gafas y llamó a su hija.

—Ana, ven, mira, ¿es ella?

—¿Ella?, ¿quién? —a Marina le resultaba a veces exasperante la forma en que, cuando estaba cansada, Ana fingía no comprenderla y respondía a sus preguntas más sencillas como si hablasen distintas lenguas. La capacidad de su hija para romper de improviso la complicidad entre ambas la entristecía.

—Irene, por dios, ¿es Irene la chica de la foto?

La joven se acercó y echó un vistazo a la imagen del periódico, abierto sobre la cama.

—Claro que es Irene, mamá —confirmó, sin vacilar. La impresión de la página era muy mala, y Marina hubiese querido equivocarse—. ¿Qué ha pasado?

* * *

La noticia, como solía ser habitual en el estilo de las crónicas de la mayoría de los periódicos latinoamericanos que conocía, no podía ser más escueta.

Ana, de pie, la leyó en voz alta.

Irene Rodríguez, una joven con pasaporte argentino que viajaba sola por el país, fue violada y asesinada en las inmediaciones de Manta la noche del dieciocho al diecinueve de agosto…

—Cuando se marchó de aquí —la interrumpió Marina.

El cadáver presentaba signos de extrema violencia. La identificación de la víctima ha sido posible a partir de los documentos encontrados entre sus pertenencias. Los padres de la joven asesinada viajarán a Ecuador para procurar la repatriación del cadáver…

Ana dejó de leer. Conocía de sobra el resto de la historia, de todas las historias parecidas. Ambas lo conocían. No se puede adivinar desde fuera el esqueleto del leviatán.

Marina apartó el periódico a un lado y la abrazó. Los alegres ojos de Irene las miraban desde la tinta descolorida e indiferente de *El Universo*. Besó a su hija en el pelo, húmedo todavía, reprimió el impulso de decirle que lo secase, que si es que no se daba cuenta de que no estaban en España, que hacía fresco allí, que se iba a resfriar. La estrechó contra ella en un gesto desesperado de consuelo, y esperó a que, desde algún profundo lugar de su océano interior, como sucedía siempre, cálido y confortable como una nana, emergiese el melancólico y dulce canto de las ballenas.

DESCONFIANZA

Uno acepta el mundo, poco a poco, y muere. Comprende la maravilla y la razón de las acciones humanas. El lenguaje simbólico del inconsciente… porque las personas se comunican por símbolos, ¿te has dado cuenta?, como si hablaran un idioma extraño, chino o algo así, cuando hablan de cosas importantes, como si hablaran un idioma que luego hay que traducir al idioma de la realidad. No saben nada de sí mismas. Solo hablan de sus deseos, y tratan desesperada e inconscientemente de esconder, de disimular. La vida se vuelve casi interesante cuando ya has aprendido las mentiras de los demás, y empiezas a disfrutar observándolos, viendo que siempre dicen otra cosa de lo que piensan, de lo que quieren en verdad… Sí, un día llega la aceptación de la verdad, y eso significa la vejez y la muerte.

Sándor Márai, *El último encuentro*

La tierra, ebria tras dos horas de tormenta, exudaba agua fresca, transparente, que formaba un charco extenso y poco profundo en el trayecto entre la cabaña y los baños. El agua le cubría los tobillos cuando Mayte corrió hasta el edificio de las duchas y entró en el aseo. Todo se le antojó húmedo y sucio. El día que llegaron a la isla, vírgenes todavía los ojos, acostumbrados a la asepsia de la civilización, observaron con enojo el lavabo viejo y lleno de mugre y el váter casi marrón. Ahora era distinto.

Llevaban dos días en el archipiélago de San Blas, el lugar más hermoso que había visto en su vida, aunque Mayte había visitado muchos lugares hermosos, demasiados, solía decirse, lamentando que la belleza hubiera dejado de sorprenderla a base de acumulación. A menudo rememoraba con nostalgia la emoción de los primeros viajes, la

misma que sintió de nuevo mientras regresaba a la cabaña y las gotas de lluvia volvían a rebotar contra su impermeable primero, contra el tejado metálico minutos después. Daniel se había despertado y repartía sobre la tosca mesa de madera el equipaje esparcido por el suelo.

—Ha comenzado a entrar agua por ahí —le dijo, señalando hacia un rincón donde, sobre el piso de tablas mal encajadas, crecía silenciosa una mancha oscura con forma de África.

El calor era más soportable con la lluvia; después, el sol evaporaría el agua aumentando la sensación de bochorno.

Mayte salió al pequeño porche a disfrutar de la tormenta. Los rayos iluminaron durante unos segundos los barcos que se mecían al ritmo de las olas; unas olas tenues, domésticas a pesar del furor de los truenos. Había muchos barcos en Chiloé.

Cuando llegaron le pareció insoportable tener que pasar sus vacaciones rodeada de embarcaciones de recreo. La agencia les había alojado en la única isla con embarcadero del archipiélago, y eso la disgustó.

—¿Están siempre ahí? —preguntó a la india guna que regentaba el lugar.

—Sí.

—¡Vaya! —exclamó, contrariada.

—¿No le gustan los barcos? —preguntó con amabilidad la mujer, advirtiendo su disgusto.

—Ahí, precisamente, no.

En el aire flotaba un intenso olor a gasoil. En la playa, dos nativos de baja estatura recogían los restos vegetales que caían de los árboles y los enterraban en la arena. Una imposible labor de Sísifo que jamás detendría la temida subida del nivel del agua que amenazaba a las islas. Los hombres apenas hablaban, movían sus escobas con pereza nihilista, como si conociesen de antemano la inutilidad de su tarea.

Se había imaginado otra cosa. A pesar de la belleza del entorno, ese mar azul y verde salpicado de trescientas sesenta y cinco islas de diferentes tamaños, sobre las que los cocoteros curvaban con delicadeza sus troncos hasta acariciar casi la superficie del agua, como en la típica fotografía paradisíaca de cualquier folleto turístico; a pesar de todo eso, la presencia de los barcos añadía al paisaje una nota más civilizada de lo que Mayte esperaba que fuese el sur del mar Caribe.

Todo cambió, sin embargo, horas después de su llegada. Poco a poco, sin oponer ninguna resistencia, la primera impresión de desorden

y de suciedad fue cediendo a medida que crecía su progresiva fusión con el medio. Se descalzó, se vistió con un exiguo bikini, un enorme sombrero y unas gafas negras de sol, y la decepción se desvaneció por completo con el primer baño.

La mayor alegría se la proporcionaron las estrellas de mar. Rojas, del tamaño de sus dos manos extendidas, estrellas de mar gruesas e inmóviles, que abundaban en la zona de la playa que se extendía delante de su puerta, a menos de un metro bajo la superficie del agua.

—Por la noche se mueven —le dijo Daniel al amanecer del día siguiente. Les aquejaba el *jet lag*, y a las cuatro de la mañana se despertaban como si fuesen las ocho y, a veces, hacían el amor en silencio.

Las paredes de la cabaña temblaron con el trueno. Daniel contó hasta veinte antes de que el relámpago rompiese el cielo azul marino e iluminara los barcos de enfrente. La tripulación se movía por la cubierta de algunos veleros retirando al interior objetos que no podían ver. El mar resplandecía con la luz del rayo, soberbio, y se oscurecía después hasta confundirse con la noche.

Mayte apoyó ambas manos en la barandilla del porche y miró el horizonte.

—Ven, es hermosísimo.

Daniel se colocó detrás de ella, sus manos grandes y fuertes apoyadas junto a las suyas.

—Lo es —respondió. Mayte sintió el empuje de su sexo.

—Hazlo —le ordenó.

La lluvia caía sobre sus manos unidas, torrencial y bíblica.

Por la noche cenaban langosta. Los pescadores las traían a media mañana en alargadas canoas de madera provistas de un enorme motor Yamaha a popa. Sobre el fondo de la barca, cubiertos por un palmo de agua, se revolvían los cangrejos rojos y gigantescos, alguna corvina, multitud de langostas vivas. El guna encargado del restaurante de la isla elegía las que quería comprar, las pesaba con una primitiva romana y las metía dentro de las nasas, donde se balanceaban al ritmo de las olas muy cerca de la orilla, frescas hasta la hora de la cena.

Daniel hacía fotos mientras los nativos realizaban la operación sin apenas mediar palabra. Luego, el mismo hombre que las compraba se acercaba hasta donde estaban leyendo o tomando el sol y les preguntaba qué querían cenar.

—¿Pulpo o langosta?

Aquella noche tomaron de nuevo langosta. A Mayte le gustaba chupar las antenas con deleite; tras desprender la carne de todo el cuerpo con un hábil giro del tenedor, rompía las pinzas y les extraía el interior blanco y fibroso con los dientes. A veces, Daniel le regalaba las patas rasposas de la suya y admiraba la paciencia con la que ella apuraba las escasas hebras de carne que contenían.

Pidieron vino chileno para acompañarlas. Apenas hablaban. El edificio del restaurante consistía en una sencilla superficie de madera elevada apenas unos centímetros del suelo, dos largas mesas cubiertas con hules de plástico anaranjado, y una veintena de sillas. No había ninguna pared, y un tosco techo metálico, en el que tamborileaba la lluvia, lo cubría todo. A su alrededor cenaban unas diez o doce personas de diferente nacionalidad.

La primera noche no conocieron a nadie y regresaron a las hamacas que colgaban en la puerta de su cabaña para disfrutar del entorno y de la brisa.

La siguiente conocieron a Paul.

Habían terminado de cenar cuando se sentaron solos en la oscuridad, fuera de la zona iluminada del restaurante. Bebían una botella de ron sin prisa y sin hielo cuando, junto al rumor de las olas, comenzaron a distinguir el tronar de unos motores.

—Son zódiacs. Traen a tierra a los tripulantes de las embarcaciones —les informó el camarero.

Eran unos doce o quince, entre mujeres y hombres. El grupo se instaló en el único espacio abierto entre los cocoteros en el que estaba permitido encender fuego, cerca de donde ellos se encontraban.

—¿Te has dado cuenta de que los navegantes son casi siempre guapos? —le comentó Mayte a Daniel.

En efecto, todos eran atractivos y morenos por la constante exposición al sol. Lucían unos cuerpos musculosos a causa del ejercicio continuado y de la tensión que sus piernas se veían obligadas a mantener sobre la superficie en movimiento de las embarcaciones. Su pelo, descuidado y crespo, rodeaba unos rostros surcados de arrugas que, lejos de envejecerlos, parecían marcar sobre su piel la huella de quién sabe qué aventuras… Cousteau, Sandokan, Ismael.

—Tienen aire de piratas, ¿no te parece? —volvió a observar Mayte, risueña. De niña sentía una atracción especial por los piratas que Daniel conocía muy bien.

Los navegantes se sentaron alrededor de una hoguera improvisada que les iluminaba, parecían exultantes. Acompañándose de una guitarra española, dos mujeres jóvenes entonaron una canción.

Dicen que por las noches nomas se le iba en puro llorar dicen que no dormía nomas se le iba en puro tomar…

Desentonaban horriblemente, pero a Mayte le gustaba esa canción y comenzó a tararearla por lo bajo.

Cucurrucucú, paloma

Cucurrucucú, no llores

El ron comenzaba a adormecerlos cuando, de la oscuridad misma, apareció frente a ellos un hombre joven con unos espléndidos dientes blancos como única tarjeta de presentación.

Era español, alto y enjuto, vestía solo unas bermudas floreadas y su torso desnudo se confundía por completo con la noche.

—Hola, chicos, me llamo Paul, ¿os unís?

Les propuso, resuelto, señalando a los otros. Daniel declinó la oferta, pero Mayte sonrió, acogedora. El hombre miró un instante hacia la botella de ron, y ella, que intuyó el significado de su mirada, le invitó a quedarse.

—Siéntate tú con nosotros.

Le sirvieron el primer trago, los demás se los sirvió él mismo justificando su inmediata familiaridad con una sonrisa. No paraba de hablar. A Mayte le recordó a un niño nervioso.

—Soy hiperactivo —les confesó, como si supiera de antemano la impresión que su verborrea causaba en los demás. Ellos le creyeron. Les cayó bien de inmediato, parecía un adolescente inseguro, aunque su edad era difícil de precisar.

Paul les contó de inmediato que había sido un esquiador experto y que había ganado medallas en regatas y en concursos de esgrima. Estaba empeñado en ofrecer una buena imagen de sí mismo, como si temiese que ellos quisieran juzgarle, como si estuviera acostumbrado a que los demás lo hiciesen. Ellos asentían a todo lo que les contaba, e introducían aquí o allá algún que otro monosílabo para estimular la conversación; un estímulo que él no parecía necesitar. Alrededor de la hoguera, la fiesta continuaba a pocos metros de ellos.

—¿Qué edad tienes? —se atrevió a preguntarle Mayte.

—Cuarenta.

—No lo pareces.

El ron disminuía con la misma rapidez en la botella como

aumentaba entre los tres esa conocida sensación de euforia, de jocosa fusión etílica que provoca el alcohol; un cariño artificioso que ella atribuía a la necesidad ancestral de los seres humanos de unirse. Al principio todos los organismos se diferenciaron del mismo magma común; el deseo de fusión no es más que la nostalgia de ese momento primigenio que el alcohol rememora. Mayte pensó que necesitaba beber más a menudo, se sentía generosa y llena de amor.

Paul no era un turista más, les dijo, él vivía allí.

—Llevo siete años navegando por San Blas.

La noche cae muy pronto en el Caribe, donde amanece a las cinco y media de la mañana y el sol se pone antes de las seis, de modo que solo eran las doce cuando ya se sentían tan cansados como si fuese de madrugada.

—Nos vamos a dormir —dijo Daniel.

—Mañana nos vemos, ¿okey?

A Mayte le pareció lo más natural del mundo citarse para la mañana siguiente, a fin de cuentas eran vecinos, qué mejor que seguir conociéndose un poco. Desde la cabaña todavía escucharon las canciones durante un rato. Luego el silencio se impuso.

A la mañana siguiente, Paul apareció alrededor de la barca de las langostas junto a otro hombre, también español. Se llamaba José y era el dueño del velero en el que Paul trabajaba de marinero; era su capitán.

José aparentaba la misma edad que Mayte y que Daniel, aunque más enjuto que ellos; tenía ese aspecto descuidado, desdentado incluso, que muestran los marinos de toda la vida, como si ocultasen un oscuro pasado de adictos a la heroína, o como si la vida aventurera estuviese reñida con el cuidado personal y la dejadez fuese un signo de afirmación en el oficio.

—No todos son atractivos… —susurró con malicia Daniel, acercándose a la oreja de su mujer.

José pescaba todo lo que comía, alardeó. Salía con su arpón al anochecer y volvía con el pescado suficiente para hacer una suculenta caldereta para él y para su tripulación.

—A veces somos seis u ocho a la mesa. Organizamos chárteres especiales, no esos que llevan a los turistas de acá para allá, visitando las mismas islas que visita todo el mundo.

Durante la estación seca, ahora estaban en época de lluvias, el barco de José ofrecía *tours* personalizados por el archipiélago. A veces

también transportaba pasajeros desde Colombia hasta Panamá. En aquellos meses, el tránsito entre ambos países a través de la selva del Darién, tradicional refugio de los narcos y de la guerrilla colombiana, era considerado muy peligroso, de ahí que quienes necesitaban viajar de un país a otro se embarcasen en Cartagena de Indias y recalasen en San Blas, evitando pasar por Darién, lo que beneficiaba su negocio. Hablaba como un experto, y necesitaba dejar bien claro que sus chárteres no eran un producto comercial al uso sino que ellos eran los artesanos del *tour*: calderetas de pescado fresco, buceos en sitios recónditos, excursiones por islas alejadas de los circuitos convencionales. Parecía estar muy empeñado en darse a conocer, en diferenciarse del resto del mundo. Todo lo contrario que nosotros, pensó Daniel, que pretendemos que todos nos ignoren. La pareja evitaba presentarse a los demás a través de sus respectivos trabajos, y se mostraba tan desnuda de atributos laborales como de ropa; querían, en definitiva, desaparecer.

Mayte los observaba en silencio, y les escuchaba admirada. Intentaba imaginar en qué ocuparían su día a día cuando no estuviesen navegando. Daniel la observaba a ella. Sabía que su mujer anhelaba desde hacía tiempo otro tipo de vida; una vida salvaje, natural.

—Si viviera aquí no leería nada —le confesó la tarde anterior mientras dejaba el libro sobre su regazo y miraba hacia el horizonte, satisfecha.

Habían buceado durante varias horas y ahora reposaban exhaustos, meciéndose en las hamacas y disfrutando del dulce cansancio que produce el ejercicio físico en el mar.

—¿Estás segura?

Daniel siguió la mirada de Mayte, que se perdía en la distancia. De la superficie del mar turquesa emergió como un dios oscuro la cabeza y el torso desnudo de Aaron, el patriarca que gestionaba con su familia la isla. Era un guna de no más de treinta años, occidentalizado y jovial, cuya autoridad nadie cuestionaba. Conocía por su nombre a los navegantes habituales, que dependían de él de alguna misteriosa manera que Daniel no sabía precisar. Aaron tomaba puntualmente un baño por la mañana y otro al caer la tarde y, al observarlo, a Daniel le pareció que su relación con el mar era de una intimidad que él desconocía, tan lujuriosa —la palabra le acudió sin pensarlo—, que ser testigo de su zambullida le produjo cierto malestar, como si presenciase una relación sexual contranatura, el voluptuoso coito de Neptuno con una sirena, o un atávico y secreto ritual nigromántico.

—Creo que sí, creo que tienes una idea demasiado intelectual de mí —continuó diciendo Mayte—. Que ignoras mi sensualidad.

Le molestaba el pragmatismo de su marido, que le ponía anclas a sus sueños.

Daniel dejó de mirar a Aaron, que sacudía con elegancia su larga cabellera azabache mientras salía del agua. Frente a su mujer, y en contra de su voluntad, abandonaba sus digresiones más poéticas para centrar sus intercambios en el papel que parecía tener asignado desde el principio de su relación. Él se las veía con la realidad, ella soñaba por ambos.

—Cuando llevases varios meses aquí te aburrirías: los mismos arrecifes, las mismas islas, los mismos simpáticos viajeros.

En su tono Mayte advirtió cierto sarcasmo y no le respondió. Sin embargo, al cabo de unos minutos volvió a hablar.

—Estoy segura de que las sociedades más vinculadas a la naturaleza son ágrafas porque no buscan trascendencia. Viven en un presente que no necesita de ninguna teoría para ser justificado.

—Es posible. Podría ser.

Sabía que a Mayte le atraía esa vida, o lo que ella imaginaba que esa vida fuese. Sabía que hacer de abogado del diablo, subrayarle un principio de realidad que ella detestaba, no era una actitud que lo engrandeciera a sus ojos. Con frecuencia, Mayte confundía la enumeración de los inconvenientes que podrían obstaculizar sus sueños con una muestra de su cobardía, de su convencionalismo. Sin embargo, lejos de incomodarlo, tenía que reconocer que era la parte soñadora de su mujer lo que más le gustaba de ella.

Recordó esa conversación, y sus propias emociones al contemplar el baño de Aaron, cuando advirtió el embeleso de Mayte frente a Paul y José. El capitán y su marinero quedaron esa misma noche para pescar con un joven turista inglés recién llegado a Chiloé y, antes de despedirse, les indicaron los mejores lugares para hacer *snorkel* alrededor de la isla.

—Podríamos ir de excursión en su barco —sugirió Mayte apenas se marcharon.

—Tenemos ya contratadas las excursiones de los días que nos quedan… Bueno, ya veremos —le contestó menos entusiasta Daniel.

A las ocho cenaron junto a dos jóvenes norteamericanas tan quemadas por el sol como pletóricas de energía. La mayor hablaba un español fluido que había estudiado años atrás en Salamanca, donde

residió mientras preparaba una tesis sobre Cervantes.

—Las mujeres del Quijote son libres —les comentó.

—¿Sí? —a Mayte le sorprendió que la norteamericana supiese del escritor más que ella misma.

—Sin duda. Cervantes vivió rodeado de mujeres gran parte de su vida. Su hermana y su sobrina tuvieron amores adúlteros e hijos bastardos… circunstancias que las marcaron con el deshonor —su voz era monótona, parecía estar leyendo un fragmento de su tesis doctoral —. Creo que él, que tanto cantó a la libertad, debió de aprender mucho de ellas.

—Tendré que investigar sobre eso —se prometió Mayte en voz alta.

Cuando el tema literario se agotó continuaron charlando de sus respectivos viajes. La chica puntuaba cada nueva anécdota con un expresivo:

—¡Qué interesante! —que a Mayte le hacía sonreír.

A pesar de su español casi perfecto tendía a repetir la misma frase, a modo de un torpe estribillo que pretende estimular la conversación. Mayte recordó que el suyo mientras aprendía francés fue un desafortunado: *Ah, oui*? Y volvió a sonreír para sí misma.

Aquella noche, Paul apareció al final de la cena y siguió contándoles su vida; de nuevo, ellos solo tuvieron que escuchar y asentir de vez en cuando. El vigor que desplegaba construía alrededor de los tres una atmósfera de excepción, como si lo que estaban viviendo fuera singular, algo valioso e irrepetible que les sumergía en una perfecta esfera mágica.

Les contó que había sido acusado de maltrato por una antigua amante cuyo marido tenía cierto poder en su ciudad natal, y que había huido de la justicia para escapar de una denuncia que, por supuesto, consideraba falsa.

—De momento, no puedo volver a España.

A Daniel le sorprendió que Paul explicara con desparpajo los episodios menos favorecedores de su vida, incluso algunos que lo comprometían personalmente, con la total convicción de que ellos iban a creerle, de que no les surgiría ninguna duda sobre lo que les relataba, de que compartirían sin objeciones su punto de vista.

Es cándido y bueno como un niño, pensó de nuevo Mayte. Sin embargo, Daniel sospechó de inmediato de si los pequeños delitos confesados serían suficientes para que se le prohibiera el regreso a su país. ¿Qué otra cosa podía ocultarles?

Esa noche abusaron del ron. Daniel compró dos botellas cuyo contenido disminuía a medida que Paul les seguía informando de que su pasaporte era falso, de que estaba varado en San Blas porque no podía ir casi a ningún otro sitio; de que su padre le quería. A Mayte la enterneció la inesperada necesidad de Paul de afirmar que su padre le quería. Unos minutos antes, sin saber por qué, ella misma había pensado que el padre de Paul no estaría demasiado orgulloso de él. A pesar de su aparente inocencia, Paul era un hijo del que no sería fácil presumir, a juzgar por lo que contaba. Él, cándido, parecía estar empeñado en que todos le quisieran: su padre, ellos, los gunas, el resto de los navegantes que frecuentaban la isla.

Una hora después se unieron al grupo de la hoguera. Adriana, la mujer de Eduardo, un italiano tan apuesto que parecía sacado de una revista de moda masculina, vino hacia Mayte y le pidió un abrazo.

—Un abrazo perfecto debe durar unos veinte segundos, y sus efectos son inmediatos. Mejora el ritmo cardíaco, reduce la presión arterial, disminuye los niveles de cortisol y beneficia al sistema inmunológico… —les informó a todos, didáctica—. Entre otras muchas ventajas…

Estaba visiblemente ebria. Mayte se puso de pie, se acercó a ella y se abrazaron durante esos veinte segundos prescritos, uniendo sus cuerpos tibios. El de Adriana olía a mandarina.

—Es bonito —afirmó con un claro acento brasileño—. La gente no va por ahí dando abrazos verdaderos. —Su lengua no encontraba el lugar preciso en su boca con facilidad.

A continuación se marchó para ofrecerle su abrazo a otro.

A Mayte le gustó ese efímero contacto corporal, durante el que percibió que se había inhibido más que la otra mujer. Lo que se reprochó.

—Aquí nos ayudamos entre todos, nos necesitamos mutuamente —le comentaba Adriana al receptor de su segundo abrazo.

La fusión etílica era de nuevo la emoción dominante cuando Mayte les propuso que contasen sus vidas.

—Vamos, Eduardo, cuéntanos quién eres tú —sugirió, atrevida. Se había propuesto recuperar su espontaneidad.

Daniel la miró sorprendido por su osadía. Estaba bebiendo más ron del que Mayte le había visto beber jamás. Le gustaba dejarse llevar a veces, abandonar su control y perderse en una inconsciencia que a ella le disgustaba. Molesta, Mayte intentó olvidarse por el momento de él y desplazar su atención al grupo. Por un momento la escena le pareció

pura ficción, y todos ellos personajes.

Eduardo tomó la palabra y les contó, con una aceleración que pretendía ser cómica, que se había enamorado de una bellísima italiana, hija de una de las fortunas más sólidas del país; que vivió diez años con ella en completa ociosidad, disfrutando de un lujoso y placentero *dolce far niente*, que era terrible y monótonamente feliz hasta que su suegro le cogió por sorpresa y le espetó:

—*Va bene, caro Eduardo, adesso bisogna far qualcosa con la tua vita.*

Él, entonces, fundó dos empresas, las vendió, se hizo rico, se divorció, lo dejó todo, conoció a Adriana, compraron un barco y comenzaron a dar la vuelta al mundo hasta recalar en San Blas. Paul permanecía en silencio, sonriente, como si fuese el protector de la pareja recién incorporada, su embajador honorífico en el reino de los aventureros; contento, al parecer, de que se acercasen a su mundo.

El juego propuesto por Mayte continuaba. La vida de Santiago, un navegante español, fue en apariencia normal hasta que la dejó cinco años atrás para cruzar el Atlántico con su velero y con Irene, su nueva compañera. Las mujeres seguían en la aventura a sus hombres, adaptándose a su deseo tal y como había sucedido siempre. En su vida anterior, Irene había sido procuradora. Las historias se repetían en la isla, tan idénticas unas a otras como en el mundo de Daniel y Mayte lo era la suya.

Luego el alcohol los fue venciendo poco a poco, se oyeron los motores de los dingui de regreso a los barcos, se recogieron los últimos rescoldos de la hoguera y, tambaleantes, Daniel y Mayte se fueron a dormir.

Los días transcurrían plácidos entre buceos y paseos por las islas. Como les había comentado Paul, algunos de los barcos anclados frente a su cabaña hacía tiempo que habían sido abandonados por sus dueños, que tuvieron que marcharse precipitadamente de allí obligados por diferentes circunstancias, entre las que se repetía la ruina económica y los problemas con la justicia guna. Mecidos sin cesar por las olas, las embarcaciones mostraban evidentes signos de deterioro. La herrumbre crecía desde la cubierta hacia el casco, y las cuerdas, deshilachadas y sucias, danzaban sobre los mástiles, donde banderas descoloridas se agitaban al viento.

—El que está anclado a la derecha de vuestra cabaña era de un holandés. Una noche como esta, después de haber bebido como un

cosaco, se metió en la habitación de unas turistas e intentó tocar a una chica. Por supuesto, todas se despertaron y lo echaron de allí a patadas. Desde entonces los gunas le tienen prohibida la entrada al archipiélago. Salió por piernas, y no creo que vuelva nunca a por él.

—¿No los retiran?

—No. Retirarlos cuesta dinero y nadie quiere invertir en algo que, a la larga, no le procura ningún beneficio.

Dos barcos reposaban encima del arrecife. Uno de ellos, les señaló, encalló cuando fue a socorrer al otro y se quedó allí, prisionero del mar para siempre. Estaban rodeados, en definitiva, de un auténtico y prosaico cementerio marino que servía de refugio a los peces.

Mayte disfrutaba escuchando unas historias muy alejadas de su propio mundo, en el que no había vuelto a pensar desde que pisara el archipiélago.

Por su parte, Daniel no se integraba como ella en el grupo, sino que mantenía una distancia cuyo origen Mayte no sabía a qué atribuir, si a la mera desconfianza o al efecto de algún prejuicio oculto que se sentía incapaz de identificar.

—He notado que a Paul no le sirven bebidas en el restaurante si no las paga por adelantado. Aaron le ha negado hasta un cigarro en el bar, no parecen fiarse mucho de él —le comentó mientras comían.

Mayte no quiso o no pudo escucharle pero, durante unos instantes, se permitió pensar sin demasiada convicción que Daniel pudiera estar celoso, y se sintió halagada.

Llegó la última noche.

Como parecía haberse convertido ya en costumbre, Paul apareció en el restaurante cuando compraron su habitual botella de ron y se sentó a charlar y a compartirla con ellos. No tiene un duro, pensó Mayte esta vez. Paul seguía contándoles sus aventuras, que no añadían demasiado a lo que ya sabían de él, y cuando se alejó un momento para ir al servicio, Daniel se acercó a Mayte para susurrarle:

—Me ha pedido un poco de dinero y le he dado diez dólares. Es un pobre paria.

Mayte sintió pena por él. Un paria, un nómada, un pequeño delincuente buscado por la justicia española.

Cuando regresó comenzaron a hablar de política. El grupo de la hoguera cantaba *Lucy in the sky with diamonds* mientras Paul se reía de ellos; ridiculizaba sus opiniones con tal gracia que acabaron celebrando

a carcajadas unas ocurrencias que borraron, incluso, lo que acababan de pensar sobre él.

—¡Pero, coño, si sois rojos! —les espetó, como si fuera algo excéntrico, algo extraño e inapropiado en aquel lugar.

La exclamación abrió en Daniel y en Mayte la vieja herida de sus contradicciones. Eran rojos, sí, estaban de visita en el paraíso, ¿alguna objeción?

La tribu de la hoguera también se reía a carcajadas. A Mayte le pareció que aquellos hombres y mujeres eran seres singulares, minúsculos dioses bellos capaces de vivir sobrevolando el mundo real sostenidos por la íntima satisfacción de estar haciendo realidad sus sueños de infancia. Los mismos que ella no se atrevía a realizar. Todos tenían el cándido empeño de ser considerados especiales. La mayoría había dejado atrás un mundo convencional, la oposición de los padres, la soporífica comodidad de la rutina y el confort de empleos bien remunerados, para enfrentarse cara a cara con la incertidumbre. Se consideraban a sí mismos una casta privilegiada y gozaban subrayando sus diferencias con el resto de los humanos: los cobardes que no se habían atrevido a zarpar.

Mayte buscó un empuje parecido en su interior y dudó de que ella pudiese seguirles. Ella, que necesitaba sentirse siempre útil, desplegar a su alrededor unos lazos que la sujetasen con firmeza a la vida, huir a toda costa del adjetivo que un padre iracundo le lanzaba de niña apenas la veía ensimismarse en sus ilusiones. Inútil, eres una inútil. Por eso no podía dejar de admirarlos. ¿Qué fuerza titánica les condujo?, ¿qué cobardía, qué inseguridades la retenían a ella?

Había transcurrido media hora cuando quiso ir a la cabaña para coger su cuaderno; necesitaba anotar las direcciones de sus nuevos amigos, facilitarles a ellos la suya. Paul se ofreció a acompañarla.

—Voy contigo —afirmó, alegre.

—Vamos.

Daniel los vio alejarse hacia la oscuridad y se sirvió otro trago.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —le preguntó a Mayte cuando regresaron.

—¿Tanto? —la pregunta la irritó.

—Hace más de quince minutos que os fuisteis.

—No sé… Paul se puso a ojear nuestros libros mientras yo buscaba mi cuaderno de notas, me preguntó por algunos de ellos… ¿Qué

importa?, no me he dado cuenta de que pasase tanto tiempo. ¿Qué quieres saber?

—Nada, nada —Daniel pareció tranquilizarse.

Antes de irse a dormir quedaron con Irene y Santiago para la mañana siguiente.

—A las ocho, ¿okey?, haremos *snorkel* en ese arrecife. —Irene señaló hacia la rompiente, apenas visible bajo la claridad de una luna en cuarto creciente.

Recogía sus útiles de buceo cuando Mayte notó un peso extraño en mitad del diafragma, una incipiente premonición. El sol era espléndido aquel último día en Guna Yala, como ellos acabaron llamando también al archipiélago, que había recuperado hacía unos meses el nombre original que los indígenas reivindicaban. En el fondo del equipaje guardaban el dinero para el resto del viaje, los billetes de avión, los pasaportes. Habían estado depositados allí durante toda su estancia sin que ni a Daniel ni a ella les pareciera que tuviesen que tomar ninguna precaución añadida para custodiarlos, pero ahora…

Mientras comprobaba que todo seguía en su sitio, Mayte rememoró los momentos que Paul y ella habían permanecido juntos en la cabaña la noche anterior. Paul lo observó todo con curiosidad. Sus mochilas, sus bolsas de viaje abiertas, el desorden de la ropa colgada sobre las cuerdas que atravesaban las paredes de lado a lado. Mayte había sacado su cuaderno de notas de la mochila en la que guardaba su dinero, incluso, recordó, había dejado la cartera sobre la cama unos instantes para buscar un bolígrafo. Todo seguía allí, respiró aliviada. ¿Cómo había podido pensar lo contrario? Además, Paul pasó toda la velada con ellos, no se ausentó ni un minuto. Pero ¿y esa mañana?, ¿qué pasaría si se le ocurriera…? además, ¿por qué quiso acompañarla?

La puerta de la cabaña se cerraba con un frágil hilo de plástico que se enganchaba en un clavo oxidado sujeto en el marco. Cualquiera podría abrirla sin ejercer ningún tipo de violencia ni efectuar el más mínimo ruido. Además, nadie sospecharía de que Paul, que todos consideraban ya su amigo, entrara allí para recoger cualquier cosa.

Mayte se avergonzó de sí misma, de su desconfianza. ¿Tenía derecho a tenerla? Vaciló. Paul le caía muy bien, confiaba en él, le parecía un buen chico, algo perdido, es verdad, algo desnortado, sí, pero sobre todo muy necesitado de afecto y con un corazón de oro. Y, sin embargo… Sin embargo temía que la precariedad, la falta de dinero, le

obligase a traicionar su mutua confianza ¿Había simpatizado con ellos solo para beber ron?, ¿para obtener algún insignificante beneficio? Por dios, ese pensamiento, tan súbito como mezquino, la entristeció. Deseó meterse en la cama, taparse la cabeza con las sábanas y desaparecer. Una hemorragia de desilusión acabó con sus fuerzas. El paraíso de Guna Yala se oscureció de repente por culpa de su inoportuna sospecha. Si Paul no la hubiera acompañado a la cabaña la noche anterior …, si Daniel no hubiera sospechado a saber qué…, si…, si… todo continuaría luminoso y ligero como hasta ese momento, y ella se sentiría fuerte, feliz e ilusionada, dispuesta a disfrutar de unos fondos magníficos que ya empezaba a añorar.

—¿Qué hacemos? —le preguntó a su marido con la cartera y los pasaportes en la mano.

—Creo que tenemos que llevarlos con nosotros. Es lo más prudente. No tiene un duro. No sabemos qué será capaz de hacer.

¿Entonces?, Daniel había pensado lo mismo que ella sin que se hubiesen puesto previamente de acuerdo. Introdujo la cartera en un bolsillo de la mochila con un remordimiento impreciso. Luego, más decidida, metió las gafas de buceo. Todavía estaba a tiempo de ser confiada, de arriesgarse a dejar el dinero en la cabaña como hasta ahora, de borrar la miserable sospecha recién inaugurada y salir a nadar confiada.

La disyuntiva era casi trágica, escogiese lo que escogiese se violentaría a sí misma sin remedio. Si no lo llevaba consigo y las cosas sucedían tal y como ambos estaban temiendo, siempre se censuraría su estúpida imprudencia; si lo llevaba, Mayte no se perdonaría nunca su mezquina desconfianza.

El *snorkel* no resultó demasiado estimulante. El dingui de Santiago que, como un perrito faldero, flotaba atado a la popa de su velero, indispensable para desplazarse a tierra y entre un barco y otro, les llevó hasta el arrecife y quedó anclado a unos cincuenta metros de donde rompían las olas. Un muro invisible de coral se extendía por debajo de ellos incrementando la violencia del mar y dificultando con el vaivén de la zódiac los preparativos del *snorkel*. Se colocaron las aletas y las máscaras, saltaron al agua y se dispersaron, nadando en cuatro direcciones. Santiago se alejó de los demás con su arpón para evitar algún accidente y poder pescar a sus anchas. La visibilidad era buena, pero apenas divisaron alguna que otra raya cruzando el fondo, a lo

lejos, y una esquiva y sinuosa morena.

Cuarenta minutos después regresaron al barco, donde sus nuevos amigos les obsequiaron con un aperitivo de despedida. Antes, Irene les enseñó con orgullo lo que llamó «su casa». La ropa se amontonaba en armarios diseñados para los espacios más inverosímiles, que aprovechaban cualquier pequeño hueco de la estructura del velero. La cocina estaba provista de cámaras frigoríficas donde podían conservar los alimentos y garantizar así su autonomía de tierra. Mayte pensó que todo allí era estrecho y claustrofóbico. Se imaginó su día a día moviéndose en ese reducido espacio, y no le gustó.

Sirvieron el aperitivo en cubierta, unas galletas saladas y queso recién comprado en el continente. Todo parecía brillar como en unas vacaciones eternas para aquella pareja que apenas llevaba cinco años juntos.

—Aquí siempre es festivo —afirmó Irene.

—Vivimos en un domingo perpetuo —confirmó Santiago.

A Mayte los domingos le producían una melancolía *light*, y el brillo de Guna Yala había dado paso esa misma mañana a otra cosa que aún no sabía bien cómo nombrar.

De repente se dio cuenta de que en el archipiélago había escuchado más veces la palabra *vida* que en ninguna otra parte. Como si los aventureros que frecuentaban ese paraíso tuvieran que convencer al resto del mundo de que su decisión de viajar sin tregua era la más adecuada, de que la promesa de felicidad a la que aspiramos solo se hace realidad disfrutando de un ocio permanente.

Tomaban la segunda cerveza cuando apareció una zodiac con Paul y otra chica de su misma edad a bordo. Irene los invitó a subir y se sumaron gustosos al tentempié. Mayte saludó a su amigo cohibida; cuando le besó apenas se atrevió a mirarle a los ojos. ¿Era justa con él? Paul seguía parloteando como siempre, pero había algo en su actitud, una distancia nueva apenas perceptible, que la mujer no supo a quién atribuir. Sin duda a mí misma, pensó. Es tan difícil identificar de quién parte ese sentimiento que nos acerca o nos aleja de los otros. ¿Nos pertenece esa repentina animadversión?, ¿o surge de ellos? Somos tan torpes, tan opacos…

Poco después aprovecharon que Daniel se encontraba mareado para pedirles que les devolviesen a tierra. La lancha que los llevaría a la costa, de regreso a la ciudad, salía de Chiloé a las dos, y todavía tenían que recoger el equipaje y comerse la última langosta. Todos rieron.

—No saben lo mismo que en Europa —apuntó Irene.

—Porque son más baratas. No veas el plus de sabor que les aporta el dinero que pagamos allí por ellas —bromeó Santiago.

—Yo nunca he podido comerlas en España —concluyó Paul—. No puedo opinar.

Las despedidas son tristes, confirmaron todos, y nadie quiso decir adiós. Disponían de los mail, de Whatsapp, de Facebook; seguirían en contacto, se prometieron. Y todos creyeron que así sería.

Mayte tuvo dificultades para sonreír. Por primera vez desde que estaba en las islas, su vida, su casa, el acumulado de hechos y de afectos que constituían su identidad se le antojó algo luminoso, deseable. Todo eso era ella, ¿por qué demonios tenía siempre que soñar con cambiar?

Durante el breve trayecto hacia la playa cogió entre las suyas la mano de Daniel que, con la mirada fija en tierra firme, seguía inclinado sobre el borde de la zodiac, temeroso de que el vómito surgiera de repente y lo ensuciase todo. Al sentir el roce de sus dedos, Daniel la miró un instante, pálido y abstraído, y ella le envió discretamente un beso.

HAY DELFINES ROSAS EN EL AMAZONAS

Entiendo a la gallina, perfectamente.
Me refiero a la vida íntima de la gallina, sé cómo es.

Clarice Lispector

—Eso es mentira, mamá, ¿cómo va a haber delfines rosas? Rosa solo era la pantera.

—Claro que los hay, búscalo en Google.

El joven dejó de discutir y se tragó un trozo de pollo con arroz, que era el plato principal y único de la cena.

Todas las mesas del comedor, una sala con techo de palma y escasa iluminación, estaban ocupadas. No se servían bebidas alcohólicas en el resort, solo agua embotellada y refrescos. A las ocho de la noche la oscuridad era completa, los grupos electrógenos se apagaban hacia las nueve en todo el recinto excepto en las zonas comunes, por lo que había que circular con linternas. Algunos comensales daban vueltas en busca de animales por el pasillo que circunvalaba la pequeña laguna central, a cuyo alrededor se distribuían las cabañas. El ir y venir de las linternas escribía en la oscuridad extrañas y efímeras letras árabes.

—Mirad ahí arriba —el padre señaló hacia el techo. Sobre una vieja viga de madera se distinguía una mancha negra en movimiento.

—¡Es una araña!

La hija, una joven de unos veinte años, dio un grito que atrajo la atención del guía.

—No es nada, no se preocupen —les tranquilizó al advertir de qué se trataba.

El hombre colocó una silla debajo de la araña y se encaramó a ella. Vestía unos pantalones cortos y una camiseta verde de tirantes. La madre pensó que no seguía las recomendaciones que él mismo les había dado por la mañana: vestirse con manga y pantalones largos desde el atardecer.

—¡Va a cogerla! —la chica se sobresaltó y abandonó la mesa, alejándose hacia el extremo opuesto del comedor.

—Es una tarántula amazónica —informó el guía mientras la cogía con precaución. La araña ocupaba la palma entera de su mano; era negra y peluda como la típica araña de cómic de terror. Los turistas cuchicheaban, pendientes de la odisea.

—Pero, ¿no son peligrosas? —preguntó la madre.

—No…, si no se las molesta.

—La está molestando —respondió el hijo en voz alta sin ocultar apenas su disgusto. Era un joven al que le gustaban los animales y el respeto a su hábitat. Su mayor contradicción al respecto consistía en que practicaba la pesca sin muerte: cuando sacaba el pez del agua le desprendía con cuidado el anzuelo y lo devolvía al mar. La familia había programado ese viaje, precisamente, para realizar un sueño que compartía con su padre.

El guía se colocó la tarántula sobre el hombro como si fuera el loro de un capitán pirata y recorrió de esa guisa las mesas, una a una, para que los turistas la observasen de cerca. Mientras tanto, la araña se paseaba inofensiva por encima de la clavícula camino de su cuello.

—¡Qué asco! —la joven hizo un gesto ostentoso de repugnancia, pero se acercó hasta la mesa familiar esperando verla de cerca.

Antes de que se sentase el guía dio un respingo, cogió con rapidez la araña de su cuello y la dejó sobre la barandilla de madera del comedor, rascándose con urgencia por donde había pasado.

—Ha expulsado el pelo y es urticante. Me moví demasiado rápido —les explicó, y salió corriendo hacia su cabaña.

—Le está bien empleado, por tonto —fue el veredicto del hijo.

—Juan, por favor, no hagas esos comentarios —le reprendió la madre en voz baja.

—¡Déjalo! Miriam, lleva razón, ¿a quién se le ocurre coger una tarántula? —y levantándose de la mesa, el padre continuó—. ¿Quién se viene a explorar la laguna?, ¿Berta?, ¿Juan?, ¿Miriam?

Los cuatro cogieron sus linternas y se pusieron de pie. A pocos metros, todavía iluminados por la luz amarillenta del comedor,

comenzaron a distinguir algunos peces que se movían en el agua turbia.

—¡Una serpiente! —gritó Juan, que era el explorador oficial y tenía el don de divisar el primero los animales más difíciles.

—Cien puntos —dijo la madre.

La serpiente nadaba, lenta, entre las plantas del fondo, pero cuando Berta la iluminó con su linterna se escondió veloz entre las algas.

—No hagas eso, ¿eres subnormal?

—Por favor, Juan. Mira que…

—Mamá, si vas a estar así todo el viaje, me voy… —¿Irse?, pensó la madre, ¿adónde?, pero prefirió no responder.

—El caimán, mirad, está aquí. —El padre señaló lo que parecía ser un hocico con dos ojos inmóviles encima de él. El resto del cuerpo no se apreciaba debido a la oscuridad y a la turbidez del agua, de la que sobresalía una cabeza paradójicamente mutilada y viva. Los cuatro guardaron silencio y la observaron durante unos minutos.

—Me voy a dormir, mañana nos levantamos a las cinco. Nos vemos en el desayuno. —La madre dirigió su linterna hacia el pasillo de madera y dio unos pasos en esa dirección.

—Voy contigo.

La pareja rodeó la laguna y alumbró los escasos escalones que conducían a su cabaña, situada lejos del comedor.

Buscaron con dificultad en sus mochilas la ropa de dormir, se desnudaron y se pusieron los pijamas. Entraban en el baño cuando oyeron el grito agudo de Berta.

—Por dios, va a molestar a todo el mundo.

—Mira, seguro que grita por esto —Ángel alumbraba la bolsa de aseo que habían dejado encima de una repisa de madera sobre el lavabo, bajo un viejo espejo con la superficie tan agrietada que apenas podían distinguir sus rostros. De la bolsa entraban y salían una docena de cucarachas, grandes como el dedo meñique de la mujer. Los mismos bichos estampaban las paredes del baño de móviles lunares negros.

—Yo también gritaría.

Cuando veía una cucaracha en su propia casa, Miriam salía corriendo en busca de ayuda, esperando encontrar a alguien que la matara por ella, pero allí no había hacia dónde ir. En la habitación vivían además alguna que otra araña y, en una de las esquinas, entre la pared y el techo, dormía un murciélago de tamaño descomunal.

—Genial —dijo. Se lavaron los dientes y se metieron con prevención debajo de la mosquitera que rodeaba la cama.

—No creo que puedan entrar aquí dentro —la consoló Ángel.

—Eso espero.

El cansancio los venció pronto. Esa mañana se habían levantado a las cuatro de la madrugada para coger el vuelo de una hora que los llevó hasta un pequeño aeropuerto en mitad del Amazonas; allí habían esperado la llegada de un destartalado autobús en el que, no obstante la incomodidad, consiguieron dormir durante el tiempo que duró el trayecto hasta la barca a motor que, por fin, remontó el río para conducirlos a aquel remoto lugar de la selva.

A Miriam se le ocurrió que si muriesen durante esos días tardarían horas en devolver sus cadáveres a la civilización, pero que merecía la pena ese viaje. Se sentía ligera y feliz como una niña, qué le importaba a ella lo que pasara una vez cadáver, qué le importaban, puestos así, las cucarachas.

Una pareja de papagayos de vivos colores intercambiaban mimos en la rama más alta del árbol que daba sombra al embarcadero.

—Es una ceiba —afirmó Berta, que acababa de buscar el árbol en la guía de la flora amazónica que consultaba a cada rato.

El desayuno había sido rápido y ahora los cuatro esperaban a que comenzase su excursión observando los papagayos enamorados. Cuando llegaron el guía y su ayudante, todos subieron a una especie de canoa a motor que los transportaría por el río en busca de los míticos delfines rosas. La canoa era verde, y la rodeaba una amplia raya amarilla, como el plumaje alegre de los papagayos.

—Sí que existen los delfines rosa —dijo Juan—, lo he comprobado en Google.

—¿Has utilizado datos? —Berta se dirigió a su hermano con su habitual tono acusador. Tenían terminantemente prohibido utilizar los datos en itinerancia.

—¡A ti qué te importa!

—A mí sí, Juan —observó Miriam—, no uses los datos de tu móvil fuera de Europa, por favor.

—Vale… Los delfines rosas no son en realidad de ese color; se convierten en rosas porque recorren su piel miles de capilares que se llenan de sangre cuando saltan o se estresan. En reposo son de un color gris claro, como todos los delfines.

—Vaya, qué decepción. Otro motivo más para llorar por el desencanto del mundo. —Los chicos no captaron la ironía, y Miriam se

ajustó el lazo del sombrero a la barbilla para que no se lo llevase el viento durante la navegación.

—No los vamos a ver —su hija no parecía muy contenta esa mañana. Mientras desayunaban les había descrito con precisión el número de cucarachas que, la noche anterior, recorrían alegremente sus botes de crema, sus libros, sus gafas de sol. Era prolija y estaba enfadada—. No he dormido nada, qué asco, por dios, ¿todo el viaje va a ser así?

A veces sus hijos podían ser muy desagradecidos.

—Los vamos a ver —sentenció Ángel—. Para eso hemos venido hasta aquí, y ya sabéis que soy el hombre de la suerte, ¿verdad, Miriam?

—Por supuesto que sí. Siempre encuentras aparcamiento en el último minuto —confirmó la madre, en una archiconocida rutina.

—Sí, papi, sí —zanjó Berta, en un ostentoso tono de fastidio—, será como tú digas.

Les proporcionaron unos viejos chalecos salvavidas color naranja, sucios, con las correas negras deshilachadas, y les pidieron que guardaran silencio cuando el guía así se lo indicase.

Hacía ya un calor húmedo, pegajoso, aunque eran apenas las seis de la mañana. Para facilitar el avistamiento de los animales, les dijeron, las barcas no llevaban techo, por lo que el sol caía sobre ellos en vertical. Aunque iban protegidos con sombreros, gafas de sol y cremas de alta protección, tal y como les habían aconsejado, las camisetas mostraban ya los surcos del sudor en mitad de la espalda y por debajo de las axilas.

Apenas comenzaron a navegar el joven nativo que la conducía detuvo la barca y señaló un árbol enorme, situado en la orilla opuesta, entre cuyas ramas saltaba una familia de pequeños monos bulliciosos; la familia de turistas disfrutó fotografiando sus juegos durante un buen rato.

—¡Una morpho! —La mariposa, de un azul resplandeciente, cruzaba el verde de la selva sin posarse casi nunca. A Miriam le fascinaban las morpho.

—Diez puntos —dijo Berta.

—¿Solo diez?

—Hay muchas, mamá.

Ángel intentó fotografiarla sin éxito.

—Vale —se conformó la madre.

La barca siguió río arriba deteniéndose de vez en cuando para

observar algún martín pescador, una pareja de tucanes o una bandada de estridentes loros. Llevaban más de una hora de navegación y todavía no habían visto ningún delfín rosa.

—No los vamos a ver —insistió Berta.

El guía se volvió hacia ella.

—Claro que los veremos. El río está lleno de delfines —concluyó con absoluta convicción.

Apenas habló, el conductor aminoró la velocidad y señaló hacia el frente. Delante de ellos, dos embarcaciones se dejaban mecer por la agitada corriente marrón. El guía les pidió con un gesto que guardaran silencio mientras el barquero maniobraba con un largo remo para colocar la canoa entre las otras dos. En la superficie del agua se disolvían unas ondas redondas, expansivas, que abarcaban las tres embarcaciones. Todos miraban el río con atención.

—Allí —dijo en voz baja el joven nativo.

Por encima de la superficie turbia apareció un hocico ligeramente rosado y, tras él, el lomo rosa y brillante de un delfín, que saltó apenas unos centímetros sobre el agua.

La alegría rompió por unos momentos el silencio de los turistas.

—¡Lo he visto! —Berta no parecía dar crédito a sus ojos.

—¡Y yo!

Los cuatro habían visto el mamífero de poco más de un metro que volvió a sumergirse de inmediato delante de ellos.

—Hay más —dijo el guía—. Guarden silencio.

Las barcas no encendieron los motores. Con el remo, que casi parecía una pértiga, los nativos que las conducían las movieron con cautela en dirección a la corriente y dejaron que flotasen a su antojo. Unos minutos después el guía les señaló por dónde podría volver a emerger el delfín y, en efecto, a los pocos segundos saltó de nuevo, esta vez junto a una pareja de su mismo color.

—Es increíble —dijo Miriam, ajustándose las gafas.

—Llora mamá, anda —le pidió Juan, sonriendo.

Era una especie de rito. La madre lloraba cada vez que la invadía algún tipo de emoción, sobre todo de alegría. Era como un síndrome de Stendhal que se hacía extensivo a la belleza natural, a la música, a todas las cosas o situaciones que la impresionaban. Sus hijos habían presenciado sus lágrimas silenciosas desde niños y ahora las provocaban con picardía, anticipándose a ellas.

—Venga, mami, llora —lo secundó Berta.

Miriam sonrió.

—Vamos, mami —Juan le quitó con cariño las gafas de sol, y allí estaban las lágrimas—. ¡Jo, no falla una!

Todos rieron.

Durante el resto de la mañana observaron unos doce delfines rosas. Algunos navegaban con sus crías. La operación era siempre igual a sí misma: las barcas se concentraban en un punto determinado del río, allí donde este se ensanchaba y el agua parecía casi estancada; el silencio era tenso y emocionante, y esperaban. Luego los delfines emergían, mostraban sus lomos rosados durante breves segundos y volvían a sumergirse para aparecer de nuevo unos metros más adelante. Parecía una ceremonia sagrada, la espera y la constatación de un increíble milagro.

De regreso al resort, la barca se detuvo bajo un árbol gigantesco donde vivían tres familias de monos aulladores, una especie más grande que la que observaron por la mañana. Sus gritos agudos retumbaban en eco a través de la selva.

—Gritan como tú, Berta —bromeó Juan. Su hermana ni respondió.

Estaban contentos. A las doce llegaron al campamento.

La excitación y la alegría fueron contagiosas durante la comida. Todos los huéspedes habían logrado ver los famosos delfines rosas, y comentaban las peripecias de la aventura con sus amigos.

—Esta excursión me ha recordado cuando salíamos a buscar estrellas de mar.

—¡Me acuerdo, papá!, yo todavía nadaba con manguitos y ya sabía hacer *snorkel*.

—¡Qué precocidad! —Juan no dejaba pasar ninguna oportunidad para zaherir a su hermana.

—Eras diminuta, Berta. Tu hermano bajaba hasta el fondo para cogerlas y que las pudieses tocar; luego las dejábamos caer en el mismo sitio. —En las palabras de Miriam había un tono nostálgico que no pasó desapercibido a Ángel, quien acarició con ternura su mano, que jugueteaba con una miga de pan sobre la mesa.

—Era precioso observar cómo iban bajando a cámara lenta, tan rojas, se veían tan bien… —añadió Berta.

—A mí me tocaba controlar que no se fuera lejos el patinete.

—Papi, siempre te estás quejando.

—Es que es verdad. Era vuestro fiel esclavo —continuó Ángel

bromeando.

—Anda ya, papá —intervino Juan—, ¿y yo?, que tenía que bucear hasta el fondo para enseñarle las estrellas a la mocosa esta.

—Seguro que no lo hacíamos bien —cambió de tema Miriam.

—¿Por qué?

—Pues porque quizás alterábamos su medio demasiado… no sé.

—Mamá, por favor, deja de decir tonterías, no les hacíamos ningún daño.

Juan era el experto y disfrutaba de la indiscutible autoridad que la familia le había concedido para diferenciar las acciones ecológicas de las que no lo eran.

—Me voy a dormir la siesta. Esta tarde iremos a bañarnos a la laguna grande. —Ángel se levantó y todos le siguieron.

El agua de la laguna era roja a causa del óxido de hierro que se desprendía de la tierra del fondo. Cerca de la orilla las copas de algunos árboles sobresalían de la superficie como si fuesen dedos artríticos, monstruosos. En la horcadura de uno de ellos, camuflada entre sus ramas sin hojas, dormía enroscada alguna que otra serpiente. En sus partes más altas reposaban cormoranes azabache y garzas blancas. El entorno era tan singular que les mantenía excitados, como alertas. La embarcación se desplazaba silenciosa, impulsada solo por los remos. Entraron en una zona resguardada en forma de apéndice y, debajo de un tronco, divisado apenas entre el agua turbia que lo cubría, encontraron el cuerpo agonizante de un enorme caimán.

—¡Mirad!, tiene mordiscos en las cuatro patas —observó Ángel.

—¡Qué pena! —Berta se tapó la boca con la mano.

—Lo están devorando las pirañas —les informó el guía.

—¿Pirañas? Pero… ¿no se supone que vamos a bañarnos aquí?

Berta y Juan miraron a Miriam con ojos de sorpresa. A veces su madre sospechaba que se avergonzaban de ella. A veces estaba convencida de que sus sospechas eran ciertas.

—Las pirañas solo nadan a pocos metros de la orilla, señora, en el centro no hay. Tampoco hay caimanes, por supuesto.

—Ya, si usted lo dice.

—Sí, señora.

Estaba claro que tendrían que confiar en el buen oficio de su guía, ya que ninguno estaba dispuesto a prescindir del prometido baño.

Habrían recorrido sin prisa apenas una décima parte de la circunferencia de la laguna cuando el indio que conducía la canoa arrancó el motor y les condujo en línea recta hasta su centro, donde ya se bañaban otros turistas. El agua estaba caliente, densa y rojiza como un caldo de azafrán. Al bucear, la visibilidad era nula, lo que incrementó en Miriam la extraña sensación de alerta, como si de debajo de las aguas oscuras pudiese emerger un desconocido e inesperado peligro, pero intentó desecharla de inmediato. No obstante, el baño fue una experiencia inolvidable. La piel, húmeda y demasiado caliente durante el día, se enfrió poco a poco al sumergirse por completo en el agua, lo que le procuró una balsámica sensación de alivio.

Se alejaron nadando de la barca para disfrutar por separado de las propias sensaciones.

Cuando regresaron, cansados de nadar, Berta y Ángel subieron sin dificultad a bordo, pero Miriam, a pesar de intentarlo varias veces, no conseguía subir.

—¡Vamos, mami! Tú puedes —le gritaban al unísono sus hijos. Pero no lograba alzarse hasta la borda.

La embarcación no estaba provista de escaleras y, como solía afirmar con frecuencia ella misma, tenía más fuerza en sus piernas que en los brazos, de manera que sostener su peso en el aire hasta apoyar primero su rodilla, luego todo su cuerpo, y alcanzar el interior, le pareció una misión imposible.

—¡Ánimo, mami, tú puedes! —continuaba animándola Berta, de pie en medio de la barca.

Ángel intentó alzarla por los brazos, mientras Juan acudía para empujarla desde el agua.

—Madre mía, mamá, ¡cómo pesas!

—¡Eh!, deja de tocarle el culo a mi novia —bromeó su padre.

Siempre que les solicitaba algún tipo de ayuda a sus hijos se exponía a verse reflejada en un espejo de incompetencia y de torpeza cuya imagen, los dos, parecían estar deseosos de devolverle. Cuando por fin pudo reposar su peso sobre la amura, sintió un intenso dolor en el costado.

—Creo que me he roto una costilla. —Le dijo a Ángel, mientras se cubría con una toalla.

—¿Dónde?

—Aquí —y señaló un punto concreto bajo su pecho izquierdo.

—Será una contusión, ya verás cómo se cura pronto.

Ángel tenía por costumbre no darle importancia a las quejas físicas de los demás. Una tarde, en la fiesta de su octavo cumpleaños, Berta se hizo un esguince jugando a una carrera de sacos con sus invitadas y él banalizó su dolor, hasta que la madre lo tomó en serio y la llevaron al hospital, donde le diagnosticaron un esquince. La metedura de pata de su padre fue durante mucho tiempo tema de conversación para Berta, que todavía le reprochaba su descuido a la menor ocasión. Sin embargo, a Miriam le tranquilizaba su forma de desdramatizar, restándole importancia a las sensaciones físicas.

—Esperemos que sí.

El sol se ocultaba mítico, dorando la laguna, en uno de los atardeceres más hermosos que habían contemplado. El cielo adquirió un intenso color azul cobalto, atravesado por ocasionales pinceladas rojas que se reproducían en la superficie oscura del agua. Estaban rodeados de esa luz. Eran poco más de las seis cuando se sumergió por completo en el agua y la laguna y la selva circundante se ensombrecieron. Tanto ellos como el resto de los ocupantes de las barcas vecinas guardaron silencio. Las siluetas de los árboles se hicieron negras, espectrales.

Cuando la oscuridad se hizo total, el guía le indicó al conductor que arrancase, y la barca emprendió el camino de regreso a través del río.

Navegaban a gran velocidad, sorteando troncos medio sumergidos, esquivando bajíos, guiándose, según les aseguraron, por la sombra de los árboles que la luna proyectaba sobre el agua. Un descuido y volcarían, pensó temerosa Miriam y, aunque espantó de nuevo su miedo, cogió las manos de sus hijos, sentados uno a cada lado, y cantó:

Não me amarra dinheiro não

Juan se sumó con su hermosa voz de tenor:

Mas formosura
Dinheiro nao

En la siguiente estrofa lo hicieron Berta y Ángel. *Beleza pura* era un viejo tema de Caetano Veloso que habían escuchado mil veces juntos desde que sus hijos eran unos niños:

A pele escura
Dinheiro não
A carne dura

Dinheiro não
Moça preta do Curuzu
Beleza pura
Federação
Beleza pura
Boca do Rio
Beleza pura
Dinheiro não

—Dios, ¡cómo desafinas, papi! —les interrumpió Berta.

Cuando Ángel alumbraba con la linterna hacia la orilla del río, torbellinos de insectos antes invisibles atravesaban veloces el haz de luz camino de ninguna parte.

—Se nos van a meter en la boca, mamá —volvió a decir Berta, y los cuatro dejaron de cantar.

—Vosotros no sabéis lo exigentes que erais —Juan dejó la servilleta sobre la mesa y miró a sus padres a los ojos—. No lo sabéis porque seguramente sois igual de exigentes con vosotros mismos. Pero yo lo pasé muy mal…

Como siempre que su hermano empezaba a hacer reproches, Berta miraba a lo lejos, en apariencia ausente. A juicio de su madre no sabía resolver la angustia que le provocaban esas discusiones. Cuando era una niña de apenas tres o cuatro años correteaba de puntillas por el salón de la casa mientras ellos regañaban por algún motivo a su hermano de nueve. De ese modo conseguía que los padres le prestasen atención a ella y le dejasen a él en paz. Ahora se ensimismaba para no escuchar ni participar en las discusiones, y alejarse así de la escena.

—Desde los trece hasta los dieciocho años todo fueron quejas por vuestra parte. Todo. No me gustaba estudiar, y no parecíais querer comprenderlo…

—Era nuestra obligación prepararte para el mundo, Juan…

—Lo sé mamá, y lo hicisteis muy bien. Pero lo que no supisteis hacer tan bien fue elegir las formas que empleabais.

—Las formas… —Miriam estaba cansada; aunque reconocía que su hijo mayor llevaba razón, aquella conversación recurrente le hacía daño. Las formas… sabía que las discusiones la habían desbordado siempre, que aún la desbordaban, y que entonces, a falta de palabras para hacerse entender, recurrió con demasiada frecuencia a los gritos.

Había sufrido tanto por eso que no le apetecía recordarlo.

—Sí, las formas son importantes, padres.

—Por favor, Juan, qué cansino eres. Ya sabemos que se enfadaban contigo, que tus suspensos, les ponían de los nervios, que no te gustaba estudiar… por favor, por favor, déjalo de una vez —la voz de Berta expresaba una desesperación desproporcionada.

—No quiero dejarlo, Berta.

—Pues yo me voy a la cama.

—Sí, claro, siempre te vas cuando hablamos de otros porque no te importa una mierda nadie que no seas tú.

—¿Cómo?

—No quieres a nadie, Berta. A nadie, y nadie te soporta a ti. Eso es lo que te pasa.

—Tengo un montón de amigos, ¿sabes?, y que no te quiera a ti no significa que no pueda querer a los demás ni que ellos no me quieran.

—¿Has dicho que «no te quiera a ti»?, ¿no quieres a tu hermano? —Miriam sintió una nueva punzada en el pecho y en la boca, una conocida tensión en la mandíbula y un intenso deseo de morder que reconocía en sí misma desde que sus hijos empezaron a hacerse mayores y a contrariarla. Era impotencia. O mejor, era un deseo de masticar la impotencia, de triturarla con sus poderosos dientes, engullirla, defecarla y no dejar que le oprimiese la garganta. No dejar que la ahogase.

—No. No lo quiero.

—Por dios…

—Mamá, no empieces, eso debería dolerme a mí y no a ti, y ya ni me duele. Y deja de decir por dios… —intervino Juan, irritado.

—No lo quiero, mamá, porque él nunca me protegió, porque nunca he sentido que tuviera un hermano mayor, nunca, ¿lo oyes?, nunca. Por eso no le quiero.

—Esa es tu versión, Berta. Yo intenté quererte, pero tú no me soportaste desde pequeñita. Ni siquiera querías dejar que conociese a tus amigas.

—Por favor, ¡si solo querías conocerlas para acostarte con ellas!

—¿Qué dices?, ¡solo me acosté con Ángela!

—¿Te acostaste con Ángela? —Miriam no pudo dejar de interrumpir el intercambio entre los hermanos. Miró a Ángel y bajó los ojos, arrepentida.

—Sí mamá, una noche… íbamos drogados… no fue nada.

—No quiero escuchar esto, ¿es que es necesario que habléis así delante de nosotros? —les interrumpió de nuevo, nerviosa. Las mandíbulas le dolían.

—Porque tú hayas tenido unos padres que le llamaban *culito de delante* y *culito de atrás* a los genitales y al ano, respectivamente —continuó Juan con sorna, demorándose en cada palabra— no tienes ningún derecho a impedir que nosotros hablemos claro.

El deseo de devolver la agresión, de levantarse y exclamar, ¡pero qué os habéis creído!, era tan intenso que tuvo que morderse la lengua para no estallar. Por el contrario, conteniendo el impulso, domesticando apenas la fuerza bruta de sus emociones, continuó más tranquila.

—Pero es que no me apetece saber con quién te acostaste, o si estabas drogado o no cuando lo hiciste… estamos aquí, lejos de todo, lo estamos pasando bien, ¿es necesario esto?

—Sí, mamá, lo es.

—Ahí viene el de la tarántula. —La intervención de Ángel, cuya pasividad en estas discusiones irritaba a su mujer, distrajo la atención de la disputa y la desplazó hacia el guía, que entraba en el comedor con mucho menos garbo que la noche anterior.

—¿Qué tal en la laguna? —les preguntó, cordial.

—Preciosa.

El hombre se sentó en la mesa de unos alemanes enormes, enhiestos como catedrales, situada justo al lado de la suya. Una mujer rubia y blanca, con el rostro enrojecido por el sol, respondió a la misma pregunta con un expresivo:

—*Oh, Mein Gott*!

Que en ese momento de la conversación sonó obscenamente pornográfico.

—Quiero que sepas que no tenía ninguna intención de acostarme con tus amigas —Juan volvió al tema.

—A mí sí me lo parecía.

—Pues te equivocabas. Te equivocas siempre conmigo, Berta. Por eso me resulta insoportable que estemos juntos.

—¿Pero esto qué es? —Explotaría, estaba segura de que si continuaban hablando así terminaría diciendo alguna barbaridad.

—Es la verdad, mamá. ¿Cuándo querrás darte cuenta?

—Ángel, yo me voy a dormir, estoy muy cansada.

—Chicos, nos vamos todos a dormir, ¿no os parece? —zanjó él—, mañana tenemos faena.

—Yo voy a quedarme un rato más, a ver si vuelve a salir el caimán —dijo Juan.

—Me quedo contigo.

Incrédulos, los padres miraron a Berta, que actuaba como si nada hubiese ocurrido, y se fueron hacia su habitación, situada a la derecha, mientras ella seguía tranquila a su hermano hacia la izquierda.

Al abrir la puerta, Ángel tuvo la precaución de enfocar las cuatro paredes de la cabaña para avisar de su presencia a las cucarachas y a los demás bichos con quienes la compartían. El gesto, recién adquirido, parecía sin embargo formar ya parte de una vieja rutina, y se sorprendió de la rapidez con la que se naturalizan acciones que antes nos hubiesen parecido imposibles. Estaba ya tumbado cuando Miriam se introdujo bajo la mosquitera y se acostó a su lado.

—A veces no los soporto, en serio. Son tan crueles, ¿cómo hemos podido criar unos hijos así?

—Pues lo hemos hecho. Yo tampoco me lo explico.

—¿De dónde les saldrá tanto odio?

—¡Quién sabe!

—Nosotros sí deberíamos saberlo, ¿no crees?, somos sus padres…

Ángel no respondió, un sonido nuevo se introdujo por entre las rendijas de puerta, un silbido mudo como el de una serpiente; el mal que se desliza, sibilino, y se mete con ellos en la cama.

—Es verdad que fuimos estrictos. Me daba miedo de que la constante indecisión de Juan, su falta de motivaciones claras, lo convirtiesen en una especie de marginado si le dejábamos hacer lo que él quería… sin apremiarle.

—Más bien, lo que no quería, porque nunca quiso algo concreto.

—Ya. No sé, tengo una enorme sensación de culpa, de haberlo presionado en alguna dirección equivocada…

—¿Y Berta?, ¿qué me dices de nuestra pequeña Berta?

—No entiendo por qué no lo soporta. Son muy distintos es cierto… ¿qué pudimos hacer tan mal?

—Siempre acabas en lo mismo. De todo tenemos la culpa nosotros —Ángel suspiró, aburrido—. Pues mira, creo que no es así. Juan ya es mayor para darse cuenta de que entonces no ayudaba demasiado, de que no emprendía ningún camino que le procurase un futuro, por eso decidíamos nosotros por él. Por eso.

—Pero de lo que se queja es de las formas. De que fuimos

intransigentes.

—No lo creo, Miriam, deja de lamentarte.

Cada vez que la conversación versaba sobre los chicos Miriam sentía cómo se alejaba de Ángel, a quien culpaba de haberla dejado con la mayor responsabilidad en su educación. Su forma de eludir las discusiones, de desvincularse de los conflictos, eso que su misma hija llamaba con frecuencia, *ir a su bola*, la sacaba de quicio.

El dolor del costado que sintió durante la tarde parecía no ir a más, y ya no le preocupaba. Era este dolor, nuevo y viejo a la vez, el que ahora le cortaba la respiración.

—Siempre que empezamos hablando de este tema terminamos enfadados nosotros, Miriam.

—Es que no puedo dejar de pensar en lo sola que me sentí mientras los educaba.

—No voy a seguir, creo que ya lo hemos discutido bastantes veces, creo que no tenemos ninguna conclusión a la que llegar. Hicimos lo que pudimos. Estamos aquí para disfrutar… Estamos… Anda, vamos a dormir.

A Miriam le molestaba también la archiconocida intolerancia familiar a las palabras. Cada vez que observaba las discusiones entre parejas en algunas películas, unas discusiones civilizadas donde cada frase parecía estar siempre en su sitio, se lamentaba de las limitaciones que observaba entre ellos; limitaciones que, estaba segura, le habían transmitido sin querer a sus hijos. Las palabras les acababan produciendo una enorme sensación de impotencia, como si, a medida que empezaban a surgir de la boca, la verdad que debían transmitir se alejase cada vez más hacia un pozo sin fondo, en el que todos acabarían ahogándose al intentar atraparla por los pelos. Entonces, antes de morir ahogados, uno u otro se marchaba o abandonaba la conversación, incapaces de continuar dialogando.

Como esta noche.

Se levantó, buscó con los pies las sandalias que había dejado bajo la cama, imaginando con asco qué podría pisar en el breve recorrido hasta la linterna que había depositado encima de una silla cercana, y fue al baño. A través de las toscas colañas de madera de la habitación la oscuridad exterior, iluminada por las estrellas, era menos profunda. El murciélago dormía en su rincón, y las cucarachas huyeron despavoridas cuando alumbró la tapa del váter.

Regresó a la cama y, media hora más tarde, cuando todavía seguía

dándole vueltas en silencio a cuál podría haber sido su error, y si era posible solucionarlo, volvió a oír el mismo grito agudo de Berta que escucharon la noche anterior, seguido esta vez de la risa franca de Juan.

—Ya han vuelto a su habitación —susurró Miriam, aliviada.

—Sí. Vamos a dormir.

UNA NUEVA OPORTUNIDAD

No podemos escoger a quién somos libres de amar.

Wystan Hugh Auden

La «parte maldita» es la del juego, la de lo aleatorio, la del peligro. Es también la de la soberanía, pero la soberanía se expía.

Georges Bataille, *La literatura y el mal*

De todos los amantes que había tenido a lo largo de su vida, Marisa se había casado con el hombre a quien menos amaba. Cuando se le imponía por la fuerza esta triste verdad, que pretendía ocultarse a sí misma, Marisa se lamentaba de su suerte y pensaba que, anciana y ya en su lecho de muerte, tendría que confesarles a sus hijos su secreto.

—No amé nunca a vuestro padre. Nunca me atreví tampoco a abandonarlo. He sido una mujer cobarde —les diría, agonizante pero honesta hasta el final.

La escena era casi cinematográfica, ficticia, teatral —pide Marisa perdón por la profusión de adjetivos—, pues sabe que nunca será capaz de confesarles tal cosa. ¿Para qué?, ¿qué efectos tendría esa dramática información a pie de tumba en la mente de sus queridos vástagos?, ¿cómo revisarían a posteriori la historia de sus padres tras semejante confesión? No, se llevará consigo el secreto al horno crematorio, lo guardará entre sus cenizas, como lo ha guardado, durante sus cuarenta años de matrimonio, callado en su interior.

Si se le impuso de nuevo ese dilema, que creía haber aceptado y

resuelto una década atrás a favor de una resignación injustamente mal considerada, fue por culpa de este viaje de aniversario; fue debido a que Mateo, su marido, le había sorprendido con el regalo de un crucero por la Bahía de Ha Long, en el golfo de Tonkín, cerca de la frontera con China, para celebrar sus cuarenta años juntos. Y Marisa, que amaba viajar, le había dicho que sí, que encantada, que qué buena idea has tenido, Mateo. Incluso con la crisis, sobre todo por la crisis, que les atenazaba la garganta cada tanto amenazando el incierto porvenir de sus hijos[3], a Marisa le parecía que la generosidad de Mateo era digna de alabanza.

Pues bien, apenas aterrizaron en Vietnam y ya Mateo se había puesto insoportablemente cariñoso, iniciando así el inesperado desenlace. Mateo, en realidad, no era un hombre romántico. Incluso, Marisa pensaba, pero era solo un suponer, que era su cualidad antirromántica la que había impedido que se enamorase de él. Poseía, eso sí, un romanticismo llamémosle «inoportuno», que se expresaba, a juzgar por lo que ella había observado durante su larga vida juntos, justo cuando tenía ganas de hacer el amor. Entonces Mateo, por lo general ocupado en su trabajo, al que se dedicaba en cuerpo y alma, se volvía insistente, pegajoso y melifluo, hasta pelín acosador, y perseguía a Marisa con unas proposiciones sexuales pelín pueriles, al menos a los ojos de la mujer, que hubiese querido un hombre más misterioso, más esquivo, que la sedujese sin palabras, tan solo con el gesto y la sorpresa. Pero no. Por más que, didáctica y educativa, se lo insinuaba, Mateo no podía cambiar su espontáneo romanticismo oportunista, que lograba de ella lo contrario de lo que pretendía conseguir: que se alejase de él.

En Ha Long, en el barco que navegaba en silencio por una bahía de ensueño (o no tan de ensueño, pues Marisa, que tenía ojos para la realidad, observaba las enormes manchas tornasoladas de aceite en la superficie del agua, los pesados y herrumbrosos buques mercantes anclados en el horizonte, a lo lejos pero perfectamente visibles sobre el mar plano, verde, romántico él también, que les rodeaba); en Ha Long, opinaba Marisa, el romanticismo de Mateo se había exacerbado y su marido se comportaba como un adolescente en celo. ¿Es que este hombre nunca va a dejar nunca de sentir esas ganas, por dios?

Opuesta a la realidad de Mateo, Marisa vivía su pérdida de deseo sexual como una liberación. Durante mucho tiempo había pensado que su propio erotismo era el único culpable de retenerla junto a él. A los cuarenta, con los niños ya criaditos, reprimía su deseo de dejarlo apelando a su propia torpeza: no podía imaginarse saliendo en busca de

otro hombre por las discotecas, por los chat, por los clubes de senderismo o donde fuera que se buscase pareja por entonces. Los gestos de la seducción pertenecían a una galaxia cuyo aire, sospechaba Marisa, ella no sabría respirar. Mateo, por su parte, estaba siempre ahí, tan eficaz como antiromántico, pendiente siempre de su satisfacción. De modo que se quedó con él y, sin darse apenas cuenta, se acomodó a su rutina diaria repleta de pequeños placeres, cada vez, todo hay que decirlo, más textuales y gastronómicos, pero placeres al fin.

Los amigos, los viajes, las visitas de los hijos, la paz laboral y hormonal, fueron fuentes de alegría durante los cincuenta. Y ahora que se internaba en los sesenta ya no era el momento de ponerle solución a nada, aunque Mateo y su lujuria vietnamita la estuviesen poniendo de los nervios.

La rutina del barco no ayudaba a la contención, la verdad sea dicha, pues les proporcionaba demasiado tiempo libre. Se levantaban temprano y el espectáculo de la bahía les reconfortaba y estimulaba para la excursión prevista tras el desayuno. Llegaban al destino, por lo regular un pueblo, una singularísima formación kársticas o una gruta en cuyo interior los ancestros de ese pueblo tallaron siglos atrás un enorme Buda. Subían, fotografiaban, bajaban, regresaban a su barco, comían. La siesta era el momento más comprometido. Mateo se mostraba exultante, inocente como un Cupido lujurioso, con esa incapacidad tan suya para entenderla que había manifestado durante ocho largos lustros, y pretendía, pretendía acceder a su cuerpo como un trovador enamorado; sus ojos acuosos, brillantes, provistos de toda la candidez del mundo. Si bien, Marisa, no le reprochaba esto.

Lo que le reprochaba Marisa, que ya había aprendido a consentir y a disfrutar de un deseo que no surgía de ella; lo que le reprochaba —y la mujer no sabía ya cómo salir de este reproche, cómo dejar de contrariarse a sí misma o de contrariarlo a él—, era que Mateo intentase a toda costa que ella respondiese también como una enamorada.

Eso era lo peor de lo peor: pretender que Marisa, que andaba en las nubes, o mejor, exactamente en la cima de esa roca que se perfilaba a través de la cortina de tul rojo, más allá de la terraza de su maravilloso y coqueto camarote, a unos cien o doscientos metros del barco; pretender que ella participase con entusiasmo en las maniobras amatorias de Mateo, era, sin lugar a dudas, lo más grave. Por dios, con lo mayor y lo tranquila que estaba ahora, con el delicioso sopor que el vino y la humedad le proporcionaban, y el sueñecito tan dulce que podría echarse en un plis plas, hasta que pasasen los calores. ¡Ay,

Mateo, qué cruz!

Habían llamado a los hijos desde Hanoi, hacía ya de eso unos días, y Marisa, contenta por la ausencia de novedades, se sentía bien, perdida en esa mitad del mundo donde, por no haber, ni había cobertura para el móvil. A menudo, cuando viajaba se veía a sí misma desde una especie de satélite espacial que filmaba sus movimientos en la tierra. Ella estaba allí, en la cama de aquel camarote, esperando que Mateo terminase, observada por ella misma desde una distancia sideral, y se sentía en el lugar más remoto del mundo, sin saber nada de nadie, ni de sus hijos, ni de sus padres, ni de nadie, ¡qué redundante estaba! Solo de Mateo, que también estaba pesadito esa tarde y quería, exigía casi, su participación en la ceremonia.

—Pero si ya no soy joven.

Le hubiera dicho Marisa, si ya no me excito mirándome porque lo que veo, Mateo de mi corazón, no me solaza como antes. ¿Por qué insistes?, ¿por qué, alma de dios? Pero no lo hizo, y cuando aparecía el deseo de Mateo traía siempre consigo los problemas. ¡Ay!, con lo bien que habían pasado la mañana; la escalada rejuvenecedora —llegaron a la cima sin resoplar—, la contemplación del Buda, la explicación siempre insuficiente y superficial del guía local… Y ahora este suplicio que le estropeaba el día.

Marisa empezó a sentir rabia. Conocía de sobra esa peculiar vuelta de tuerca que transformaba su generosidad en animadversión. La conocía pero no era capaz de anticiparse a su propia metamorfosis. Bueno, a veces sí, y era lo mejor, anticiparse y parar, decir que no y a otra cosa, mariposa; pero otras veces el deseo de complacer a Mateo, de tener la fiesta en paz, se le imponía y luego… luego llegaba la catástrofe. Como sucedió aquel día.

En fin, Marisa sintió rabia y se prometió no demostrarla. Estaban de aniversario, se reprochó, contente que ya eres mayorcita. Pero no lo logró. Todo lo que Mateo intentaba le hacía daño: el roce de su barba, el roce de otra cosa, el calor…

—No te demores tanto, cariño, por favor —se le escapó al fin.

¡Qué inapropiado!, se recriminó de inmediato.

La cara de Mateo acusó el golpe, pero su pragmatismo se impuso sobre su orgullo y se apresuró. Mateo conocía los arrebatos de su mujer que, a pesar de ser de aúpa, no habían tenido hasta ahora consecuencias irremediables.

Lo cierto es que si alguien le hubiese dicho a Marisa algo así en un

momento semejante se habría enfadado. Claro que sí. Era una desconsideración decirle que se apresurase en mitad de… eso, pero ¿qué hacer? Se trataba de Mateo o de ella, de Mateo o su creciente rabia. Y esa disyuntiva no había forma de resolverla. O se contrariaba a sí misma o le contrariaba a él. A ver quién era el listo que encontraba la solución a este dilema. Nadie, pensó y, como cada vez que la vida la ponía frente a una disyuntiva irresoluble, Marisa y su impotencia se preguntaron: ¿pero por qué nadie nos habló nunca de esto?, ¿por qué no se abre un debate en los medios de comunicación de masas sobre este contratiempo universal? En fin.

Mateo se levantó de la cama y se fue al baño, y Marisa aprovechó para dormir.

A ver cómo se despierta de la siesta.

De la siesta se despertaron mal. Mateo no se reponía del rechazo, seguramente, pensó su mujer, porque había puesto muchas ilusiones en Ha Long. Había demasiada literatura detrás —Mateo lo había leído todo sobre la que se considera una de las siete maravillas del mundo—, demasiadas películas —*Indochina*, con la inolvidable Catherine Deneuve —, demasiadas historias y fotografías para nutrir el entusiasmo.

Durante la tarde leyeron un rato en la terracita de su camarote sin apenas intercambiar palabra. A intervalos regulares, Marisa levantaba la vista y se solazaba con el paisaje calmo e inmutable que la rodeaba. Pero, cuando Mateo callaba, Marisa, que ya sabía lo que le estaba pasando, y temía.

El calor era insufrible cuando le propuso darse un baño. Al atardecer, el barco se detenía para pasar la noche y permitir que los pasajeros se bañasen, descendiendo desde la cubierta de popa hasta el mar por una escalerilla oxidada. A Marisa le incomodaba mostrar su cuerpo en bañador, pues a pesar de su constancia con los ejercicios de pesas, los abdominales, las flexiones y sus regulares caminatas, su cuerpo en bañador ofrecía una imagen que no la enorgullecía. A veces creía que Mateo estaba ciego, que, al mirarla, no veía lo mismo que ella. Eres muy exigente, pretendía consolarla él, para mí siempre serás la misma de siempre. Y un colín.

En fin, se puso un pareo y unas zapatillas de goma y salieron a cubierta. La bahía rozaba una humedad del noventa y ocho por ciento, era una sauna, de hecho, y el agua un caldo caliente que apenas eliminaba el calor concentrado en sus cuerpos durante el día. Un mar

opaco y denso color de jade.

Cuenta la guía que Ha Long significa «dragón descendiente». Según la leyenda, un dragón acudió a defender al pueblo vietnamita de los chinos y, para detenerlos, arrojó piedras preciosas al mar, que luego se convirtieron en rocas.

Marisa nadaba despacio mientras que Mateo se había propuesto, al parecer, expulsar su contrariedad dando ruidosas brazadas que lo alejaban del barco. A ver si se le pasa.

Sin embargo, durante la cena la situación no mejoró. El silencio de Mateo era ostensible incluso para sus compañeros de mesa, que comparaban su elocuencia durante la cena anterior con el discreto comportamiento de esa noche.

—Estos días vamos a engordar —les advirtió sonriente Marisa, deseosa de que la vuelta a la rutina, a la banalidad de sus observaciones comodín, eliminar el malestar de su marido. Pero él no hizo ningún gesto de apreciar el comentario.

—Voy a engordar —insistió ella, repitiendo la observación a sus compañeros de mesa, un arquitecto madrileño y su mujer, ambos de su misma edad.

—Bueno, la escalada de esta mañana habrá eliminado alguna que otra caloría —respondió la señora, que parecía cuidar como Marisa su dieta.

La comida vietnamita era deliciosa. Esa noche, después de cenar, les anunciaron que estaban invitados a la pesca del calamar, y se prometieron acercarse a proa para disfrutar de la experiencia. El arquitecto y su mujer querían nadar también en la oscuridad, y a Marisa le pareció una estupenda idea. En el centro del escote se le agrupaban diminutas gotas de sudor que descendían como ríos silenciosos hasta su ombligo.

Volvieron a su camarote en silencio, y Marisa empezó a impacientarse. Había intentado disolver su propia rabia con amabilidad mientras que él seguía instalado en la suya y ya no le quedaban ganas de seguir bromeando para que se le pasase, ni de hablar, ni de darle un beso de basta ya, ¿vas a arruinar lo que queda del día? No le quedaban ganas de nada. Se sentó en el balconcito a mirar los famosos pilares calcáreos de la bahía cuando algo en su interior estalló de pronto como estalla una vieja tubería, dejando escapar el agua a presión en un chorro que se aleja y orada la tierra, inundándola, reproduciendo meandros, ríos, desembocaduras, creando islas y cataratas, cascadas y

desfiladeros, diminutos Ha long. Así explotó la rabia de Marisa, que cogió su bañador y su pareo y salió dando un portazo de la habitación. Había resistido durante cuarenta años, se había esculpido a sí misma, se había reinventado incluso para aprender a disfrutar con Mateo de algunos atisbos de felicidad. Ahora, basta.

Era de noche y su cuerpo la avergonzaría menos, se alegró. En su interior notó una nueva fuente de energía que, como el agua, brotaba con fuerza. Se encaminó hacia cubierta dispuesta a bañarse, con o sin él. Su humor nunca más dependería de Mateo, se prometió.

A popa se han reunido algunos pasajeros para contemplar la pesca nocturna del calamar. Marisa, el arquitecto y su mujer están entre ellos. Los calamares acuden voraces a la luz de la lámpara que un marinero enfoca hacia el agua, y ascienden a la superficie atraídos por los pequeños peces que se reúnen allí atraídos también por la luz.

—En Cataluña este tipo de pesca está prohibido —les informa el arquitecto.

La operación no puede ser más sencilla. Mientras los calamares intentan comerse a los peces más pequeños el marinero, provisto de un cazamariposas, los atrapa a ellos. Marisa piensa que es demasiado fácil, demasiado tramposo. Esa noche han cenado calamar. El cubo rebosa de cefalópodos gelatinosos con aspecto de extraterrestres cuando llega Mateo en traje de baño. Lejos de congratularse, Marisa siente renacer su odio como un tumor, un odio que la risa y la compañía de los otros había aminorado minutos antes. Mateo, sus labios sellados y tensos, Mateo con su enfado a cuestas.

En realidad nadie acierta a decir qué fue lo que pasó. Nadie puede explicarlo porque la explicación solo se encuentra en la cabeza de Marisa, que ha decidido, nosotros sí podemos saberlo, ha decidido que no lo aguanta más. Ha decidido que quiere dañar al cándido Mateo en lo más profundo de su alma. No por el daño que él le ha hecho, sino por el que se ha hecho a sí misma permaneciendo a su lado sin estar enamorada de él.

El caso es que Marisa ha decidido que quiere herir a Mateo y no se le ocurre nada mejor que hacer que arrojarse al agua cuando los marineros han dado por terminada la pesca y la bahía de Ha long, el dragón descendiente en mitad del mar de la China, ha quedado a oscuras. Marisa se lanza al agua y nada hacia el negro horizonte, donde

las formaciones kársticas proyectan su sombra sobre la superficie blanda, aceitosa y plana del mar.

La luna está en cuarto creciente.

Marisa se ríe mientras nada; ríe de su osadía. Vaya un lugar para hacerlo, se dice, mira que ahora, a los cuarenta años de casados y en Ha Long, menudo problema les voy a causar a los chicos. Aunque no es momento para arrepentimientos, se dice también. Y sigue nadando como una jovencita, liberada y feliz por la decisión que ha tomado. Me ahogaré de asco, piensa; el agua está sucia, piensa, moriré contaminada antes de que me ahogue, y bracea hacia delante cerrando la boca, o se tumba de espaldas y nada en esa posición, juvenil, contenta de que nadie pueda ver el temblor de sus muslos al moverse.

En fin. Ligera y elegante como una sirena, nada.

¿Y Mateo? Mateo la ha visto alejarse.

—Marisa, ¿qué haces?, ¡vuelve! —le grita cuando el temor es más fuerte que el orgullo— ¿Qué haces, Marisa?

Pero no obtiene ninguna respuesta. Y se lanza al agua, y se oye su chapoteo enérgico adentrándose en la oscuridad de la laguna, persiguiendo la risa de su mujer.

—¿Mateo? —se la oye preguntar con voz cantarina.

—Marisa, espera… —le responde él.

El arquitecto y la suya llaman al capitán cuando dejan de escuchar su diálogo entrecortado; ni el chapoteo de Mateo, ni la risa de Marisa al fondo, ya no.

El arquitecto y su mujer han tardado en hacerse entender. A pesar de su inglés fluido, perfeccionado durante sus viajes por Inglaterra y EE. UU., han tardado en hacerse entender porque nadie cree lo que dicen. ¿Han desaparecido?, ¿en el negro horizonte?

—*What*?

Son lentos estos vietnamitas, menudos e incrédulos, a la mujer del arquitecto siempre le dieron miedo por culpa de las películas de la Segunda Guerra Mundial. Esa lengua que parece un exabrupto. Cuando el barco se pone en marcha ha transcurrido más de media hora desde que se hizo el silencio.

La nave recorre poco a poco el entorno, proyecta un foco de luz sobre la superficie blanda del agua, que se ilumina y brilla, y desaparece después en la oscuridad, quieta e imperturbable por los siglos de los siglos. Solo se oyen los motores asmáticos y el lento desplazamiento del barco, que no está pensado para carreras. De Marisa

y de Mateo ni rastro.

El funcionario vietnamita y el cónsul que, a la mañana siguiente, acuden a levantar los cadáveres arrojados por las olas a una estrecha playa cercana al lugar del incidente, tienen prisa.

—Jugaban como dos críos —cuenta el arquitecto en su calidad de última persona que les ha visto con vida. Nosotros sabemos que goza íntimamente con la certeza de que su versión jamás podrá ser modificada.

La mujer del arquitecto se emociona y, tapándose la boca con ambas manos, exclama, cinematográfica:

—¡Oh!, no me lo puedo creer. Eran la pareja perfecta.

Uno de los nativos congregados en la playa les explica que encontraron los dos cadáveres juntos, abrazados por una maraña de lustrosas algas. El arquitecto envidia su dominio del inglés. Es un poeta anónimo, conviene, generoso, un poeta en este agujero del mundo.

Su mujer, cuya espiritualidad se ha despertado con la imagen del abrazo, lo interpreta como un singular episodio de metempsicosis; dos almas gemelas que se reencarnarán, unidas otra vez, en una nueva oportunidad de amar.

Salen un par de insignificantes cangrejos azules de las bocas de los ahogados, y se encaminan raudos hacia el agua.

Y SI SEGUIMOS QUERIENDO HASTA EL FINAL, ¿QUÉ HAREMOS LUEGO?

Verrà la morte e avrà i tuoi occhi.

Cesare Pavese

Soñó que salía de viaje y que aún no había hecho el equipaje. Una maleta azul, vacía, continuaba abierta sobre la cama sin que le diera tiempo a llenarla. Se agobiaba en el sueño porque, si se ponía a hacerlo, perdería su vuelo.

La pesadilla la despertó. Magda miró a su alrededor, reconoció la habitación del hotel, el dosel de madera con las cortinas de tul anaranjadas que la protegían de los mosquitos… y comprobó que el mundo en el que había despertado era el mismo que abandonó al quedarse dormida. Estaban en Chobe, en mitad de África, exactamente en Botsuana, al norte de la región de Savuti, y el día anterior habían divisado a lo lejos, en la llanura que se extendía a los pies de una hermosa montaña, la figura prehistórica y rotunda de un rinoceronte negro.

—Es un macho —les dijo el guía, y Magda no le preguntó cómo era posible que, desde donde ellos se encontraban, pudiese distinguir el sexo del ejemplar.

Habían llegado hasta allí desde Namibia atravesando el río Zambeze en un transbordador desvencijado. Navegaban despacio en mitad de la corriente turbia y, a su alrededor, se extendían las tierras de los tres países circundantes: Botsuana, Zambia y Zimbaue.

El sueño la perturbó.

Mientras Clara y ella atravesaban el río, María se estaba muriendo

en España.

Magda, María y Clara eran amigas desde hacía más de treinta años. Grandes amigas. Por lo que a Magda respecta, su amistad nunca había pasado por momentos críticos, sino que se había desarrollado fluida y ligera como las turbulentas aguas del Zambeze, como las aguas mostaza del río Chobe. Pero ese verano María se estaba muriendo de cáncer en Madrid mientras ellas viajaban hasta África para sacudirse del cuerpo su propia agonía.

La naturaleza es tan absorbente en Chobe que, desde que llegaron, Magda y Clara apenas han hablado de la amiga; como si implícitamente se hubieran concedido un respiro, una especie de merecido regalo, porque desde que el cáncer se apoderó de los pulmones de María, la respiración de Clara y de Magda se hizo más lenta, como si ellas también tuvieran insuficiencia respiratoria, insuficiencia de vida, y necesitaran el oxígeno de esas vacaciones para recuperar el aliento y continuar viviendo.

Era, pues, María quien iba a emprender un viaje para el que no necesitaba equipaje. Una maleta vacía. Ese era el mensaje de su sueño. Cuando regresaban al hotel, después de cada safari fotográfico, enviaban a la amiga ausente las fotos de los animales que habían avistado. El viejo rinoceronte macho ya estaba en el continente.

Qué bonito, disfrutad, fue la respuesta.

Magda sospechaba que también podría haber escrito:

Me habéis abandonado, volved.

Ya no podré ver nunca rinocerontes.

Pero María se había encerrado en sí misma y respondía a sus mensajes con respuestas protocolarias. Desde que la enfermedad se hizo irreductible, inmune a todos los tratamientos que recibía, que la iban dejando cada vez más débil, más desesperanzada, María se refugió en su mundo, en su cuerpo enfermo, en sus escasas energías, y renunció a hablar de su próxima muerte.

Hablar de su próxima muerte, Magda se estremeció. Ni siquiera podía imaginar lo que esto significaba.

Durante una de sus últimas visitas Magda le dijo a su amiga que la quería, y María respondió, seca y precisa como ella podía llegar a serlo.

—Calla, bonita, no quiero tener emociones fuertes —y volvió a encerrarse en sí misma.

En la cama de al lado dormía Clara. A las cinco de la madrugada saldrían de safari por las vertientes del río. Eran las cuatro y media, y

Magda la despertó.

El 4 × 4 saltaba sobre la arena de las orillas del Chobe como si fuese una de las miles de gacelas Thompson que acudían a beber de sus aguas. Manadas de elefantes y de ñus, de impalas, de búfalos y de facoceros, de hienas y de cebras, elegantes grupos de jirafas descendían hasta el río en un espectáculo tan majestuoso que a Magda se le antojó una representación del Génesis. Y Dios dijo:

Háganse los animales, y los animales poblaron la tierra.

En mitad de la corriente, los hipopótamos lanzaban bramidos de buenos días mientras que, abriendo sus bocas desdentadas, jugaban a darse cómicos besos. La arena que levantaban las pezuñas de los herbívoros llegaba hasta ellos transportada por el viento. Hacía fresco de madrugada, pero pronto el sol calentaba la tierra y la piel hasta el atardecer.

Desde el montículo donde se encontraban ahora la escenografía era el modelo perfecto para un minucioso cuadro del Bosco; un Bosco feliz. Grupos de animales de distintas especies trotaban hacia el río atravesando sus riberas color miel. La perspectiva disminuía su tamaño, y parecían piezas de un gigantesco y colorido juego infantil. A lo lejos, las acacias salpicaban, elegantes, la sabana. Magda nunca había presenciado tanto esplendor. Fue María quien siempre quiso hacer ese viaje, ella fue quien les animó a embarcarse en él ese verano. María, que se estaba muriendo en España.

A veces no sabía qué decirle, ni por Whatsapp ni en persona. Le parecía que cualquier comentario sería inadecuado o imprudente. Cualquier anécdota, por inocente que fuese, mostraba en sí misma la vida, prometía futuro. Si decía, el próximo verano, el otoño que viene, la próxima primavera…, miraba a la amiga de reojo sospechando que podría haberla inducido a pensar que, tal vez, ese próximo verano, ese otoño o esa primavera ya no estaría viva.

Y de la muerte… La muerte no podía ser nombrada.

Cuando le diagnosticaron la enfermedad sí que podían hablar sobre el final. Cuando la enfermedad debutó, como decían los médicos, como si se tratase de la primera vez que un artista sube al escenario, María hablaba con ellas de su muerte, que creía próxima. La preparó con esmero, arregló sus asuntos financieros, regularizó su relación con Felipe, se inscribió en una asociación por el derecho a una muerte digna, y comunicó a sus amigos más íntimos, con una fortaleza que a

todos sorprendió, su deseo de no llegar al final hecha una piltrafa, incluso, de decidir ella misma ese final. Pero dos años después, cuando la muerte se acercaba inexorable, dejó de referirse a ella. A medida que se aproximaba, la muerte dejó, paradójicamente, de existir.

Un despistado ñu corrió delante de ellos buscando la manada que ya había alcanzado el río. Magda lo siguió con la mirada: la vida salvaje de Chobe; músculos vibrantes, piel sudorosa, kilos de marfil en dientes curvos y afilados. La vida inextinguible. Contemplaba la vida, pero llevaba dentro una muerte que no era la suya, una muerte que le encogía las entrañas. Yo no soy quien va a morir, se dijo, intentando alejarse de la angustia.

Cuando decidieron por fin hacer ese viaje se sintió culpable de su deseo, y tuvo que ser María quien las animara.

—Vamos, id. Esto puede durar un tiempo, y no quiero privaros de nuestra buena y vieja costumbre.

—¿Vieja?, ¿has osado decir vieja? —bromeó Clara.

Las tres sonrieron.

María había sido siempre su mejor amiga, su confidente, pero ahora no podía contar con ella para comunicarle ninguna de sus pequeñas cuitas personales. La había dejado sola antes de desaparecer y esta orfandad prematura hacía que se sintiera de nuevo culpable, pues temía que, cuando faltase realmente, el dolor por la muerte de María lo causase más su propia soledad que la ausencia de la amiga. Somos unos condenados egoístas, se reprochó.

No era la primera vez que perdía a una amiga íntima. A sus años la experiencia de la pérdida era una señal de que seguía viva: estamos vivos, luego perdemos a los amigos sin remedio. Le parecía terrible e inesperado que su generación, a la que se le había prometido una esperanza de vida cercana a los noventa, estuviese siendo mermada por el cáncer. Magda había perdido a dos amigas, una de ellas en tan solo seis meses. Carlota parecía gozar de toda su plenitud en noviembre, y en mayo ya la estaban incinerando. A veces pensaba que su muerte no le había afectado como debería, como si no hubiese tenido tiempo para detenerse en su pérdida porque la vida le exigía seguir adelante con sus asuntos. Al exmarido de Carlota, que por lo demás estuvo atento al cuidado de su enfermedad como no lo había estado de ella durante su relación, los seis meses de agonía se le antojaron demasiado largos. Así lo afirmó en el tanatorio ante los amigos y los familiares, en un discurso cuya frialdad Magda todavía recuerda. El cuerpo de Carlota, expuesto

detrás de un grueso cristal, reposaba para siempre ajeno al mundo.

La vida y la muerte. Había perdido, también a un amigo. De otra forma, de otra forma.

Los cocodrilos se sumergían presurosos en el agua cuando el *jeep* pasaba cerca de la orilla. Clara hacía fotos como las hacían el resto de los turistas. Magda intentó salir de sus pensamientos y dejarse llevar.

A las doce ya estaban de vuelta en el *logde* y enviaron a María las fotos de su último safari. Hasta ese mismo año, cada verano habían viajado las tres juntas a diferentes lugares del mundo. Habían explorado sus geografías soñadas en viajes largos y deliciosos que despertaban su entusiasmo y su curiosidad. Un verano, en Sa Pa, al noroeste de Vietnam, hicieron una peligrosa ruta de senderismo que atravesaba una zona montañosa muy escarpada. Diluviaba, el guía les propuso que abandonasen la segunda parte de la excursión, pero ellas quisieron seguir adelante junto a algunos pocos turistas.

—*The crazy tourists* —les llamó incrédulo el guía, aunque no se atrevió a contradecirles.

La lluvia no dejaba ver los campos de arroz ni el maravilloso paisaje brumoso que las rodeaba, ocupadas como estaban en limpiarse los ojos anegados, o en desprender las botas de agua atrapadas en el barro, que aumentaba su espesor a medida que descendían. En dos ocasiones, Magda sacó sin querer su pie derecho de la bota, que pesaba toneladas, hundida en una tierra roja y pegajosa. Pero ellas continuaron ascendiendo, acompañadas cada una por una pequeña mujer hmong.

La de María era joven; a Clara le tocó la más robusta, si es que puede calificarse así el exiguo esqueleto de esa etnia, y a Magda la acompañó una mujer que, aunque era difícil precisarlo, ya habría cumplido los cincuenta. Cada mujer hmong sujetaba de la mano a una de ellas como si fuesen niñas dando el paseo dominical con sus madres. Ocupada en mirar hacia el suelo para no resbalarse, María apenas percibía el contacto de la mano ajena, pero cada vez que perdía el equilibrio, cada vez que su pie se torcía con riesgo de caerse, sentía la mano de la mujer hmong sujetando la suya con una fuerza titánica, como si ella no sufriera las inclemencias del tiempo, como si sus pies descalzos enraizasen en ese preciso momento en la tierra permeable y resbaladiza, y pudiese sostener con su pequeña mano oscura la mismísima hecatombe del mundo.

Esa noche comentaron lo sucedido. Lamentaron su inconsciencia, se reprocharon su falta de información. Ninguna sospechaba el riesgo que

habían corrido antes de comenzar la marcha, ninguna se tomó en serio las advertencias del guía. Pero, sobre todo, se deleitaron con la experiencia de sentir en las suyas las manos firmes de las diminutas mujeres hmong. Sus rostros oscuros las animaban con una sonrisa tan desdentada como la de los hipopótamos cuyas fotos seguían enviando a María desde Chobe.

«*Me acabo de acordar de Sa Pa, ¿lo recuerdas?*», le escribió Magda.

«*Claro que sí*», respondió ella.

«*De las pequeñas y fuertes mujeres hmong*».

María no contestó. A veces interrumpía las conversaciones por motivos que Magda ignoraba.

Clara bebió un trago de su cerveza y dejó el libro abierto sobre la mesa. Cuando llegaban al *lodge* habían adquirido la costumbre de sentarse al borde de la piscina y tomar una copa mientras leían. Clara prefería la cerveza, ella un martini blanco.

—¿Le has escrito a María? —le preguntó.

—Sí. Me he acordado de las mujeres de Sa Pa.

La amiga sonrió.

—¿Te acuerdas del viaje en tren hasta allí? Por poco morimos congeladas —añadió, ensimismada.

A la hora escasa de que el tren se pusiese en marcha, María tuvo que salir de su saco de dormir e intentar adherir como fuese una camiseta sobre la salida del aire acondicionado, cuya temperatura amenazaba con convertirlas en cubitos de hielo. La noche fue interminable, pero luego, durante el resto del viaje, rieron al recordarla.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Clara.

—Que se acordaba, pero ha dejado de escribir después.

—Creo que no voy a soportar que se vaya. Ni siquiera puedo representarme la vida sin ella.

—Ni yo.

Las dos sentían lo mismo y, sin embargo, allí estaban. ¿Cuál sería el tamaño real del dolor de una y otra?, ¿pesaba lo mismo? Cuando murió Carlota, Magda se sintió anestesiada. Insensible como un corcho, solía repetir sin ningún alarde de imaginación, y el dolor que creía experimentar en alguna profunda capa de su subsuelo nunca llegó. ¿Dónde estaba escondido el dolor que le correspondía a Carlota? El sol de la sabana apretaba con fuerza a esa hora del mediodía, las sombras eran alargadas y sus cuerpos estaban calientes. Decidieron darse un baño.

Magda se propuso atravesar buceando el lado más corto del rectángulo de la piscina. Tomó aire y se sumergió. La temperatura bajaba decenas de grados durante la noche, el agua estaba fría pero su cuerpo se habituó a ella apenas comenzó a nadar, y su frescor era reconfortante. Cuando colocó sus dos manos sobre el borde opuesto y respiró, disfrutando del aire que entraba de nuevo en sus pulmones, pensó en María.

Al regresar a su tumbona, en el grupo de mensajes que compartían encontraron una explicación:

«*Ataque de tos, lo siento*».

Clara le contestó.

«*Nos acordamos de nuestros viajes*».

«*Claro*».

«*¿Te acuerdas de Angkor?*» —escribió Clara.

«*¡Cómo no!*».

«*Un viaje evoca siempre los recuerdos de otros*», introdujo Magda en la conversación.

«*Y que lo digas*», respondió María.

En Angkor contrataron un taxi para visitar a sus anchas la amplia llanura donde se levantan los templos. El vehículo era un *autorickshaw*, una especie de carromato a motor con asientos rojos de piel sintética, cubiertos por una tosca capucha negra también de skay, cuyo conductor no dejaba de tirarse pedos. Sentadas detrás de él, los muslos sudorosos a causa de la inapropiada piel de los asientos y del calor húmedo, las tres amigas soportaron sus efluvios con sentido del humor. María se empeñó en que podrían identificar por el olfato sus comidas de los diez últimos años. Clara quiso recordarle su aventura mefítica.

«*¿Te acuerdas del taxista?*».

Un emoticono con una amplia sonrisa y dos enormes lágrimas saliéndole de los ojos fue la respuesta de la amiga. Habían conseguido, quizás, hacerla sonreír.

«*No me lo recuerdes, que voy a intentar comer algo*», continuó María.

«*Ciao*», añadió.

Durante sus viajes bebían vinos extranjeros y disfrutaban cerrando sus comidas con postres exóticos elaborados con almíbar y flores de loto. A menudo nadie las esperaba en casa y eso las hacía perfectamente felices.

—En cuanto se siente un poco mejor se alegra de estar viva —comentó Magda.

—Sí.

—Todavía come con ansia —continuó Clara—. Ojalá le falle antes el corazón y no sufra demasiado. Ojalá no muera asfixiada.

A Magda le pareció que Clara no debía decir eso todavía, y sus palabras la estremecieron como si pudiesen convocar antes de tiempo la muerte. A veces se sentía mezquina y ella también quería dejar de sufrir, bajarse de una vez de esa montaña rusa en la que la esperanza y la decepción se sucedían durante demasiado tiempo; a veces quería desprenderse de María.

El cocinero del *lodge* era un etíope maduro y elegante que, al finalizar las comidas y las cenas, solía saludar a los comensales para preguntarles si les había gustado el menú. Cenaban antílope, cocodrilo, avestruz y otras carnes cuyo origen preferían ignorar. La noche anterior les contó que había sido el chef del equipo de rodaje de la última película de Clint Eastwood, *Cazador blanco, corazón negro*, que las tres amigas habían visto juntas antes de que Magda y Clara viajasen a África.

—¡Qué casualidad! —exclamaron ambas.

Los viajes estaban siempre llenos de simpáticas coincidencias que, a menudo, les hacían exclamar al unísono cualquier tipo de frase convencional. Después repetían el conocido juego: uno dos y tres, ¡blanco o negro!, ¡rojo o azul!, y, si volvían a coincidir, lo que solía suceder con inusual frecuencia, pedían en secreto un deseo. En esta ocasión María no estaba, y el deseo de las dos amigas fue el mismo: que volviera a viajar con ellas.

El cocinero llevaba unos guantes blancos e inmaculados que le quedaban pequeños y desnudaban cómicamente sus muñecas; su blancura contrastaba con la piel azabache de sus antebrazos.

—*Clint Eastwood is a good man* —afirmó orgulloso antes de marcharse, a modo de colofón.

—*He is a republican man* —añadió Clara, apenas se alejó el hombre de la mesa.

—*And very, very… sexist man* —añadió Magda, muerta de la risa—. Maldita sea, ¡no encontraba cómo decirlo en inglés!

Lo primero que harían al regresar a España sería ir a ver a María, pero esa noche solo pudieron contarle el encuentro con el cocinero de Clint Eastwood por Whatsapp.

—Me apetece mucho saber cómo está —confesó Magda—. No creo

que nos diga la verdad para no preocuparnos.

—Escríbele a Patricia.

Patricia les contestó de inmediato, a pesar de que en su país serían las dos de la madrugada, afirmando que María estaba muy débil. No sé cuánto durará. ¿Cuándo volvéis? Y ellas se sintieron culpables. Volvían en seis días. Vale, vale. Ya le han puesto la morfina subcutánea. Parece que hay metástasis en el hígado. Esto va rápido, pero llegaréis a tiempo.

Llegarían.

La última vez que vieron a María aún podía ducharse sola. Ese día la enfermedad fue benévola con ella y todavía le quedaron fuerzas para preparar una deliciosa comida. Ellas hacían de díscolos pinches, mientras María las dirigía con autoridad sentada en una silla de la cocina. Comieron pollo con piña.

Aquella noche Magda decidió que no quería pasarla sola. Clara se había marchado a su habitación recomendándole que no la despertara al llegar. Saldrían de excursión de madrugada.

En el grupo había un hombre de su edad que viajaba sin pareja. Era limpio, o eso le pareció, olía a recién duchado y tenía el pelo completamente blanco. En los momentos de máxima necesidad Magda siempre mantenía esos requisitos mínimos, que él cumplía. El hombre tomaba una copa sentado en el anfiteatro de madera que rodeaba la media luna del *waterhole*, mientras contemplaba a los animales que venían a beber. Cuatro refractores alumbraban la charca artificial en la que dos parejas de jirafas saciaban su sed. Podían observar el temblor de los músculos de su cuello, la tensión de sus patas, alertas.

—Es el momento en el que más vulnerables son —le dijo el hombre cuando se sentó a su lado—. Cualquier depredador puede atacarlas.

—Sí, se lo he oído decir al guía —le respondió Magda.

Llegaron dos facoceros, un grupo de hienas y distintas especies de gacelas; dos tiernos impalas se lamían el uno al otro entre trago y trago. Media hora más tarde, a ralentí, llegó una elefante hembra con su manada. Eran ocho. Jóvenes machos soberbios, dos pequeñas crías y alguna hembra más. Lucían tan majestuosos que Magda olvidó su propósito de conquista y se dejó invadir por la magnificencia de su porte, por la elegancia de sus movimientos demorados, olvidándose de conversar con su compañero. Hubiese querido que María estuviera allí; estaba segura de que hubiera repetido la frase que Ava Gardner le dedica a Clark Gable en *Mogambo* cuando se cruza con sus primeros

elefantes.

—*¿Dónde habré visto yo semejantes orejas?*

Cada vez que algo la impresionaba echaba de menos compartirlo con ella. Se hubiesen reído a carcajadas.

Las enormes orejas de los elefantes se movían al compás de sus pasos cuando se retiraron, indiferentes a todo lo que no fuesen ellos y su supervivencia. Eran las doce de la noche y Magda decidió irse a dormir.

—Buenas noches —se despidió.

—Hasta mañana.

Si hubiese hecho algún gesto…, pensó mientras se dirigía a su habitación, pero el hombre no había dado muestra de ningún otro interés que no fuera amistoso. Magda pensó que los hombres habían dejado de mirarla, que quizás ya no fuese atractiva para ninguno. Mejor, se consoló, así no ampliaré mi larga lista de decepciones.

Clara ya roncaba cuando se tumbó en la cama gemela a la suya; cinco minutos después, ella también dormía.

Soñó que un hombre cálido la abrazaba, pero sus brazos se iban deshaciendo después como si fueran de arena. El hombre de arena. Cuando sintió la fría soledad se despertó durante unos instantes, despavorida. Como siempre que bebía de más, dio unas vueltas en la cama, tomó un sorbo de agua y volvió a quedarse dormida.

El pan sabía a humedad, era denso y oscuro, como amasado con espelta, y la superficie de la mantequilla de un amarillo oxidado. Ya estaba sola, pensó por la mañana durante el desayuno. Con ninguna otra mujer había disfrutado de esa confidencialidad sincera, espontánea, que reinaba en sus intercambios con la amiga ausente.

Clara quería montar esa mañana en globo, pero ella prefirió quedarse a descansar en el *logde* y hacer un único safari fotográfico al atardecer. Cada día le pesaba más su lejanía. Es como una mutilación, un miembro ausente cuyo dolor seguiré experimentando durante toda mi vida. Pablo, su amigo, se lo había dicho antes de salir de viaje.

—Qué identificada estás con ella. Es peligroso.

A las once, cuando leía al borde de la piscina *La vida de las mujeres*, una hermosa novela de Alice Munro, recibió un mensaje de Patricia.

«*María está mal. Le han hecho nuevas pruebas y el tumor ha avanzado hacia el costado y hacia arriba. Presiona la vena cava. Tiene el rostro hinchado. Está muy cansada. Las dosis de morfina aumentan. Entre una y otra tiene que pedir más cuando el dolor vuelve, lo llaman "rescate" o algo*

así. Le han puesto un drenaje para extraer el líquido que le retiran cada seis u ocho horas. Ya le queda poco».

A ellas les quedaban dos días más en Chobe. Magda pensó que este viaje había sido un error. No podía o no quería imaginar el cuerpo de la amiga, no quería hacerse cargo de su dolor.

Cerró el libro. También estaba cansada, aunque su cansancio no merecía ser comparado con el otro. La luz del sol se apagó definitivamente para ella cuando se inició el proceso de la enfermedad y ahora deseaba que todo terminase al fin, y que la luz que añoraba volviera. Deseaba romper ese puente invisible con María, deshacerse de su propio dolor y abrirse de nuevo al mundo. Pero no podía. Además, ¿cómo se permitía desear eso?, ¿es que acaso no la quería? Una rabia inesperada le secó la boca.

Se encogió en la tumbona, dejó a un lado el libro y cerró los ojos. Quiso morir. No, no quería morir, quería que todo terminase, aunque ese final implicara también el de la amiga. Y ese deseo que consideraba inapropiado, monstruoso y mezquino, fruto de su característica impaciencia, alumbró una imagen de sí misma que despreció; pero también fue el inicio de su despedida.

Un pequeño martín pescador se posó en la rama del arbusto que tenía frente a ella. Su enorme cabeza marrón, con su desproporcionado pico rojo, la distrajo de sus emociones. A su alrededor bullía la vida. Tenía que integrarlo todo, tenía que perdonarse, aceptar su deseo de vivir, aceptar que ella seguiría viva aunque María muriera. Que ella no era María.

Cuando Clara volvió no quiso comentarle sus emociones. A su alrededor el mundo que antes era sólido se licuaba. Pensó que la ausencia de María repercutiría en su relación con Clara, ampliando sus diferencias. Clara estaba exultante, eufórica tras su experiencia en globo.

No quería aprender más; no quería adaptarse sin cesar a lo que la vida le imponía a su antojo para intentar no sucumbir a ella, ¿es que esta vorágine no va a detenerse nunca?, ¿no estaba previsto en esta rueda un área de descanso para reposar?

—Tendrías que haber venido conmigo —dijo Clara, ajena a sus pensamientos. Magda le reprochó íntimamente su rotunda alteridad.

—Tal vez sí.

En Madrid, el calor desprendía del asfalto pequeñas humaredas

transparentes que ascendían, tornasoladas, perdiéndose en el fragor del tráfico. Estaban exhaustas. El taxi las llevó directo al hospital. María llevaba cuatro días ingresada y su aspecto era muy distinto al que tenía cuando la dejaron. No obstante, al verlas les sonrió.

—Pillinas —dijo, con esfuerzo— os echaba de menos.

—Nosotras también a ti.

Los catéteres salían de su costado, conectando su cuerpo a una bolsa de morfina que goteaba a intervalos regulares el alivio que apaciguaba su dolor. Las burbujas del agua que humedecía el oxígeno que se le suministraba producían un sonido calmante. Si cerraba los ojos, incluso podría llegar a pensar que estaban buceando como tantas veces. Sumergidas las tres en el mar; Clara señalaría una sinuosa y esquiva morena. Cuando el dolor aumentaba, María pedía a las enfermeras una inyección extra de morfina que la sumía en una inconsciencia momentánea. A los pocos minutos el dolor cedía y podía volver a hablar. Magda le cogió la mano y la amiga la mantuvo apretada. Si la retiraba para desplazar la máscara de oxígeno de su nariz y sonársela, Magda temía que no volviese a tomarla luego, que su mano quedase tan huérfana como ella, pero la de María, blanca y débil junto a la suya, se apoderaba de sus dedos de nuevo con decisión y los apretaba extrañamente, como si toda la fuerza que le quedase estuviese concentrada en ese deseado contacto.

Durante el entierro, Magda no sabía qué hacer con su dolor. Necesitaba gritar, echarlo fuera de ella, pero no podía. Quería arrancarlo como si fuese un alien y expulsarlo de su interior, pero sospechaba que tendría que dejarse atravesar por él. Que ese dolor le pertenecía; que era el destilado de más treinta años de historia en común, ¿por qué lo rechazaba, entonces? Tenía que amar su dolor, amarlo como había querido a María.

Cuando se encerró en su casa, donde los veintidós grados del aire acondicionado apenas conseguían refrescar el calor que despedían las paredes y las cortinas, recalentadas tras más de dos semanas de ausencia, se dejó caer por fin en el abismo.

Cerró las ventanas, apagó el móvil y el ordenador y se acostó desnuda sobre la cama. Tenía una semana por delante antes de volver al trabajo. Nada más que una semana.

MUNDOS FUTUROS

Ser «superfluo» significa ser supernumerario, innecesario, carente de uso —sean cuales fueren las necesidades y los usos que establece el patrón de utilidad e indispensabilidad—. Los otros no te necesitan; pueden arreglárselas igual de bien, si no mejor, sin ti… Que te declaren superfluo significa haber sido desechado por ser desechable…

Por abreviar la larga historia: la nueva plenitud del planeta significa, en esencia, la aguda crisis de la industria de eliminación de residuos humanos.
El destino de los residuos es el basurero, el vertedero.

Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas*

PIPA

La solicité gordita. Recuerdo que no dije gorda ni obesa, sino gordita. Rellené la ficha, la envié y me respondieron en unas horas con dieciséis perfiles de otras tantas candidatas, con sus correspondientes fotos en color.

Aquella noche las miré una a una con detenimiento mientras Julieta se quitaba el maquillaje. En el preciso momento en que se acostó a mi lado, cuando su pie se acercó al mío como acostumbra hacer antes de dormirnos, la descubrí. No vacilé lo más mínimo.

—Es ella —le mostré a Julieta entusiasmado.

Julieta se acercó al ordenador, la miró con condescendencia y me la devolvió.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Tendremos que comprar una cama más grande.

—Durante la noche la dejaré en el sillón, no te preocupes.

—En ese caso, puede que no haga falta.

Nos dormimos dándonos la espalda. Los pies enredados.

Dos días después llegó Pipa.

—Adelante —la invité con una sonrisa.

Ella se abrió a mí con otra espléndida, silenciosa, en la que parecían mostrar unánimemente la felicidad todos los órganos de su cara.

Redonda, muelle, abundante. Había sido muy exigente en ese punto: no quería ni la más remota arista. Y hasta el exquisito hueso de su codo se perdía en un elástico y turgente colchón de grasa, con dos hoyuelos graciosos y precisos que apenas dejaban adivinar su remoto esqueleto. Pipa era justo lo que yo había solicitado; me sentí comprendido y satisfecho.

—Ponme el brazo derecho sobre el hombro. El izquierdo

rodeándome la cintura.

Le ordené. Pipa así lo hizo; me cobijó en su carne cálida, que parecía querer atravesar su vestido de algodón, sin apenas costuras, para acercarse tiernamente a la mía.

—Te llamarás Pipa —la bauticé.

Ella asintió.

Cuando Julieta volvió del trabajo nos encontró abrazados con ternura, mi cabeza en reposo sobre su vientre de Buda, mirando con gula el televisor. Los ojos de cervatillo de Pipa reconocieron por instinto a mi esposa y abrieron y cerraron sus párpados en un delicado gesto de reconocimiento. Me sentí profunda, sincera y plácidamente feliz.

Pipa.

Los días transcurrieron apacibles, Pipa formó pronto parte de mi vida, pero, conforme la iba usando, nuevos usos insospechados se perfilaban, impacientes, en mi mente, ansiosa por sacar todo el provecho de ella.

Tres semanas después de su llegada, avaricioso, como si su grasa no fuese suficiente para satisfacer mi memoria de niño huérfano, decidí engordarla. El nutricionista de la Corporación aconsejó una dieta de tres mil quinientas calorías. Dos kilos a la semana, aseguró, serían más que suficientes, y garantizaban una progresión gradual de su peso que respetaría sus amadas formas. Me puse manos a la obra. A Julieta no pareció importarle.

—Es un capricho caro, Teo —repetía con indiferencia cuando cotejaba las facturas de la compra. Entre tanto, Pipa aumentaba de talla.

Pronto hubo que renovar su vestuario; elegí sencillas túnicas de rizo que caían sobre sus hombros esféricos deteniéndose apenas sobre su pecho, a esas alturas igualado con la circunferencia de su estómago voraz.

Había engordado ocho kilos cuando advertí la mirada de Julieta y me sentí turbado.

Un miércoles, al volver del gimnasio, las sorprendí juntas. Estaban en el estudio, sentadas en el suelo, las piernas abiertas de Pipa parecían dos columnas dóricas, su estómago caía ingrávido sobre su pubis, oculto. Llevaba sus trenzas cruzadas sobre la cabeza, recogidas con dos lacitos color de rosa que antes no le había visto nunca. Había sustituido

la túnica que le correspondía por un mono de felpa que acentuaba más sus formas, adhiriéndose a ellas como una segunda piel. Frente a Pipa, de espaldas a la puerta, se encontraba Julieta; un vestido de encaje blanco y unos obsoletos zapatos de charol acentuaban su aspecto de niña anoréxica. Cantaba quedo una nana que Pipa acompañaba moviendo su cabeza, una esfera perfecta, con la cándida inocencia de un angelote.

—Ahora vamos a hacer la merienda —se interrumpió a sí misma Julieta. Y, desde donde estaba, pude ver cómo cogía entre sus dedos unos trozos de plastilina y los disponía con mimo encima de dos platitos de colores.

—Vamos a merendar chocolate con churros. ¿Quieres que le ponga nata?

No me vieron. Julieta no me vio, ignoro si Pipa lo hizo.

Regresé sobre mis pasos y salí al pasillo. Desde la ventana del rellano reparé en el vecino de enfrente, que removía con interés en los distintos cubos de basura ordenados con pulcritud en su lavadero.

Volví a entrar a casa anunciando a voz en grito:

—¡He llegado!

La puerta del estudio se cerró con estruendo.

—Salgo enseguida, no me interrumpas, estoy acabando un informe urgente —respondió azorada la voz de Julieta.

Cómo la odié.

Esperaba que esa noche me confesase sin falta su secreto, que restableciese entre nosotros la complicidad que habíamos convenido, pero Julieta no dio muestra alguna de intentarlo. Preparó la cena con la eficacia de todos los días: dieta hipocalórica para ella, comida hipercalórica para Pipa, puré de patatas y chuletas de cordero para mí. Acababa de limpiar el salón y los baños cuando me llamó a la mesa, y, locuaz —tal vez culpable—, me contó con detalle hasta los más insignificantes pormenores del día.

—¿De qué era el informe? —le pregunté cuando creí que estaba desprevenida.

—¿Qué informe? —se delató—. ¡Ah!, sí —reaccionó de inmediato—. Es un cierre de ejercicio rutinario que tengo que entregar mañana.

No le respondí. Estaba dispuesta a mentir para ocultarse. ¿Qué otras felonías sería capaz de hacer a partir de ahora?, ¿desde cuándo se entregaba a esos jueguecitos secretos?

Esa noche, faltando a mi palabra, coloqué a Pipa en mi lado de la cama. Solo para mí. Le di la espalda a Julieta, desenredé mis pies de los suyos sin disimulo, y le deseé las buenas noches.

El brazo de Pipa rodeaba mis hombros durante el sueño, y, cuando de madrugada me desperté para acomodarme, observé con sorpresa que Julieta, dormida y vuelta hacia nuestro lado, había colocado su mano huesuda entre los curvos dedos de Pipa, gordos como salchichas.

APOPTOSIS

Algunos tumores oncológicos se producen
por un fallo en la muerte celular programada.

El patinete parecía abandonado a unos metros del cuerpo, con sus ruedas al aire, invertido. La cabeza de la mujer caía hacia un lado, el cuello extrañamente a ras del suelo, y un charco de sangre oscura y en movimiento se extendía como un aura infernal alrededor de su cola de caballo. Laura no podía separar la vista de ella. Llevaba ropa deportiva, y pensó que se habría resbalado y golpeado en el bordillo de cemento mientras patinaba. Qué mala pata. ¿Cómo era posible que alguien saliera a disfrutar y tuviese un accidente semejante? ¿Estaba muerta? El círculo de curiosos esperaba a que llegase la ambulancia.

—Ya he llamado a emergencias —dijo un joven con una enorme mochila al hombro.

—Ha saltado desde allí —una mujer señaló hacia lo alto de un edificio de más de diez plantas. —Estaba jugando en el parque con mi nieto y la he visto caer.

El patinete era del nieto. Laura comprendió entonces lo que había pasado. La mujer aún respiraba.

—Hace dos días saltó otra persona. Salió en el periódico —añadió la abuela.

Laura lo sabía. Había leído la noticia en la web, y sin saber por qué aquella muerte le había impactado. La joven que saltó tenía su misma edad, veintisiete años, y dejó una nota a la familia donde solo había escrito: «Adiós». Como si pensase que se iba a algún viaje y que pronto volvería. Pero no iba a volver. No volvería nunca. Como no tenía nada mejor que hacer, Laura buscó información sobre el entierro, y el día indicado asistió a él.

El tanatorio era un lugar alegre, lleno de cristales y de luz. Enormes plantas de un verde lujurioso decoraban los pasillos, en los que se reunían los familiares de los muertos. Los muertos. A Laura no le daban ningún miedo. Los familiares del muerto que ella buscaba estaban agrupados en la Sala 8, y Laura entró como si fuese una amiga o una conocida de la joven. Solo una chica dos años menor que ella que, a juzgar por su parecido, podría ser la hermana de la suicida, la miró con desconfianza. Laura era obesa, tenía el abdomen caído sobre el pubis. Cuando se miraba desnuda quitaba la vista del espejo, asustada de su inmensidad. Otras veces exploraba con detenimiento cada pliegue de grasa, cada detalle de su anatomía. Los muertos no le daban ningún miedo.

La joven suicida de su misma edad yacía en un ataúd expuesto en una habitación refrigerada. A través del cristal se podía observar su cuerpo delgado, su rostro rígido y ceniciento. Era guapa, había sido guapa. Laura pensó, ¿cómo es posible que una chica tan guapa y tan delgada se tire por el balcón? Y no encontró en su interior ninguna respuesta. Varias coronas rodeaban el féretro de nogal. «De tus padres», «Tus amigos», «Tus abuelos». Tenía de todo. ¿Por qué se habría matado, entonces?

Al salir del tanatorio buscó el edificio donde vivía la chica, cuya dirección había encontrado en las redes sociales. Era una edificación antigua, ubicada en el centro de la ciudad, cerca de la catedral. Había leído que la difunta estudió en la misma universidad que ella. Arquitectura. Cuando Laura dejó arquitectura y emprendió los estudios de Arquitecto técnico no la conocía. Pero la facultad era grande, y entonces Laura no se fijaba demasiado en sus compañeros. Bastante tenía con cuidar de sí misma.

Se alejó del grupo cuando los médicos que habían bajado sin prisa de la ambulancia certificaron que había muerto. La cubrieron con una tela plateada; Laura se dio la vuelta y se marchó. Al llegar a casa buscó noticias del suceso en Internet. De nuevo la prensa era prolija al respecto, ¿cómo era posible que en tan poco tiempo supiesen tantos detalles?, cerró el ordenador y se tumbó en la cama con el iPhone entre las manos.

No podía olvidar la cara desencajada de la suicida. Iría a su entierro también. ¿Por qué no? No tenía otra cosa mejor que hacer. Aparte de repartir sus currículum por la ciudad, ya no sabía qué empresa le quedaba por visitar, Laura no tenía nada en lo que entretenerse. Bueno, una vez a la semana iba a comer a casa de su abuela, que vivía con su

hijo menor, el tío Ernesto.

El tío Ernesto estaba soltero y tenía una enfermedad congénita. Había nacido con dos dedos unidos entre sí en cada mano; sindactilia, se llamaba. A Laura le gustaba la palabra, pero no las manos de su tío. A veces temía que si tuviese hijos pudieran heredar esa fea enfermedad, y se asustaba solo de pensarlo. Laura tenía una sensibilidad extrema, y cuando imaginaba cualquier desgracia su cuerpo se encogía igual que si hubiese visto lo imaginado. Era así desde pequeña. Su madre se lo decía siempre.

—¡Ay, hija!, qué sensiblona eres.

Pero ella no se fiaba demasiado de la memoria de su madre. Solo cuando la abuela le confirmaba el recuerdo de su progenitora, Laura decidía aceptarlos como cierto e intentar recordar a su vez lo que le contaban. Había borrado casi todo su pasado, que no le servía para nada. Cada vez que le acudía un recuerdo, fuese bueno o fuese malo (los unos traían de la mano a los otros), Laura lo dejaba de lado y comía. De todas formas, pensó, nunca tendría hijos; antes debería tener un trabajo que le permitiese pagar el alquiler de un apartamento, pequeño, pensó, y un novio. O sin novio, por qué no. Si tuviese lo principal, el novio no le haría ninguna falta. Laura se rio, y decidió decirle esto último a su abuela. Le gustaba escandalizarla con sus provocadoras ocurrencias.

Antes de salir para su casa buscó en la prensa el obituario y decidió que iría. La chica se había arrojado por la ventana como la anterior. Si alguien la hubiese empujado se diría que la defenestró. Otra palabra bonita, aunque terriblemente trágica.

Quien se defenestra, quien se arroja a sí mismo al vacío, tiene bien decidida su muerte, porque una vez que salta no hay marcha atrás. Nada que ver con los barbitúricos, o lo de cortarse las venas, que casi le daba risa: todos se las cortaban en horizontal. Y claro… Pero defenestrarse era otra cosa. Aunque el verbo fuese transitivo, Laura lo sabía bien, había estudiado después filología y se ganaba cuatro duros dando clases particulares alguna que otra tarde, el uso reflexivo le gustó. Quien se arroja se empuja a sí mismo, a la parte de sí mismo que no se quiere tirar. Entonces, en sentido figurado, se defenestra, concluyó.

Cuando llegó a casa de su abuela, no tardó en dejar caer su ocurrencia.

—Abuela, en cuanto tenga trabajo voy a tener una hija.

—Pero si no tienes novio…

—Sin novio, abuelita.

—Por dios —dijo la abuela cogiéndose la cabeza; a veces a Laura le parecía que fingía, que la abuela ya no se escandalizaba de nada, que lo hacía por su bien, para seguir representando una moral que había abandonado años atrás en algún cruce de caminos de su larga vida. Le parecía que la abuela y ella misma entraban en una especie de teatro cada vez que se relacionaban, un teatro con los papeles bien definidos. Y el papel de nieta le gustaba.

—La tendré sola, y se llamará América, así vamos completando los continentes. —En la familia de Laura la abuela se llamaba Asia, una tía África y un tío abuelo Japón.

—Tú verás.

Aquel día la abuela no estaba dispuesta a discutir. Esta eventualidad también se la conocía su nieta. A veces estaba tan cansada que ni siquiera podía fingir que se escandalizase, pero tenía fuerzas suficientes para prepararle un cocido madrileño con tocino y codillo, y unas natillas de postre. Laura comía más de lo que debía, aunque siempre se justificaba porque era para darle en el gusto a su abuela.

—¡Está riquísimo!

—¡A que sí!

Y se explayaba al describirle el modo en el que lo hacía, que la nieta conocía de sobra, aunque nadie diría que fuese así a juzgar por la atención que le prestaba. Quería mucho a su abuela.

Las dos se tumbaron en el sofá a dormitar un rato después del café. Y hacia las cuatro, Laura fregó los platos, los colocó en su sitio y le dijo a su abuela que tenía que irse.

El entierro era a las ocho.

En el tanatorio actuó como la vez anterior: se acercó con naturalidad al cristal que separaba el cadáver de la nueva joven suicida de sus familiares y amigos, pero el ataúd estaba cerrado. Quizás algún familiar pensó que estaba demasiado desfigurada y, para que la recordaran como realmente fue, colocó una serie de fotos de la chica en diferentes situaciones. En todas ellas reía. Laura no podía sospechar los motivos de su suicidio. Con lágrimas en los ojos se sentó cerca de un grupo de jóvenes que debían de ser sus amigas. Ninguna lloraba. Parecían más bien enfadadas. Rabiosas.

—Yo no se lo perdono.

—Tú es que eres una egoísta, Charo, siempre estás pensando en ti misma.

—Yo tampoco se lo perdono —añadió otra chica morena.

—Era la mejor estudiante de todas nosotras.

—Y que lo digas.

—¿Y para qué? —continuó la anterior—. Para nada.

Las jóvenes guardaron silencio. La que había hablado la última se mordió la uña y se quitó un pedacito de piel. De la herida comenzó a manar un poco de sangre. Se llevó de nuevo el dedo índice a la boca y la chupó.

Laura las escuchaba en silencio con la cabeza gacha, temiendo que alguna la interpelase. Si le preguntaban, ¿de qué conocías tú a Esther?, no hubiera sabido qué responderles. Tendría que prevenir estas cosas y garantizarse una respuesta convincente.

—Era eso lo que la sacaba de quicio —continuó otra amiga.

Si le preguntaban podría decirles que la conoció en la oficina de empleo, por ejemplo. Cuando volvió a prestarles atención las jóvenes hablaban de sus trabajos.

—… por veinte horas a la semana.

—Ya ves. Mi novio gana lo mismo, y pueden llamarlo hasta los sábados y los domingos sin avisar.

La ansiedad de Laura crecía escuchándolas; se levantó, se acercó a la vitrina para contemplar las fotos de Esther, comprobó una vez más que, en efecto, la suicida había sido una joven muy guapa, y se marchó de allí. Había decidido que no se quedaría al entierro.

En la pastelería de la siguiente calle se compró una napolitana de chocolate. Eran las seis y media de la tarde cuando la devoró de pie en la misma puerta del local. Dos jóvenes que pasaron por delante de ella la miraron con desprecio, pero Laura había aprendido a neutralizar esas miradas introduciéndolas entre sus cuarenta kilos de grasa, y conseguir así que fuesen inofensivas. O al menos eso creía ella.

Se la zampó y siguió su camino hacia casa.

Su piso era un pequeño apartamento que los padres habían comprado veinte años atrás para alquilarlo y contribuir así a los ingresos de su jubilación. Pero hacía un año que Laura vivía allí, incapaz de continuar conviviendo con ellos en la misma casa, y que sus padres no se beneficiaban de su inversión.

Su madre, una mujer enérgica que había conservado el mismo peso

desde la adolescencia, no soportaba los hábitos alimenticios de la hija y, por más que se proponía no hacerlo, censuraba cada una de sus visitas al frigorífico con unos consejos que Laura ya conocía de memoria, pero que era incapaz de seguir.

—En lugar de una onza de chocolate, una zanahoria. Un bote de espárragos en vez de una pizza.

Laura necesitaba comer, su grasa era su refugio, el refugio de su miedo a los chicos, de su miedo a las chicas, de su sexualidad amordazada, de su horror al futuro. Cuando estaba delgada había acudido a miles de entrevistas de trabajo sin resultado ninguno. Tampoco los chicos se fijaron mucho en ella. Después de cada negativa, de cada decepción, de cada silencio del teléfono, Laura se daba un atracón. Engordó veinte kilos en ocho meses. Y otros veinte más mientras estudiaba su segunda carrera.

—No me llaman porque estoy gorda.

Se consolaba, ilusa, pensando que si algún día se decidía a adelgazar encontraría lo que andaba buscando. Aunque, en el amplio pliegue que rozaba con su gemelo entre sus muslos, ennegrecido por el continuo frotamiento, había escondido también su desconfianza en esa misma interpretación. Ni delgada ni gorda la llamarían, porque no hacía falta en ningún sitio.

En el piso no había tele, pero Laura se bajaba películas por Internet y leía los periódicos digitales cada día. Pensaba que, quizás, una búsqueda por América Latina, donde había más trabajo, fuese la solución a sus problemas.

En el diario local publicaron que esa noche otro joven se había quitado la vida. Tenía veintiocho años, y había estudiado Historia del Arte. Laura pensó que se quitaban la vida los jóvenes mejor preparados. Cuando se lo comentó por chat a *Hamburguesas con Bacon*, su amiga virtual —ambas formaban parte de un grupo que defendía la obesidad como una forma de diferencia—, *HcB* estuvo de acuerdo con ella, y escribió:

—Es que somos los que sobramos, los más incómodos, los que no tenemos cabida. El grano en el culo de un sistema que se rasca el culo sin parar.

Ella estuvo de acuerdo, aunque nunca se le hubiera ocurrido utilizar una expresión tan escatológica.

Hamburguesa con Bacon era bióloga y estaba estudiando chino mandarín. Quizás en China encontrase trabajo.

Mientras hablaba con su amiga, Laura continuaba mirando los diarios en la pantalla. Con enorme consternación, supo que el número de suicidas había aumentado esa noche hasta tres. El chico anterior y dos chicas más. Una de ellas premio extraordinario fin de carrera. Los periódicos, quizás para tratar de explicar lo que pasaba, o porque no tenían otra información disponible, publicaban los currículum de los suicidas como parte de la noticia.

—*¿Qué está pasando?, ¿has visto?*

Escribió a *Hamburguesas con Bacon*, añadiendo al mensaje el link de la noticia. A los pocos minutos, *HcB* le respondió:

—*Esto se llama apoptosis, el suicidio celular. Se arrojan por el balcón las células muertas del sistema, Tarta tres chocolates. Mira.*

Tarta tres chocolates era el nombre de Laura en el grupo. Abrió el enlace que le enviaba su amiga y leyó:

«*La apoptosis, también llamada muerte celular, es una vía de destrucción o suicidio celular programado y provocado por el mismo organismo para controlar el desarrollo y crecimiento ordenado de sus células. La apoptosis está desencadenada por señales celulares controladas genéticamente, un fallo en la apoptosis puede generar tumores. Algunos tumores oncológicos se producen por un error en la muerte celular programada*».

—*Pienso lo mismo que tú. Pero ¿qué vamos a hacer?* —escribió, y pulsó *Enter*. Confusa, sin saber si había comprendido bien lo que HcB quería decir, volvió a preguntarle.

—*Entonces, ¿nosotras somos también células muertas del sistema?*

HcB no le contestó. Estaría visitando una vez más el frigorífico. Laura apagó el ordenador y se fue a la cama.

Por la mañana, la prensa nacional se hacía eco de la epidemia de suicidios que asolaba el país, sin que ningún especialista diese con una explicación convincente. Las redes sociales echaban humo.

Cuando Laura fue a comer a casa de sus padres, la madre, que le había preparado una pechuga de pollo ecológico y unas verduras a la plancha, comentó:

—En mis tiempos eso sería motivo de una grandísima manifestación de estudiantes, sindicatos, partidos y organizaciones feministas. Un frente común de la izquierda contra esos suicidios en masa.

Pero nadie había convocado ninguna manifestación.

—Una huelga general —añadió el padre, mientras masticaba a conciencia su pechuga—. Las huelgas generales se terminaron a

comienzos del dos mil, y toda la culpa la tuvieron las redes sociales.

—¡Esa plaga de militantes de sofá! —añadió su madre, enfadada.

Laura nunca había participado en una huelga general. Ni siquiera recordaba la convocatoria de ninguna. Su madre continuó, cuando se trataba de ese tema su furor explicativo era insaciable.

—Cambiábamos gobiernos.

—¿En serio?

Sus padres eran pretecnológicos. Ahora Laura firmaba en diferentes plataformas reivindicativas, se sumaba a comentarios incendiarios en las redes, compartía noticias, difundía protestas, pero jamás había salido a la calle por ningún motivo de ese tipo.

—Ahora se suicidan uno a uno, mira tú —dijo la madre.

—Es el triunfo supremo del individualismo —remató el padre.

Aunque nunca hubieran participado en ninguna comuna, al menos que Laura supiera —ella conocía esa historia de las comunas por alguna que otra película, y siempre le parecieron increíbles—, sus padres y los amigos de sus padres utilizaban un lenguaje obsoleto que le costaba comprender tanto como a ellos el suyo. En cada nueva visita comprobaba cómo cada vez se parecían más a su abuela, solo que no le explicaban reiteradamente los secretos del cocido madrileño, sino cómo intentaron cambiar el mundo. Sin ningún éxito, por cierto, se dijo Laura, pero este era un tema que no podía sacar sin que les deprimiese de inmediato, por lo que prefirió seguirles la corriente.

—¿Individualismo? —preguntó Laura.

—Exacto. Ni siquiera os dais cuenta de que esta situación tiene que ver con individualizar las queja. —La conversación empezaba a parecerse cada vez más a una de las conferencias sobre sociología a las que sus padres eran muy aficionados—. Han triunfado.

—¿Quiénes?, ¿quiénes han triunfado? —Si estaban empeñados en ofrecerle gratis una lección que no había solicitado, al menos quería salir de allí con alguna idea clara.

—El capitalismo, Laura —dijo la madre.

—El neoliberalismo, Laura —completó su padre—. ¡Ay!, es que no leéis nada.

Cuando se trataba de explicar el mundo, sus padres parecían una orquesta bien sincronizada.

—En lugar de suicidaros, más os valdría leer y unir vuestras fuerzas —añadió la madre, tan exagerada como solía ser a veces. La lectura como antídoto del suicidio. Jamás se le hubiera ocurrido a Laura llevar

las cosas hasta ese extremo.

—Eso es, ¡socializar la queja!, ¿te acuerdas, Inés? —preguntó su padre, Laura creyó intuir en él una pizca de nostalgia.

—Cómo no —respondió la madre, ya abiertamente melancólica.

Laura se envalentonó. ¿Socializar la queja?, ¿pero de qué demonios estaban hablando?

—Papá, mamá —les dijo muy seria. Sus padres, poco acostumbrados a ese tono, la miraron con curiosidad—. Voy a ser muy clarita: vosotros viajabais en avión tres o cuatro veces al año sin que os importara lo más mínimo la contaminación atmosférica, el efecto invernadero, el consumo de combustibles fósiles. Acumulasteis toneladas de basura que el mundo tardará décadas en procesar, acabasteis con los recursos finitos del planeta, solo pensasteis en vuestro puto bienestar. ¿De qué coño habláis?

Respiró con dificultad. Cada vez que recurría a las palabras malsonantes, Laura se traicionaba a sí misma y se dañaba sin querer, como si adquiriese un papel que no era el suyo.

Con la cabeza a punto de explotar, salió del domicilio paterno directa al supermercado. Sus padres, mudos, observaron sus caderas mastodónticas mientras salía. La verdura y la pechuga ecológicas apenas habían cubierto una quinta parte de sus necesidades calóricas y en su estómago se abría un hueco tan grande que creía que, de no llenarlo de inmediato aunque fuese un poco, no podría llegar viva hasta su casa.

Mientras se comía una *brioche* rellena de jamón de York y queso y guardaba en su bolso para después el palo catalán de crema, Laura recordó lo que una profesora les había contado en la universidad unos años antes.

Los jóvenes, les dijo, se movilizaron décadas atrás, cuando ella tendría unos cinco años. Se movilizaron contra el sistema, les contó, pero no consiguieron parar la ola. Laura no preguntó qué tipo de ola era esa que no se podía parar, pero ninguna ola podía pararse, concluyó, por lo que no hacía falta preguntarlo. La ola se los estaba llevando uno a uno sin hacer ningún ruido, como mucho, una fugaz *trending topic*.

Acabó el palo catalán de crema y se chupó los dedos con evidente placer. Necesitaba cada vez más cantidad de azúcar para sobrevivir a una tristeza enquistada que se rebelaba cada tanto, saliendo de su grasa, alcanzándole, veloz, primero el diafragma y luego la garganta, entre un bocado y otro.

En un atisbo de lucidez, Laura pensó que un día de estos también ella saltaría por la ventana, se defenestraría, ¡maldita sea la academia!, ¡necesitaba conjugar ese verbo en forma reflexiva! Defenestraría esa tristeza por la ventana, aunque se llevase detrás de ella sus más de cien kilos de peso.

Un día de estos, no le cabía la menor duda, haría algo importante. Se pondría a dieta y le pediría a sus padres que le pagasen un entrenador personal para mejorar su silueta mientras adelgazaba; viajaría a América Latina, donde podría encontrar trabajo, y convocaría una huelga general multitudinaria que cambiaría el mundo.

Esa noche, mientras consultaba la prensa en su ordenador y picoteaba unas patatas fritas con chile, pues después de comer dulces la apetencia de algo salado se incrementaba en ella hasta lo indecible, leyó que los defenestrados se habían multiplicado por diez. Se entristeció.

Esa noche no llevaría adelante sus propósitos. Pero mañana, mañana…

SACRIFICIO

Papá y mamá estaban contentos, siempre se habían sentido orgullosos de permanecer unidos mientras que, a su alrededor, las parejas se rompían, y los trámites que íbamos a iniciar se convertían en un laberinto infinito, repleto de consideraciones miserables y torturantes demoras. Ellos no, ellos ofrecían, generosos, a su hijo una oportunidad y, en agradecimiento, les habíamos organizado una fiesta.

Su decisión había sido tan inesperada, apenas tenían sesenta años, que Mayka y yo no dábamos crédito a lo que iba a ocurrirnos. No conocíamos a nadie que se hubiera comportado así tan prematuramente. Nada nos hizo sospechar con antelación su propósito, como si hubiesen tomado la decisión en secreto, o de un modo imprevisto o precipitado, aunque, conociéndolos, nos extrañaba que hubiese sido así. La oportunidad que nos brindaban nos hacía tan felices que apenas nos detuvimos a preguntarles.

Los padres de Mayka, cuando se lo comunicamos, rehuyeron incómodos cualquier comentario.

—Ah, ¿sí? Enhorabuena.

Fue su única respuesta. Su hijo mayor, Luis, esperaba su decisión desde hacía cinco años. Iba a cumplir los cuarenta y no veía la hora de que la tomasen. Aunque no se atrevía a sugerir nada en su presencia, sus comentarios no dejaban lugar a dudas: estaba impaciente. Mayka se lo reprochaba a veces.

—Eres un egoísta, Luis, no puedes presionarles.

—Los egoístas son ellos —contestaba mi cuñado con firmeza.

Nosotros no sabíamos qué añadir.

Pero papá y mamá son distintos. Siempre fueron unos padres generosos. Desde que era un niño velaban por mi bienestar por encima del suyo. Mayka me lo hizo notar al poco de conocerlos, pues yo mismo, educado en ese ambiente de sacrificios constantes, que llevaban a cabo,

eso sí, con una sonrisa sin mácula, no había reparado en ese particular.

—Tus padres son increíbles —decía Mayka—, siempre se ponen en segundo lugar.

—No lo había notado.

Esta sería la demostración definitiva de que ella tenía razón.

La fiesta es esta tarde, en nuestra casa. Papá y mamá han decidido que sea cuanto antes y en la última semana lo han dejado todo preparado. Un marasmo burocrático que es preferible realizar con meticulosidad para evitar después desagradables sorpresas que podrían anular el sacrificio. Como soy hijo único su gesto nos convierte en unos afortunados. Mayka me tanteó anoche, después de hacer el amor.

—¿No crees que sería bueno compartir con Luis nuestra suerte? Sería una manera de seguir el ejemplo de tus padres, de mostrar nuestra generosidad como ellos mostrarán la suya.

Pero no supe qué decir. Era todo tan precipitado.

—Podemos pensarlo.

En realidad, creo que no estoy a su altura. Quizás sea, precisamente, su altruismo el que me ha hecho desconsiderado o poco atento a las necesidades de los demás, quizás su magnanimidad haya hecho de mí un egoísta como mi cuñado. Tengo que pensarlo también.

Mayka insistió, cariñosa.

—Sería bueno para nuestro hijo tener un primo… Ya casi nadie tiene familia extensa.

—Eso sí. Pero se educaría tan solo como yo.

—Quién sabe, están mis padres…

—Para cuando ellos lo decidan Luis ya no podrá hacer nada.

—Creo que llevas razón, agotarán su límite. A veces les odio —concluyó casi involuntariamente, y se volvió hacia su mesita de noche para apagar la luz, avergonzada, como si no soportase la rabia que transmitían sus palabras.

—Ya veremos cómo nos comportamos nosotros cuando llegue el momento, no seas tan dura con ellos —me oí decir a mí mismo en la oscuridad.

La ceremonia fue muy hermosa. Luis y Ana, su mujer, intentaron mostrarse alegres. Estábamos todos: Mayka y yo, los padres de Mayka y los míos. Mis amigos más íntimos y los de Mayka llegaron con vinos y

delicatessen.

Habíamos previsto una fiesta en la terraza, que ella decoró con flores y velas, y en la que instaló unas hamacas blancas recién compradas, dispuestas con discreción al fondo, donde se efectuaría la ceremonia.

Papá y mamá estaban contentos, incluso diría que demasiado. Iban vestidos de blanco, como si de repente hubieran abrazado el budismo o alguna de esas religiones exóticas a las que nunca antes habían prestado atención. Se les veía serenos, llenos de vitalidad. Por un momento tuve pena de ellos, les abracé y les besé en la frente varias veces. Mamá se reía.

—Pero qué sobón has sido siempre, príncipe mío.

La cena también fue perfecta. Ligera y sencilla. Lo habíamos previsto todo. Sonaba una tenue bossa nova de última generación que mamá agradeció apretándome la mano en los primeros compases. Ella la amaba. Decía que escucharla le resultaba balsámico.

La noche cayó de repente, era así desde hacía dos décadas, como si el sol se ocultase de inmediato detrás de otro astro más grande y oscuro, produciendo una sensación de amenaza difícil de definir. A las diez en punto, como estaba convenido, llegaron los representantes del ministerio. Vestían de oscuro, pensé que su trabajo era delicado, que no me gustaría encontrarme en su lugar.

En un aparte, papá y mamá les mostraron sus documentos en regla, firmaron unos papeles, les entregaron su documentación y sus tarjetas de identidad.

Hicimos un círculo, éramos unas veinte personas, nos dimos las manos y nos miramos a los ojos como una tribu ancestral. Mayka estaba a mi lado, se la veía radiante, por fin podríamos cumplir nuestro sueño. Papá y mamá, frente a nosotros, seguían aparentando tranquilidad. Cuando deshicimos el círculo nos besaron uno a uno, dejándome para el final.

—Que seas tan feliz como nosotros lo hemos sido —me deseó mamá, olvidando lo malo.

—Bueno —añadió papá—, la felicidad no se persigue, viene sola… o no viene.

Me pareció que seguía siendo fiel a sí mismo hasta el final, a su racionalidad a prueba de emociones.

Se alejaron hacia las hamacas y se tumbaron en ellas. Nosotros no sabíamos qué hacer. Con disimulo, observábamos a distancia los preparativos. Los representantes del ministerio, que habían

permanecido apartados mientras tanto, acudieron prestos a atenderlos. Papá y mamá permanecían con sus manos cogidas, como hacíamos los tres desde que era niño durante el despegue o el aterrizado del avión, en el único viaje anual que teníamos permitido.

Les acercaron un vaso con un precioso líquido azul índigo —del color del curaçao—, que ya había visto en otras ceremonias. Dicen que produce una paz inmediata, yo también lo probaré cuando me toque. ¿Haré lo mismo por mis hijos que lo que ellos han hecho por mí?, ¿o les condenaré a no tener descendencia como mis suegros condenan a Luis?

Mamá me miró, sonriente, dándome desde la distancia su último adiós. Estaban solos, pero se sentían acompañados.

A los pocos segundos los caballeros de negro vinieron hacia nosotros para comunicarnos que todo había terminado.

—Pueden abrazarlos, dentro de una hora vendrán a retirar los cuerpos.

La sugerencia del abrazo me resultó extraña en sus labios fríos, inapropiada para sus modales higiénicos. De las muñecas de mis padres colgaban unas placas de acero con sus respectivos nombres: Aurora, Horacio.

—Los trámites han sido cumplimentados, ahora podemos proceder con ustedes —afirmó, ceremonioso, el más bajo. Parecían máquinas articuladas, sin sentimientos. Quizás lo fueran. Su compañero nos alargó las dos flamantes tarjetas verdes que tanto habíamos anhelado.

—Ya saben, tienen derecho a reproducirse dos veces o ceder este derecho a otra pareja, si así lo desean, en el plazo máximo de dos años. También pueden elegir el sexo de su descendencia.

Desde extremo opuesto de la terraza, Luis y Ana nos observaban con envidia.

Este libro no existiría tal y como es sin la confluencia de muchos factores, que soy incapaz de determinar en su totalidad.

Dejo aquí algunos de ellos:

El amor de mis hijos y de Patricio, nuestros viajes, nuestros desconciertos.

Mis amigas: Mariluz Ibáñez, Rosina Vignale, Cristina Consuegra, Pilar Caballero.

Las lecturas de Pepe Cervera, Miguel Ángel Muñoz, Pedro Zarraluki y Paul Viejo.

A Fernando Gaona, por su generosa humanidad.

La confianza de mi editor, sus comentarios, su mirada sabia sobre el conjunto.

La belleza del mundo.

A todos ellos, gracias.

NOTAS

1 Pedid un deseo de amor.

2 Soy pobre, señora, pobre, ¿sabe usted?… En España, en Ávila, ¿sabe usted?, los pobres hacían la sopa con piedras. ¿Es que usted no conoce ningún pobre, señora?

3 Hagamos aquí un pequeño paréntesis, una necesaria digresión para explicar el sentimiento de culpa de Marisa. Como la mayoría de los jóvenes de su generación, cada tanto, sus hijos cambiaban de trabajo con la esperanza de encontrar otro mejor, que resultaba al cabo de un tiempo igual de insuficiente y precario que el que abandonaron. Los dos chicos, tan bien preparados, en quienes habían invertido sus ahorros, sus esfuerzos, sus ilusiones, formaban parte de lo que ellos mismos llamaban *precariado*. Esa palabra tan fea pero tan explicativa del mundo que les había tocado vivir: el mundo de la precariedad. Y a pesar de eso, Marisa y Mateo habían decidido arrinconar su siempre vivo sentimiento de culpa y regalarse ese ostentoso viaje de aniversario; de ahí sus remordimientos.